

LA CANCIÓN DEL DESHIELO

Novela

Jorge A Partidas A.

Copyright

© Jorge Partidas Alzuru

novelasdejorge@gmail.com, jorgepartidas@gmail.com

© Editorial Planeta Venezolana, S.A., 2000 Calle Madrid, entre New York y Trinidad Qta. Toscanella, Urb. Las Mercedes. Caracas, Venezuela.

Hecho el depósito de Ley

Depósito Legal lf52220008001840

ISBN 9

Dedicatoria

A los hombres y mujeres de fe.

Tabla de contenido

Contents

Capítulo 1: Yaroshneva, la aldea	7
Capítulo 2: Tiflis y Moscú.....	60
Capítulo 3: Kiev	114
Capítulo 4: Moscú	170
Capítulo 5: Tiflis y Moscú	218
Capítulo 6: Sinope	273
Sinopsis	320

© JORGE PARTIDAS A., Telf. +52 744 123 4513

Agradecimientos

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todas las personas que han sido parte fundamental de este proyecto. A mi familia, por su amor incondicional y su apoyo constante a lo largo de este viaje creativo. A mis amigos, cuya paciencia y entusiasmo me han motivado siempre a seguir adelante. A mis editores y a todo el equipo de Editorial Planeta Venezolana, por su profesionalismo y dedicación en cada paso de la publicación.

Mi más profundo reconocimiento a los lectores, quienes hacen posible que las palabras cobren vida. A todos los que, de una forma u otra, contribuyeron a la creación de esta obra, les debo más de lo que puedo expresar con palabras.

Gracias a todos por su confianza y apoyo. Este libro es, en parte, suyo también.

Prefacio

Este libro nace del deseo profundo de explorar los límites de la narrativa y los sentimientos humanos. A través de sus páginas, nos enfrentamos a los dilemas más oscuros y luminosos de la existencia, buscando respuestas que resuenan con la complejidad de las emociones humanas. En “La Canción del Deshielo”, nos sumergimos en un universo donde las pasiones, las traiciones y las esperanzas se entrelazan, creando una historia que, como el hielo que se derrite lentamente, revela sus secretos a cada paso. Espero que este viaje les conmueva, les intrigue y les inspire a cuestionar el verdadero significado de lo que significa ser humano.

© JORGE PARTIDAS A. S., Telf. +52 744 422 2000

Capítulo 1: Yaroshneva, la aldea

Fijaos ¡Fijaos bien! —advirtió con solemnidad Iván Petronovich cuando escanció la primera copa de vino. Era, como lo había avisado, de un amarillo brillante, ágil y vivaracho. Se deleitaba mostrándolo al trasluz de las llamas inmóviles de las velas de estearina.

Sí. Fijaos que tiene la envidiable transparencia de la orina de un niño. Luego cerró los ojos y se paseó repetidas veces la copa de cristal, la única que había, por debajo de su nariz. Aparentaba estar enajenado por el exquisito *bouquet*. Y tiene el aroma de la doncella —continuó con un profundo suspiro. En el silencio y en la penumbra de la taberna repleta de aldeanos, abrió ligeramente los ojos.

Encontraré más —susurró con los ojos entreabiertos. Su voz apagada se oía por igual en todos los rincones. Alzó de nuevo la copa sin quitarle la mirada pero aún no sonreía. Su propio ritual todavía no se lo permitía. Lo hacía sólo para sus adentros porque comprobaba que el programa vinícola en los valles de Batumi que le fue encomendado había sido sin duda entregado a buenas manos. Se regocijaba porque sus predicciones se comprobaban.

No se equivocó cuando aseguró en el Comité Central del Partido Comunista, apenas cuatro años antes, en 1945, que produciría el mejor vino de Georgia y que sería tan alegre y tan apetecido como lo eran las bailarinas del *trepak*, la danza radiante de la Bielorrusia que ni las mismas maldiciones de la guerra que estaba a punto de terminar pudieron opacar. Y ahora, ¡a paladear! —dijo abriendo bien los ojos.

Con la misma seriedad y ceremonial con que había roto el tapón del tonel hacía pocos minutos ante el asombro y el respeto general, Iván Petronovich se llevó la copa a los labios escondidos detrás de su inmenso mostacho. Tomó un pequeño sorbo y, entonces, cerró nuevamente sus ya diminutos ojos.

Simulaba estar en trance. Concentraba todos los sentidos en su boca. En ese momento el tiempo se paralizó para todos menos para las contorsiones de sus labios y para él, para Iván Petronovich, el poderoso Secretario General del partido de la región.

Demostraba a los mayores de la aldea cómo se bebía y cómo se saboreaba el licor de los dioses. Enseñaba que el vino era delicado como los sentimientos y se le trataba con suavidad, con ternura, con candidez como la doncella que era. En nada se parece a la vulgaridad del vodka —explicó a los extasiados y apretujados oyentes en la taberna cuando rompió el tapón del tonel—.

No se exhala primero antes de tomar el vino como hacéis con el vodka, ni tampoco se apura de un solo golpe de codo el contenido de la copa y mucho menos con una inclinación brusca de vuestras espaldas hacia atrás como si hubiéseis recibido coces en el pecho dadas por vuestros asnos. Tampoco se mitiga ardor alguno porque no lo hay.

No debéis pues mordisquear pepinos agrios o pan negro después de beber. Y por eso, el improvisado *arbiter elegantiarum*, el pretendido árbitro de la elegancia convertido en vocero burdo del buen gusto y estilo, tragó lentamente, con la gracia que se imaginó era igual a la del vuelo del cisne o a la del salto de una gacela. Después, finalmente, como era de rigor, abrió los ojos y regresó a la realidad.

—¿Queréis saber qué descubro? —preguntó a los confundidos campesinos que se apretujaban cada vez más cerca para oír una a una sus sílabas. on su voz tonante señalando con el índice a un viejo campesino barbudo cuyos labios habían desaparecido años atrás entre sus encías sin dientes—, y a ti también mi pequeña Irina Georgiyevna —dijo luego a una regordeta labriega

con su ajustada *babushka*, la raída bufanda de I Temían que se les escapara alguna con cada exhalación convertida en vapor en la fría taberna.

Pues os lo diré —y entonces paseó su mirada por las dos docenas de rostros que lo rodeaban. ¡Te encuentro a ti estimable Merab! —dijo c ana de las campesinas que le cubría toda la cabeza y se amarraba al cuello. Y también te encuentro a ti Pyotr, a quien apodan el Befo, y a ti Anastas, todos mis insignes *tovarishti*, camaradas. Encuentro en nuestro vino, producido en nuestra madre patria, en nuestra madre tierra, con nuestras vides y por vuestro trabajo, lo que encuentro en vosotros.

¡Encuentro! —exclamó con un gesto teatral como si invocara a una divinidad—, la sabiduría, la docilidad y el carácter casi místico que a vosotros os dan los años y por lo cual os amo tanto —y no dijo más. Había concluido como tenía que ser. Sus últimas palabras las remató con la pose de reminiscencia aristocrática de su recordado abuelo Iván Mikhailovich, ajusticiado por la revolución por haber hecho carrera en la Chornaya Sotnya, el escuadrón de cosacos dirigidos por el mismo zar.

Ahora, terminada la densidad y la pomposidad de la ceremonia, podía regresar a la naturalidad. Podía sonreír. ¿Sabes a qué me refiero Merab? —preguntó paternalmente al viejo sin dientes que lo miraba perplejo y callado del otro lado de la mesa, detrás de la llama inmóvil de la vela. ¡Habla! Os lo autorizo. No me ofende. ¿Sabes a qué me refiero? —insistió con dulzura Iván Petronovich.

Y en ese momento el rostro del famélico campesino estalló con una inmensa sonrisa nerviosa que empujó las desproporcionadas orejas y los pliegues de sus flácidas mejillas hacia la ceñida gorra que llevaba para cubrir la calvez que se perdía en los tiempos de su memoria.

La risa sin labios le hacía más larga la delgadez de su rostro y el mentón más pronunciado, como la proa profunda de una embarcación. Pero luego el desconcierto la borró como también la borró en los otros campesinos. La sonrisa desapareció tan rápido como le llegó.

No, no sabía a qué se refería el Secretario General. Ni siquiera entendía lo que decía con su gruesa voz que disimulaba con el susurro. Además, le atemorizaba la mirada austera, la que utilizaba para reforzar su autoridad. ¡Te haré famoso Merab! ¡A eso me refiero viejo idiota! —tronó de improviso, impaciente, Iván Petronovich.

Sí, te haré famoso a ti y a todos vosotros —dijo con la fuerza de su voz potente viendo uno a uno a los demás campesinos—. Haré también famosa a vuestra tierra. Haré famosa a la graciosa Tiflis. ¿Me oís? Os haré famosos. Sí, eso haré. ¡*Grusiya*, Georgia, te haré célebre! —exclamó con un gesto triunfal que por fin hizo bailar las llamas de las velas—. Vuestro nombre estará en Telegrafnoye Agentstvo Sovyetskovo Soyuz, en la TASS —sentenció con un rugido espeluznante, casi trágico, que llegó a todos los rincones de los tres pisos de la peculiar *izba*, la casa de leños casi centenaria, la más vieja de la aldea, que servía de taberna.

Pero los campesinos seguían sin entender. ¿Qué significaba ser famoso? ¿Más trabajo, más frío, más trigo, más pan? ¿Es que no os regocijáis? —tronó Iván Petronovich en el medio de la incertidumbre—. ¿Sois tan ignorantes para no entender que hemos triunfado? ¿Triunfar en qué?, se preguntaban al unísono las miradas confusas y temerosas de los aldeanos. Habían cultivado la vid y fueron diligentes en la vendimia, estrujaron y prensaron la uva, prepararon el mosto, encubaron el zumo y habían esperado.

Todo lo habían hecho como se les instruyó. Nada fue a destiempo ni destemplado y nunca se les castigó. ¿Se encontraba allí el motivo del regocijo? Todo fue trabajo y espera, espera y trabajo, igual que como hicieron con el heno, la patata y la remolacha. ¿Por qué antes no hubo celebración y ahora sí? —¡Me dáis asco! —rugió Iván Petronovich—. Podéis tomar vuestro *borscht* y comer la *bulotki* y los *golubtsy*. ¡Comed todo lo que queráis! Quizás con la panza llena se os anime el espíritu.

Y luego tomad el vodka. Tomad sin parar para que el diablo no os halle ociosos. ¡Qué más da! A Iván Petronovich, el temido Secretario General del partido, le repugnaba la grosura del *borscht* de Yaroshneva, la aldea más cercana a Akhaltsikhe que a Batumi, el puerto en las costas del mar Negro. En cambio, en ningún otro sitio hacían el *shchi* como en la taberna de Dimitry Vyacheslav y nadie como él y su mujer, Natalya Ivanova, guardaban sus secretos personales, sus secretos íntimos, los justos placeres, como los llamaban sin trascendencia alguna los taberneros.

—¿Vuestra señoría querrá también pan negro, caviar, manteca y *smetana*, crema agria? —le preguntó el tabernero con su fingida humildad en medio de las voces y risas, cuando en la taberna ya el vodka liberaba las inhibiciones y temores de los campesinos.

—¿Por qué me tentáis Dimitry Vyacheslav?

—Mil perdones amo pero si no os lo ofrezco me castigaréis.

—¡Tonterías! —replicó Iván Petronovich malhumorado.

Conocía las lisonjas, las que ya eran de rigor en el trato hacia él, pero las del tabernero eran tan vulgarmente falsas como las monedas de barro. Además, se sentía embuchado y ahogado por el vino.

Había bajado tres jarras en busca inútil del ansiado ardor que acompañaba placenteramente al vodka, el acostumbrado ardor del fuerte aguardiente eslavo. ¿Y también querréis vuestro vodka? —le dijo Vyacheslav extendiéndole un jarro de bronce macizo que rebosaba con el licor. ¡Basta viejo inmundo! —rugió nuevamente Iván Petronovich arrebatándole el jarro—. ¡No os quiero en mi presencia!

Al fin tenía entre sus manos la verdadera jarra, al fin le llegaba la verdadera bebida. No aquel vino que se le atragantaba, el que se le había ordenado producir. Y con esa entrega ya estaba todo dicho para el tabernero Dimitry Vyacheslav y su mujer Natalya Ivanova. Esa noche sería una noche feliz para la taberna y para la aldea. Se encenderían otras velas, se tomaría vodka hasta el amanecer y se comería pepino y repollo agrio hasta el agotamiento.

Se olvidarían el frío y el lodo del camino, las inmensas distancias y las esperas infinitas. También se olvidaría el vino soso y amarillento, como la orina de un niño, que el Comité Central del Partido Comunista ordenaba tomar en sustitución del vodka, el endemoniado licor que hacía a las repúblicas países de beodos, como lo era Stalin, su venerado dictador.

Además, Iván Petronovich había sido insincero y el tabernero Dimitry Vyacheslav también lo sabía. No había ido a la aldea para celebrar la producción del vino ni la violación del primer tonel. Nada tenía que celebrar. El vino resultó demasiado dulce y sin fuerza. En nada se parecía ni se podía parecer al *Kinzmarauli*, el vino georgiano de gran cuerpo preferido de Stalin, ni tampoco al que luego sería el reconocido *Rkatsiteli* producido más al este, exquisito vino dorado y ligeramente picante que tenía fama de ser la fuente de la juventud de los georgianos.

Tampoco había ido por el *shchi*, ni por el caviar ni la manteca. Ni siquiera había ido por el buen vodka de centeno que el mismo Dimitry Vyacheslav producía. Había ido porque le devoraba la curiosidad y también otro tipo de violación. Esa noche, le habían dicho, tendría ante sus ojos una visión y una ternura reservadas sólo para él, sólo para los dioses.

—¿Qué esperamos? —le reclamó ásperamente al tabernero la tercera vez cuando amenazaba caer la noche y ya su papuda nariz y el sudor en la calva cruzada de venas mostraba los efectos de los tragos de vodka que por fin le dejaban ardor en la garganta.

—Será todo según vuestro gusto —le aseguró Dimitry Vyacheslav en medio de la algarabía general que ya producía el licor desenfrenado en los aldeanos de la taberna— pero los músicos aún no llegan.

—Al diablo con los músicos.

—Paciencia mi amo. Es algo nunca visto.

—La paciencia se me agota.

—Os aseguro que estos breves momentos de amargura serán largamente recompensados. Permitidme hacer el escenario que sólo vos merecéis. Pero Iván Petronovich no estaba convencido. ¿Por qué demonios debemos esperar a unos malditos músicos? ¿Por caso no tenéis acordeón o *balalaika*? —Lo tenemos mi señor. Proceded. Encuentro aburrido este juego de espera. Ya la sangre me hierve.

Os aseguro la flor de las flores —le reafirmaba el tabernero—. Esas flores bien valen vuestra paciencia. No. Dádmelas. ¡Dádmelas ya! Son vuestras, ya lo sabéis, pero tendréis que acceder al precio. ¿Precio? ¡Maldito limpiarrabos! ¡Cómo osáis hablar de precio! —gritó Iván Petronovich con la mirada llena de ira.

Fue un mirada y una voz que se perdieron y se ahogaron en la gresca de la gritería y las risas. Los aldeanos y labriegos liberaban los espíritus alegres represados por años. El vodka era siempre buena compañía para los campesinos que celebraban ruidosamente no sabían qué.

—¡El mismo cuento vacío de siempre! —continuó en su irritación Iván Petronovich—. Haré que sientas todo el peso del *knout*, el látigo. El frío se encargará de mutilar cada uno de tus dedos y después yo mismo cortaré la moradura de tu lengua congelada y punzaré cien veces tus ojos hinchados por el hielo.

Pero el tabernero no mostraba preocupación ante la amenaza del jefe del Partido Comunista de la región, el dueño de cuerpos y almas de Abjasia, Adzharia y Osetia del Sur. Conocía bien todas sus reacciones y sabía cómo conducir las. Lo vencería llevándolo al campo de sus mismas depravaciones. La pederastia y su pedantismo le harían doblar la cerviz como en el pasado pero esta vez penetraría su orgullo y su perversa arrogancia. La justificación estaba plenamente comprobada.

Debía también pagar un alto precio como condición. No tenía dudas y, además, ese año las necesidades eran mucho mayores. ¿Por qué me condenáis? ¿Qué injusticia os he hecho? —replicó Dimitry Vyacheslav escondiendo burla en su postiza humildad. No me privéis de ese placer vuestra señoría —terció la esposa Natalya Ivanova, con igual actitud afectada—. Mi marido Dimitry Vyacheslav merece ése y todos los castigos. Tan sólo dadme el placer de ser el verdugo pero esta vez, por algún raro sortilegio, dice verdad.

Os ha conseguido la flor única que os asegura, no sé cómo porque es tan inepto como un buey ciego y cojo. ¡Vieja panzuda! ¿A quién tratas de engañar? ¡Correrás su misma suerte! —gritó el Secretario General.

Con esa grosera exclamación ya estaba todo dicho para los taberneros. Iván Petronovich estaba en sus redes, pensaron al unísono Dimitry Vyacheslav y su mujer. El vodka hacía germinar lo que las fanfarronadas buscaban ocultar. La curiosidad le brotaba por cada uno de sus poros.

¡Amo! ¿Por qué me insultáis? —dijo la mujer aprisionando y besando sus manos entre las de ella—. ¿Acaso guardáis algún rencor por algo que os he hecho sin voluntad? —¡Basta! —gritó de nuevo Iván Petronovich liberando sus manos—. ¡Dadme lo que es mío! El deleite de lo que sería la conquista y la violación no lo desamparaba.

Pero amo —continuó con su falsa pose la mujer—, el inútil de mi marido os dice la verdad. La flor es tuya pero el precio, debéis pagar el precio. ¿Cómo osáis hablarme de precio? No es mi gusto amo pero los malditos campesinos no son como antes. Ya no aprecian los dones de vuestra bondad. Son miserables y malagradecidos. Si no convenís en la tarifa no tendréis la flor y yo lloraré amargamente por vuestra desdicha.

¡Por los perros de Jezabel que me habéis enloquecido! ¡Habladme de la valía de una vez! Natalya Ivanova disparó una pícara mirada a su marido y luego se sentó más cerca del pederasta buscando simular el acurrucamiento del gatito ruso azul. También Dimitry Vyacheslav, el tabernero, entendió que el juego con Iván Petronovich estaba por terminar.

No os arrepentiréis, os lo aseguro —dijo la mujer casi como un susurro— pero no es una flor como os ha dicho el impotente de mi marido. La sorpresa y vuestro deleite será doble. No es una flor. ¡Son dos! Una, dos. Las palabras cruzaban por la mente de Iván Petronovich junto con el vino y el vodka y lo atormentaban produciéndole un dulcísimo deleite.

La curiosidad por la flor que le ofrecían ya le adormecía la razón prometiéndole el éxtasis que lo encadenaba a sus asquerosas pasiones. Y la mujer reconoció el disfrute del delito en el rostro. La víctima estaba desangrada. Ya no sentiría los impulsos de la razón sino los impulsos de los bajos sentidos y lo comprobaba con sus propias manos que herían.

Le clavaba en el antebrazo sus toscas uñas de leñadora, sus púas curvas de gata callejera de malas mañas, llenas de mugre, e Iván Petronovich sonreía. El masoquismo, como preámbulo a la pederastia, se hacía dueño de él. Amo, sois el *tsarevitch*, el heredero del trono de los zares. Merecéis lo mejor y os lo hemos conseguido. No os privéis de lo que es vuestro —continuó la mujer con un cambio maligno en la inflexión de la voz.

Conocía a la saciedad la pasión de Iván Petronovich por los niños, el furor subyugador y diabólico reflejado en sus ojos penetrantes y sabía muy bien cómo tranquilizarlo. ¡Pensad! Deleitaos en la flor de las flores, por eso necesito asegurarme de que mi pedido me lo concederéis —le dijo finalmente en la penumbra de la taberna con el susurro que llega al interior como un alarido, el mismo murmullo y el ruido apacible con que tienta el demonio.

Iván Petronovich guardó el silencio del indefenso y entrecerró sus ojos. Dimitry Vyacheslav, el marido, sabía que la reacción era como la del animal domado. Sabía también que pronto se daría inicio a la estocada final y estaba preparado. Sólo necesitaba la mirada aprobatoria de su mujer.

—Debo ver, debo ver —advirtió Iván Petronovich como una última defensa.

—Y si es de vuestra aprobación, ¿pagaréis el precio?

—Debo ver —fue la respuesta del impotente entregado al vicio.

¡Amo! ¡Amo! —exclamó la mujer con un gesto que excedía a la histrionisa burda—. ¿Por qué me hacéis sufrir? Sufro por vos y sufro por el premio que os pertenece pero que espera vuestra decisión. Iván Petronovich reconoció su desmayo y quiso reaccionar. Mujerzuela inmunda. ¡Hablad de una vez!

¡Cuán difícil había sido esta vez!, pensó Natalya Ivanova, pero el agotador trabajo daba sus ansiados frutos. Los taberneros pescaban el premio mayor. Su precio era entrar al servicio de Iván Petronovich como jefa de la servidumbre de su *dacha*, la casa de campo que facilitaba el Estado a los altos funcionarios como símbolo de jerarquía.

El salario sería bueno y saldrían de aquella pocilga de taberna llena de ratas, pulgas y sabandijas pero por sobre todo, tendrían lo más ansiado, tendrían *blat*, el acceso, la influencia que los pondría en el camino de los goces, a poseer lo que otros no tenían y cobrar por los favores que dispensarían.

Éste es el trato mi amo. La primera flor es el niño mayor a quien llaman Yianni, de trece años, hijo de Gaetano, esposado con Mariuska Shelest —dijo con solemnidad la mujer. Iván Petronovich se extrañó. Había oído esos nombres. No eran de las cercanías, lo que hablaba en favor del esfuerzo del tabernero. Continúa. La segunda es la niña, Mariuska, nombre de virgen, como lo que es. Así se llama. ¿Cuán mayor es? —preguntó Iván Petronovich sin ocultar el goce que antecedió a la respuesta.

—Doce años, tan sólo doce años. Como véis, no es una sino dos las flores tiernas e inacabables las fragancias que de ellas obtendréis. Os lo ofrezco todo, a vos y sólo a vos, como amo que sois. Tendréis sus lozanías a vuestra voluntad como también lo que más amáis. Tendréis el immaculado candor. Seréis la llave que abrirá ese tesoro inviolado. Os aseguro que nunca ha sido tocado. Yo mismo lo he comprobado.

—¿Da?, de verdad —preguntó Iván Petronovich con la mirada de deleite fija en sus sueños degenerados. ¿Por qué dudáis si allí no termina nuestro tributo a vos? Os ofrezco además arte. Veréis que no son vulgares juglares ni trovadores, ni titiriteros ni jugadores de las manos, ni miembros de circo. Tampoco son artistas. No, no son artistas. Son, amo mío, más, mucho más. ¡Son virtuosos! —exclamó de nuevo la tabernera en su papel de actriz dramática.

—¿Da? —inquirió de nuevo el Secretario General. El vodka ya lo impulsaba a las preguntas imbéciles. ¡Conseguidme la azuela! —ordenó Natalya Ivanova bruscamente a su marido Dimitry Vyacheslav y fue una orden que se oyó en toda la taberna. Era en ese momento la primera, la única actriz en todo aquel escenario que rápidamente hizo callar las risas cercanas. Su violento cambio de actitud no daba lugar a dudas ni a la seguridad de su mandato.

—Estoy tan convencida de cuanto os ofrezco que si no os agrada mi tributo, no aceptaré vuestro rechazo como respuesta sino que me podréis mutilar por mi torpeza. Aquí mismo y sobre esta mesa podréis cercenar mi mano derecha —dijo entregándole al sorprendido Iván Petronovich la afiladísima azuela utilizada en la cocina para descuartizar carneros y para desbastar maderas.

—¿Da? —exclamó Iván Petronovich una vez más, confundido con la herramienta mortífera que se le obligó a sostener. No, no tengo miedo de mi compromiso —continuó la mujer con una pose desafiante ante las miradas perplejas o burlonas de quienes la rodeaban—, y os lo puedo confirmar.

Vuestra voz, la que ruge en la comarca guiándonos e imponiendo el orden sería en este momento impotente de callar toda la algarabía de las dos docenas de campesinos que os enlodan, ofenden y apretujan aquí, con su pestilente presencia. Podréis gritar todo lo que queráis y tan sólo arrancaréis risas e invitaciones para beber de nuevo.

Fijaos cómo vuestros vecinos de mesa se atreven a miraros, sonreídos y con vulgar desembarazo a pesar de vuestra majestad y del arma que sostenéis en vuestra mano. Pero no es el caso de vuestras flores. Su arte apaciguará a los desvergonzados, dominará las carcajadas grotescas y dominará las venas de las pasiones que les brotan a todos estos aldeanos y lo lograrán, sí, lo lograrán, sin alzar la voz, sin siquiera hablar, algo que ni siquiera vos mismo podéis hacer.

¿Os dáis cuenta? ¡Ni vos mismo! Vuestras flores triunfarán sobre la irreverencia que os brindan estos hijos podridos de la tierra. Vuestras flores, sin hablar, sin amenazar, sin un sólo gesto y sin siquiera mirar, triunfarán sobre la borrachera y la indignidad a vos, sobre el vodka y hasta sobre vuestro propio poder. —¿*Da*? —preguntó Iván Petronovich por cuarta vez.

Repetía inútilmente un mismo pensamiento, desconcertado por el reto de la mujer y por la azuela en su mano. Ya la calva le sudaba copiosamente y el sudor bañaba su gastado y arrugado traje color gris. —He aquí el precio amo —dijo entonces al oído para que nadie oyera sino sólo él—, modesto para lo que os darán vuestras flores, para el disfrute que recibiréis. Debéis consentir que vayan a la ciudad.

Debéis consentir en el conservatorio de música con todos los privilegios y debéis consentir que yo sea vuestra jefa de servicio en vuestra *dacha*. A pesar del susurro de la mujer y de la gresca alcohólica a su alrededor, las palabras apagadas resonaron grotescamente en los oídos de Iván Petronovich. Se mezclaban con el desenfreno de los labriegos que colmaban la posada y que le irritaba.

Hacía esfuerzos inmensos para razonar y al final pudo captar la inmensidad del pedido. Valoró en su totalidad la insólita proposición de la mujer. No le había conseguido las flores que ella decía para su deleite sino para sus fines

propios, y comenzó a verla como lo que era, como una horrenda bruja, gorda y despreciable que retozaba a su lado con una descarada irreverencia.

La miró en silencio y luego entrecerró los ojos, como siempre lo hacía cuando se concentraba. Su ira se acrecentaba con cada parpadeo y con cada carcajada grosera que llegaba desde cualquier rincón. No cercenaría la mano de la tabernera. Sería una afrenta para el hierro. La dignidad del metal era sólo para partir en dos su cabeza. Sólo así lavaría la osadía de la mujer.

La bruja pedía *blat* a cambio de nada. Pedía privilegios que sólo el Upravleniye Delani, el Departamento de Asuntos Internos del Comité Central del Partido Comunista reservaba a los mártires y a los preferidos del Estado. Para colmo, se atrevía a pedir no uno sino dos privilegios, dos entradas al conservatorio. Era el precio inusitado y soez en boca de una grosera por una sensualidad momentánea, intrascendente, algo que como de costumbre, todos olvidarían con el primer canto del gallo.

Pero, por encima de la ofensa, estaba el atrevimiento. Había osado pedir. Sólo los superiores podían pedir y todos estaban en Moscú. Ése era, pensó Iván Petronovich, el pecado mayor, el pecado que únicamente se lavaba con la sangre aunque putrefacta que irrigaba las asquerosas entrañas de la mujer.

Decidió alzar el hierro y partir en cuatro a aquellos ojos que lo retaban, callar aquella boca de Eva que lo tentaba a ceder y mutilar para siempre la osadía de la mofletuda mujer. El sudor le seguía corriendo copiosamente por la frente y por sus sienes. Caía a chorros sobre su abultada panza, crecida en más de medio siglo de existencia a base de grasas y alcohol.

Mientras más veía los ojos negros de la mujer escondidos detrás de las pobladas y desarregladas cejas, más recobraba Iván Petronovich su compostura y su control y más se convencía de que debía ultimar a aquella mirada endiablada y su lengua de urraca. Estaba demasiado cerca como para no propinar un golpe maestro, limpio, instantáneo.

Manejaría el instrumento con una ciencia certera al igual que manejó en su lejana juventud la guadaña y la hoz, los instrumentos para segar, los que se vio obligado a cambiar por el violín, la verdadera pasión de sus primeros años. Su rostro ya no ocultaba sus intenciones y la mujer lo intuyó. Estaba a punto de bajar su altivez y pedir clemencia cuando oyó lo que tenía que oír, lo único que apaciguaría los ánimos desbocados, lo único que controlaría en los campesinos el desenfreno de las pasiones causado por el licor, lo único que en ese momento acallaría el pandemonio en que se había convertido la taberna y lo único que la salvaría y justificaba el precio que pedía.

Su marido también había leído en el rostro de Iván Petronovich sus intenciones y el horror y la desesperación en el de su mujer. Sin esperar sus instrucciones, dio la orden. Su marido le salvaba la vida y lo había librado a él de la tumba de Siberia. La intuición maravillosa de Dimitry Vyacheslav los llevaba a la cúspide.

En el momento preciso que Iván Petronovich decidió levantar el brazo para partir el rostro de la mujer, en el momento en que apretaba fuertemente los dientes y se disponía a asestar el hachazo certero y a mancharse nuevamente de sangre, las mágicas notas emanadas de un violín le detuvieron. Fue al principio una nota prolongada, una nota que conocía mucho y que sus torpes dedos nunca pudieron reproducir.

Era el comienzo de esa melodía como él entendía debía ser la entrada del edén, el que imaginaba sería suyo como tantos edenés de la tierra. Luego siguieron las que tenían que seguir. Y fueron también esas mágicas notas iniciales las que irrumpieron en todos los oídos de los desbocados campesinos haciéndoles mirar a todos lados y a ninguna parte. ¿Qué dulce ángel se atrevía a amansarlos con su idioma, con aquella indulgente melodía, con aquel arte exquisito?

Cesaron las voces, las carcajadas y los gritos porque las bocas se cerraron y cesó el ruido porque los cuerpos se quedaron inertes como si un soplo narcótico hubiese caído sobre ellos. Sólo flotaba la mansedumbre que brotaba de un violín y una melodía que astringía y debilitaba el efecto expansivo del vodka. Las venas hinchadas se relajaban. El baile de las llamas de las velas también sentía el efecto astringente de la música. Los cuerpos inmóviles no agitaban las moléculas de aire.

Iván Petronovich no acertaba a descubrir la magia que flotaba en el ambiente y esa simplicidad lo llevó a comprobar las predicciones de Natalya Ivanova. Aquellas notas eran en efecto el único hechicero que tendría la fuerza para tranquilizar a la horda de desalmados por el vodka en la taberna. Fue ese mismo bálsamo el que le hizo bajar poco a poco la azuela, relajar los músculos de su boca y apagar la ira y el fuego que reflejaban sus pupilas.

Fue ese mismo consuelo el que cerró como por arte de magia los poros y el sudor a pesar de que el encerramiento de la taberna había creado un pestilente sahumero. Se dejó llevar por las notas mágicas y sintió que su soledad se poblaba de repente. La música era su único placer sensual que no era un vicio. Cerró los ojos y respiró profundamente. Era la auténtica naturalidad que quiso buscar cuando degustó el vino que tenía la apariencia de orina de niño. Su rostro era plácido, entregado, agradecido. Quizás también hermoso.

Natalya Ivanova aprovechó el momento. Intuía que algo peor podía pasar porque se revivía en Iván Petronovich el secreto que por años trataba de ocultar en su permanente borrasca interna: donde había música no podía haber cosa mala y él era malo. La mujer tomó prestamente el hacha de su mano indefensa, la entregó a Dimitry Vyacheslav, su marido, y luego, al igual que antes, se le acercó como gata en celo y le habló al oído.

—Abrid ahora los ojos amo mío. Abridlos bien. Mirad la prueba de mi tributo. Apreciad vuestro tesoro. He ahí vuestro príncipe, vuestra primera flor y os aseguro que es sólo vuestra. Luego veréis a la princesa. Mirad. Fijaos bien que no os he engañado. ¡Allí están vuestras flores! A cambio, sólo pido miserias, privilegios que no son para mí sino para vos mismo y fácilmente están a vuestro alcance. Para mí tan sólo quiero el honor de servirte en tu *dacha*.

Y todo resultó finamente hilvanado. En nada hubo coincidencias ni improvisaciones. Yianni, el príncipe que los taberneros habían destinado para Iván Petronovich, había iniciado la ejecución de una adaptación completa para violín del *andantino quasi allegretto* «El joven príncipe y la joven princesa» de la suite sinfónica *Scheherazade* de Nicolás

Andreievich Rimsky-Korsakov quien, junto con Borodin, Cui y Moussorgsky, eran los compositores preferidos de Iván Petronovich. Conocía todas las obras de Rimsky y hasta la fecha de su composición. Conocía de memoria la letra de

Pekovitianka, su primera ópera compuesta en 1873 y de todas las otras óperas. Se enorgulleció, en su distante juventud, de haberse llamado un producto directo de la influencia del gran maestro hasta que algunas mentes huecas de la revolución de 1917 lo atemorizaron porque borraron del acervo

cultural ruso al exquisito compositor. Lo consideraban la representación misma del pensamiento zarista abatido.

Y fue esa acusación a Rimsky su única y permanente incriminación contra la revolución a la cual se había entregado sin condición al lado del mismo Lenin cuando recién cumplía los veinte años. Sólo por su insistencia el partido había rectificado y se le había hecho justicia al compositor, al genio que Iván Petronovich llamaba el creador de los creadores.

La interpretación de Yianni fue impecable y sentida. Fueron diez minutos diez segundos en que el ángel conversó en su idioma cristalino y armonioso con los inmóviles cuerpos que lo escucharon suspendidos en un éxtasis divino. Fue como la imperecedera voz de Orfeo unida a la lira que embelesó a hombres y dioses, conmoviendo a la naturaleza toda con sus acordes.

La entrega de la taberna a la música celestial de Yianni parecía la misma entrega de osos y leones que se acercaron a lamer los pies de Orfeo y a las otras fieras que se juntaban a su alrededor para escucharle, o a los ríos que retrocedieron a su nacimiento para oír, o a las rocas y árboles que se animaron y corrieron dócilmente a su encuentro.

Fue ese idioma el que acercó a Iván Petronovich a las lágrimas porque por encima de la revolución estaba la música que lo dominaba con un sentimiento tan fuerte que era capaz de llevarlo hasta al arrepentimiento. La sentía tan sublime como le parecía debía ser la expresión de un gozo religioso al que inmisericordemente perseguía y castigaba.

Cuando Yianni concluyó nadie sabía qué hacer, ni siquiera el tabernero ni su mujer. Era demasiado bello como para regresar a la realidad, como para pensar que un sueño sobrehumano pudiese concluir. Sólo cuando Iván Petronovich abrió los ojos, la taberna comenzó a retomar poco a poco su

vigor y las llamas de las velas comenzaron a desperezarse. Sólo en ese momento reaccionó a las palabras de la mujer.

—Tendrás tu privilegio.

—No es uno amo. Son dos —respondió rápidamente Natalya Ivanova y dio la orden a Dimitry Vyacheslav. De nuevo se escuchó el violín pero esta vez no era Rimsky sino una de las espirituosas danzas eslavas de Dvorak y no era sólo Yianni sino también la pequeña Mariuska, la hermana, trajeada con un hermoso faldellín de ballet por encima de sus rústicos pantalones campesinos. Comenzaba al lado de Yianni los *allongé* y

chassés aplicados a la danza eslava, bailando con zapatillas elaboradas en piel de cabra curada con aceite de abedul, sal y golpes. La taberna reaccionó de una manera muy diferente. La música de Dvorak inspiraba la fuerza emotiva traducida al movimiento con gracia que la niña efectuaba con tanta naturalidad y maestría.

Su cadencia rítmica se la copiaban casi al carbón las llamas de las velas que se movían con la misma gracia y con el mismo sigilo. Era todo aquel coro de mansos y primorosos movimientos el hipnótico que mantenía inermes a los incrédulos espectadores. Era un universo de sentimientos que dominaban los ágiles dedos de Yianni ejecutando con brío la música de Dvorak al igual que lo dominaba la graciosa inquietud y agilidad de Mariuska.

—*¡Dochushka!*, pequeña hija —le repetían con cada *cabriole* los campesinos a Mariuska—. *¡Blagodaryu tibiá!*

¡Blagodaryu tibiá! ¡Gracias! ¡Gracias!

Y aquel diálogo angelical entre la música de Yianni y la gracia de Mariuska también llegó a un final premiado con ruidosas ovaciones rematadas con *Jóvenes*

pioneros y otros cantos heroicos populares de libertad, archivados por largos años en los recuerdos de los hermosos campesinos, que ahora resonaban sin temor en sus gargantas. La emoción resultaba incontenible. Las lágrimas no se escondían. Brotaban y corrían como manantiales en primavera. Tampoco se escondían las bendiciones que se dejaban caer sobre los niños y que Iván Petronovich ignoraba así como esquivaba entre sus frenéticos aplausos los retos de libertad que le lanzaban los campesinos con sus coros y canciones.

Para ellos era ese único momento pero para él serían muchos en que no sólo disfrutaría la sensualidad auditiva con los niños. Las razones de su alegría bien valían las irreverencias momentáneas de los campesinos y las peticiones de la mujer.

Tendréis vuestros dos privilegios. ¿Y de la *dacha*? ¿Qué me respondéis de la *dacha*? Es vuestra —dijo extasiado, sin ningún asomo de duda—, pero ahora dadme lo que me pertenece. El reclamo la dejó desconcertada. Para dar, tenía primero que recibir. Amo, ¿qué podré entregar a cambio? —preguntó Natalya Ivanova con una mal disimulada angustia.

Ya os he dicho —contestó casi irritado—. Los privilegios son vuestros y la *dacha* también. Dadme lo que me pertenece. Amo, os he sido siempre leal —dijo la desvergonzada mujer con su fingida humildad—. Nunca dudasteis de mi lealtad. Siempre me lo habéis reconocido. ¿Pensaríais igual si me supierais desleal, aunque fuese en vuestro beneficio? Me condenaríais sí, me condenaríais. Sabéis bien que me condenaríais.

Me condenaríais si no soy leal al acuerdo con el campesino. El premio se os entregará pero en vuestra *dacha*. Iván Petronovich no reaccionó. Aún estaba bajo la influencia del lenguaje de los ángeles, el que llevó Yianni en su música. Pero creo poder complaceros en algo —continuó Natalya Ivanova—.

Si procuráis los privilegios, los pasaportes y los permisos de residencia os aseguro que podréis celebrar vuestra primera noche con vuestras flores como siempre lo hacéis, en la seguridad de nuestra taberna y en la alcoba principal. Nunca nadie sabrá nada como tampoco lo han sabido en el pasado. Luego los enviaremos a Tiflis y los tendréis a vuestra voluntad pero os aseguro que no tendréis que esperar más allá de los papeles y permisos. Negociaré con el detestable campesino y aceptará.

La primera noche será aquí. Ése es mi compromiso. Ése es mi tributo a vos —concluyó la mujer con rapidez para no dar tiempo a la respuesta meditada de Iván Petronovich. *¿Da?* —preguntó el pederasta con el brillo de sus ojos reflejando sus inmundos pensamientos. *Da* —afirmó la esposa de Vyacheslav sin dudar— pero acordaos, necesito los privilegios.

Era el tercer domingo de septiembre. Las lluvias habían cesado y la luz de verano se acortaba aceleradamente. Tres semanas después el tabernero llegaba al hogar de Gaetano en la *koljos*. Aquí os traigo las buenas nuevas. He aquí vuestros privilegios. Ahora debo llevarme a los niños pero daos prisa. Debo estar de regreso de inmediato. Se hará de noche y me esperan.

La imprevista visita de Vyacheslav y su inesperada petición tomó a los padres, Gaetano y Mariuska Naslishvili, por sorpresa. La reacción fue de una fuerte mezcla agrídulce que no les permitía pensar coordinadamente ni actuar con serenidad a pesar de las muy ansiadas concesiones oficiales que se les depositaban en sus manos.

De una parte recibían la alegría de los anhelados privilegios para enrumbar a sus hijos hacia la meta soñada, por el mundo de la música en Tiflis, la capital. Se alegraban también por los ingresos que significaban, vivir todos con comodidad en la ciudad dedicados a sus hijos.

Recibían los pasaportes definitivos para viajar dentro de las repúblicas y los permisos de residencia en la ciudad que los liberaba de la odiada servidumbre, del encadenamiento obligado a la tierra. Pero el precio que debían pagar era demasiado alto, pensaron los padres. El entendimiento era que ellos los llevarían a Tiflis. Nunca se había hablado de arrebatarlos de esa manera y mucho menos de llevarlos primero a la aldea.

—¿Por qué Yaroshneva? —preguntaron al unísono los padres—. Nuestro acuerdo fue que seríamos nosotros quienes los llevaríamos a Tiflis. Ésa es la razón de los pasaportes y permisos que vos mismo nos acercáis. ¿Por qué aportáis tantas dudas? Hago sólo lo que se me dice. No os tengo respuesta —protestó Dimitry Vyacheslav, el tabernero.

Gaetano y Mariuska presentían el gravísimo peligro. Instintivamente les vino a la memoria las advertencias que les habían hecho acerca de Iván Petronovich pero se agregaba una amenaza adicional. Fuera de su vigilancia, ya no tendrían ninguna seguridad sobre el destino ni el paradero de sus hijos. Se los arrebatrían y jamás los volverían a ver y quizás ni siquiera a saber de ellos.

Eran muchas las historias que corrían de desapariciones y también eran muchas las interminables búsquedas infructuosas que conducían siempre al llanto y a la permanente desesperación. Las fuerzas de Gaetano le flaquearon ante el riesgo de verse por segunda vez en su vida arrebatado de su familia y dejado indefenso e impotente. Sintió que la daga perversa e inhumana del dios maligno de nuevo lo atacaba.

Invocó con toda su fuerza al Dios bueno, al Dios que la revolución le prohibía pero que de todas formas, por creerlo una fábula, depositaba en el Olimpo al lado de Zeus. Sólo en ese momento, con esa invocación, recobró la fuerza y la ansiada inspiración.

—Os aliviaré de vuestra preocupación. Yo os acompañaré —dijo Gaetano, el padre—. De ese modo no tendréis que regresar a devolverlos. Ahora era el tabernero el desconcertado. No sabía qué hacer.

—¿*Da*? —contestó simplemente. ¡Sois un idiota! —le increpó duramente Natalya Ivanova a su marido esa misma noche cuando supo que el padre había acompañado a los niños—. ¡Tu madre parió en ti a un idiota natural! —remató. Dimitry Vyacheslav no entendía la ira de la mujer y menos cuando reaccionaba ante los motivos del padre para acompañarlos.

—¿Pero es posible que seáis tan idiota? —le increpaba airadamente la esposa cuando reconoció que el labriego se le había adelantado a sus jugadas. Pero no había tiempo de continuar en discusiones. Iván Petronovich aguardaba impaciente. ¡Os debéis quedar aquí hasta que os avise! —le instruyó ásperamente Natalya Ivanova a Gaetano en la despensa de la taberna, al lado del gallinero. La mirada de la mujer tampoco ocultaba su profundo enojo.

—No os entiendo señora —protestó el padre—. Podría quedarme de nuevo detrás de la puerta de la cocina. Os aseguro que no molestaré. Gaetano recordaba la primera y única vez, cuando él y Mariuska, su mujer, aguardaron en un apartado rincón de la taberna. Allí, casi escondidos, pudieron comprobar cómo el arte exquisito de sus hijos lograba amansar la taberna repleta de campesinos que respiraban vodka y vino por todas sus entrañas.

Fuera de la vista de todos pudieron también comprobar el rostro transformado de Iván Petronovich cuando por primera vez escuchó hipnotizado la música de Yianni y apreció el baile de la hija. —*¡lop tvain*

mach! ¡Por las tripas de tu madre que me lleváis a la impaciencia! —explotó la mujer—. Si os digo que debéis quedaros aquí es por causas razonadas. Es que acaso no estáis conforme con todo lo que os he logrado?

Esas instrucciones eran las que Gaetano tanto temía. Sus temores se confirmaban y ahora tenían muy poco tiempo para preparar a sus hijos. —Os pido disculpas pequeña madre —dijo Gaetano con humildad—, se hará como ordenéis. Mi impaciencia por ver el progreso de mis hijos os hace turbar. Seguiré vuestras indicaciones. Los prepararé para el momento que me indiquéis.

Quince minutos más tarde regresaba Dimitry Vyacheslav en busca de los niños. Gaetano los había preparado. La habitación principal en el último piso de la taberna era algo a lo que ni Yianni ni Mariuska estaban acostumbrados. Era inmensa, con una sola cama, también enorme, que contrastaba con las de su propia casa en la que en una habitación había dos camas reducidas, la de sus padres y otra al costado en la que dormían juntos Yianni y Mariuska.

Se asombraron también de la cabecera de la cama. Era de metal brillante como el oro, el bronce que los niños desconocían. ¡Adelante mis pequeños! —dijo Iván Petronovich reclinado en una vieja poltrona cuando los hermanos traspasaron el dintel de la puerta. Estaba sonreído, sentado cerca de una mesa al lado de la cama—. ¡Adelante! Nos aguardan hermosas sorpresas. Fijaos en lo que os tengo, sólo para vosotros.

Mariuska no podía apartar su vista de la mesa y de una enorme cesta con frutas de la comarca en su centro. Había probado manzanas, peras, uvas y melocotones pero nunca con aquellos colores radiantes y de una textura dura. Por el contrario, siempre le llegaban cuando la fruta perdía el brillo, cuando ya mostraba el deterioro y hasta la descomposición.

—Fijaos. También os tengo estos manjares preparados con los hojaldres, las almendras y las mieles de los valles del Rion. ¡Es todo vuestro! Sí, todo vuestro. ¡Acercaos! —dijo Iván Petronovich mostrando una bandeja repleta con pastelerías y polvorosas, y una amplia sonrisa que no ocultaba la dentadura marcada por vacíos y dientes de oro. Pero los niños estaban atemorizados. Temían al humilde lujo del lugar, la inmensidad de la habitación, la presencia misteriosa de Iván Petronovich, el *krepki*

khozyain, el amo indiscutido, el inaccesible, el etéreo omnipoderoso como también lo eran Stalin, Malenkov, Bulganin o Kaganovich. Le temían también a la falta de sus padres, al derroche por la excesiva iluminación con velas y lámparas de aceite. Temían hasta los mismos manjares que siempre pensaron les estaban prohibidos por su condición de siervos, que nunca serían para ellos. —¿Por qué estáis temerosos? —preguntó Iván

Petronovich sin perder la sonrisa—. Todo es vuestro y sólo vuestro. Ven mi pequeña —le dijo a Mariuska extendiéndole el brazo desde la poltrona—. A ver. ¿Os apetece el melocotón? Pero Mariuska no sabía qué contestar. Su padre les había advertido de muchas cosas, entre ellas, que nunca debían aceptar regalos o lisonjas de extraños.

—¡Vamos, vamos mi pequeña! —insistió Iván Petronovich ofreciéndole un melocotón amarillo y rojo brillante, la mezcla hipnotizante de colores que Mariuska sólo recordaba haber visto en los cielos de otoño con la puesta de sol—. Os lo he traído sólo para vosotros.

La sonrisa inmensa de Iván Petronovich debajo de su poblado mostacho, y su tono de voz paternal, les quería decir que no había nada de malo en aceptar aquel manjar que generosamente ofrecía. Y a la misma conclusión llegaba la niña para sus adentros vestida con su faldellín de bailarina sobre sus toscos pantalones de lana. ¿Por qué entonces su padre se oponía?

Se imaginaba cuán hermoso sería sentir en sus manos la tersura de la fruta e hincar sus dientes en aquel mundo que le hacía agua la boca y le descomponía el entendimiento. ¿Qué de malo podía haber en el regalo que veía abundante sobre la mesa y que cálidamente se le daba?

Mariuska dudaba y no encontraba la respuesta en Yianni. Su hermano mantenía la vista hacia suelo y jugaba nerviosamente con el arco, el violín y la gorra que mantenía entre sus manos frente a su pecho. Y tú, mi pequeño, ¿tampoco te animas? Iván Petronovich le dirigía ahora la pregunta a Yianni, su verdadero interés.

Pero el niño no contestaba. Continuaba con la vista en el suelo. Os he hecho una pregunta —insistió Iván Petronovich reforzando ligeramente su tono de voz—. ¿No os han enseñado que debéis contestar a los mayores cuando os hablan? Le habían educado para responder cuando los mayores le hablaban pero Iván Petronovich era diferente. Era además el símbolo del poder, la imagen y la fuerza que por generaciones aceptaba intuitivamente el ruso, con una devoción casi siempre irracional y un temor sin límites.

Allí, de repente, tenía esa imagen, el poder frente a él, de carne y hueso, que les ofrecía generosamente frutas y manjares. Pero era un señor amable, sonreído. No era el señor sagrado o el de los cuentos macabros y de las tinieblas que tanto temían el que le pedía una contestación. Pero su padre le había confirmado minutos antes que, en efecto, Iván Petronovich no era bueno. Se lo explicó muy brevemente en la primera conversación de hombre a hombre que apuradamente mantuvieron en la despensa de la taberna.

—Debéis creer en mí pero no como siempre lo habéis hecho —le advirtió en los segundos finales el padre—. Ahora es diferente. Ahora debéis creer con mucha más fuerza, como nunca lo habéis hecho —repitió. La advertencia la hizo Gaetano de frente, sin vacilación y Yianni lo quería en ese momento a su

lado. Quería que le dijera qué debía hacer, qué debía contestar. Quería que le volviera a explicar por qué estaban allí, en una habitación desconocida con el señor de los señores y por qué todo se había hecho con tanto sigilo.

¿Por qué nadie en la aldea debía saber que ellos estaban allí? Todos fueron sus amigos en la noche de la taberna y se les ofrecieron y entregaron como sus protectores. Se lo habían demostrado días antes cuando tocó el violín por primera vez. Ahora se los ocultaban. ¿Por qué?, se preguntaba una y otra vez. Pero como respuesta, tan sólo tenía en su mente lo que su padre le había obligado a repetir instantes antes de despedirse. No debía ser grosero pero no debía permitir ningún obsequio ni bondades de Iván Petronovich ni con él ni con su hermana.

—Seguramente os encontraréis en el momento en que se os abrumará para que aceptéis golosinas y familiaridades —le advirtió Gaetano—. En ese caso, escuchad bien, escuchadme muy bien. Ejecutad siempre vuestra música, la más alegre. Mazurcas y tarantelas. Haced que mi pequeña baile. Nunca debéis quedaros sin accionar. Entonces le pediréis al amo Iván Petronovich que os enseñe cómo beben vodka los hombres del Cáucaso. Pedidle que os enseñe pero nunca, me oís, nunca probéis ni un solo sorbo, ni una sola gota.

Tan sólo hacedle beber al amo rápido y en demasía. Alabad continuamente su hombría en el arte de beber. Pedid que beba no de la copa sino del gran jarro y que no sea del pequeño. Si es necesario, reclamad más vodka. No tengáis reservas. Bajad a la taberna. Se os dará todo cuanto pidáis pero hacedlo con alegría, debéis fingir que estáis alegres. En nada se os limitará. No, no me preguntéis por qué.

Sólo haced como os digo. Haced que Iván Petronovich beba hasta que se le hayan desvanecido los sentidos, hasta que sus poros sólo destilen el licor. Cuando sintáis que cae rendido, vendréis a mí sin hacer más ruido que el de

vuestro parpadeo. Nadie debe saber que lo dejasteis sólo. ¿Me habéis entendido bien?

Y con esas palabras de Gaetano aún frescas en su mente, Yianni contestó a Iván Petronovich. Mi padre me ha instruido que antes de aceptar vuestra generosidad, debo animar vuestro espíritu con una mazurca y que mientras tanto bebáis a vuestro antojo para que así me podáis enseñar a beber. Iván Petronovich rió con malicia. Las palabras de Yianni fueron inesperadas, una grata sorpresa, un imprevisto agujonazo a sus sentidos.

Interpretó que el niño se comportaba con la educación de quien había recibido ricas luces en las artes y con instrucciones de deleitarlo no sólo con su música. Vuestro padre es sabio —dijo Iván Petronovich—. No sólo de música debéis vivir. También el espíritu debe reconfortarse con el vodka y los placeres de la boca. Es hora de que os iniciéis en la bebida y en otras cosas de los hombres. Mi padre dice que vos podéis ser mi mejor maestro.

Iván Petronovich experimentó con la afirmación de Yianni un nuevo agujón que le encrespó los sentidos. No sólo se halagaba su hombría sino que se despertaban sus facultades. Presentía que esa sería una noche muy especial, no como las tantas noches en que tuvo el goce del candor de otros niños insulsos que fingían remilgarse. Los taberneros no se habían equivocado, pensó. Comprobó que el precio que le cobraban había sido muy bajo, un motivo más de satisfacción.

Os debéis iniciar mi amado hijo —dijo Iván Petronovich alzando la copa de vodka, con la misma solemnidad que cuando presentó a los campesinos el vino del primer tonel—, con una copa y tener la seguridad del arquero certero para que el vodka vaya directo a vuestro corazón. Sólo así despertará toda la inspiración. Acércate, te lo demuestro. Toma conmigo —concluyó con una nueva sonrisa.

Señor —lo interrumpió Yianni—, ya conocemos el beber de la copa.

¿Da? —preguntó sorprendido Iván Petronovich.

Sí, mi señor, —contestó Yianni con aplomo—. Ahora queremos conocer cómo se alivia el ánimo con los tragos directo del jarro. Las miradas de Iván Petronovich y de Mariuska coincidieron sobre Yianni. Ambos estaban igualmente sorprendidos. ¿Directo del jarro? —preguntó Iván Petronovich. Del jarro grande —aclaró Yianni—. ¿No es así como lo deben hacer los hombres duros y feroces, los verdaderamente tártaros?

Y con ese reto, Iván Petronovich rió abiertamente. Después se le quedó mirando largo rato, se puso de pie y llegó a su lado. La comparación de las humanidades era grotesca. Yianni era tan delgado como el soplo del viento por el ojo de la aguja y, en cambio, Iván Petronovich era groseramente panzudo e inmenso de tamaño.

¡Bravo! Te enseñaré —le dijo Iván Petronovich poniendo su mano izquierda sobre el hombro del niño y apretándolo contra la panza prominente. ¿Es cierto que hombres como vos son capaces de tomar de sopetón dos o tres jarros grandes de vodka? —preguntó de nuevo Yianni retomando la iniciativa.

Iván Petronovich encontró la pregunta desconcertante. Desconocía que alguien podía tomarse dos o tres jarros grandes de vodka sin reposar. ¿Es eso cierto? —insistió Yianni con una fingida admiración en su rostro. Sí, naturalmente —contestó impensadamente Iván Petronovich— pero sólo los muy fuertes. ¿Como vos? —preguntó Mariuska con su sincera inocencia infantil.

A las otras razones que adornaban el nombre de Iván Petronovich como motivo de respeto, Mariuska ahora debía agregar el de tomar dos o tres jarros seguidos de vodka. Así es mi pequeña —contestó Iván Petronovich mientras alzaba el jarro de vodka—. Bebo a vuestra salud y la de vuestro

padre, el sabio. Luego se lo llevó a su boca y comenzó a beber, casi sin respirar. El final parecía nunca llegar y sentía que el ardor de la garganta se comenzaba a extender.

¡Bravo! —dijo Yianni a su vez cuando Iván Petronovich reposó el jarro vacío sobre la mesa—. ¡Sois en verdad un tártaro! Os debo la mazurca, señor, mientras mi hermana os provee de otros dos jarros. ¿Otros dos? —Iván Petronovich apenas podía retomar la respiración.

Recordadle a vuestro hermano que debe tocar con dulzura —le indicó Natalya Ivanova cuando le entregó a Mariuska los dos jarros que difícilmente podía transportar la niña en sus débiles manos. Nadie debía saber el secreto de Iván Petronovich ni ninguno debía saber que Gaetano y sus hijos los visitaban esa noche.

Ahora mi señor —dijo Yianni cuando Mariuska regresó con el vodka —tocaré una tarantela que espero sea de vuestro agrado. Es muy corta y muy viva y es el tiempo justo que mi padre dice se requiere para bajar un jarro de vodka. ¿Vuestro padre? —preguntó nuevamente sorprendido Iván Petronovich.

Sí, en la *koljos* se bebe al compás de la *tarantella*. ¿Sois capaz de hacer la prueba? —lo intimó Yianni—. Veréis de mi hermana los pasos más hermosos que nunca hayáis imaginado. Al final de la corta tarantela Iván Petronovich había bajado con mucha dificultad el segundo jarro. De inmediato empezó a sentir que el ardor del vodka ya no lo sentía en la garganta sino en toda la tráquea, en la boca del estómago y en los bordes de sus ojos.

—¿Podréis ahora enseñarme vuestro estilo con la copa?

Pero Iván Petronovich sentía un agudo malestar que le invadía su entendimiento y que le hacía perder el equilibrio. Esperad —dijo, y se recostó en la cama de la cabecera de bronce. Cerró los ojos e hizo gestos pidiendo que Yianni se acercara pero eran gestos incomprensibles hasta que

finalmente su mano cayó pesadamente sobre su pecho. Iván Petronovich había perdido el conocimiento.

—Quedaos aquí y no hagáis ningún ruido. Esperad mi regreso. Será breve —dijo Gaetano a sus hijos cuando retornaron para informarle que Iván Petronovich dormía pesadamente. Le aseguraron que nadie los había descubierto ni escuchado. La despensa y el gallinero estaban al costado de la cocina, donde Gaetano comprobó que el tabernero dormía y su mujer, ebria como la bacante, la sacerdotisa de Baco que era, roncaba, ambos con la cabeza entre sus brazos sobre el mesón de la cocina.

Buscó entre los utensilios la azuela que días antes Natalya Ivanova había puesto en las manos de Iván Petronovich y que luego el mismo Gaetano comprobó, en la cocina, que su borde siempre estaba tan afilado como la navaja de rasurar. Al momento de tomarla tropezó con una cacerola y la hizo caer ruidosamente al piso.

¡Malditas ratas! —exclamó Dimitry Vyacheslav casi sin levantar la cabeza y volvió a su sueño profundo. Del otro lado de la cocina se encontraba la escalera que conducía al segundo piso donde se almacenaba heno y, finalmente, al tercer piso, los aposentos de los taberneros donde Iván Petronovich estaba postrado inconsciente.

La puerta de la habitación se encontraba entreabierta, y dejaba salir al pasillo la luz de las lámparas y velas. Gaetano comprobó la apreciación de sus hijos. Iván Petronovich estaba tirado sobre la cama y emitía profundos y cargantes ronquidos. La inconsciencia le permitía proceder con toda comodidad. Todo sería más fácil. Cerró la puerta tras de sí, definió su plan y se decidió a actuar de inmediato.

Lo primero era inmovilizar al borracho indefenso. Amarró fuertemente la mano derecha de Iván Petronovich al poste de metal de la cabecera

utilizando la correa que servía de sostén a los pantalones en la inmensa panza. Con su propia correa procedió a amarrar los pies al fondo de la cama tan fuerte que parecía hacerle daño hasta el punto de casi despertarlo. Luego, con el lienzo de la mesa ató a la cabecera la mano izquierda. Se aseguró doblemente de que estuviera bien sujeto y entonces colocó junto al rostro una almohada. En ese momento sintió que había domado a la bestia y que estaba serenamente preparado para iniciar el camino hacia su propia libertad.

Se subió a la cama por el lado izquierdo y encontró que la panza del pederasta se mostraba tan pronunciada como un barril de pepinos agrios. Al costado del asqueroso Iván Petronovich, inconsciente por sus mismas pasiones, Gaetano no dudaba. Aquel ser repulsivo tenía que ser la imagen viva de lo que era un demonio. Era el diablo mismo el que tenía a su lado, el que la revolución decía que no existía, el triunfo cumbre de Satanás al sembrar esa creencia en el mundo.

Pero allí estaba. La piel de Iván Petronovich que tenía tan cerca la sintió tan inmundada como la pocilga donde se encontraba, como el antro donde rumiaba sus vicios y degeneraciones. Si el diablo no existía, como enseñaba la revolución, entonces con Iván Petronovich el hombre lo había creado y con ello se confirmaban sus propios razonamientos. Como miembro de la raza humana, la raza que a su vez creó a aquel monstruo a su imagen y semejanza si persistía en negar la existencia diabólica,

Gaetano sintió que estaba llamado a ser en ese momento el purificador de la raza, de arrojar a los mismos infiernos las horrendas manchas que los hombres se hacían sobre sí con seres como Iván Petronovich, el que se deleitaba truncando la inocencia de los niños, el creador del escándalo que merecía como benevolente castigo una piedra de molino atada al cuello para echarlo al fondo del mar.

Y por eso tomó la almohada y suavemente la colocó sobre el rostro del pederasta. Luego, con la sangre fría del carnicero, descubrió la muñeca izquierda del maestro de desenfrenos y engaños. Las velas iluminaban claramente las venas hinchadas por la presión del licor. No tenía dudas de que era la piel misma del diablo al que debía destruir al igual que se debían destruir todas las hechuras perversas del hombre, o del diablo, sobre la tierra. Respiró profundo. Se sintió seguro. No lo invadía ni la duda ni el desasosiego ni el temor.

Tomó entre sus manos la parte afilada de la azuela y procedió con valor, sin vacilación, sin inquietud ni pesar, con toda la lucidez de su conciencia y sus sentidos. Reforzó las manos con el peso de todo su cuerpo y en ese instante procedió. De un sólo tajo hizo un corte preciso longitudinal en el antebrazo que casi llegó hasta el hueso. Fue un corte sin dificultad, sin resistencia, que hizo brotar aceleradamente la sangre. Salía a borbotones, como una fuente interminable y macabra, de un rojo profundo, casi morado.

Iván Petronovich despertó de inmediato al sentir la herida. Apenas pudo cruzar una relampagueante mirada llena de sorpresa, odio y fuego con su agresor pero Gaetano fue rápido. No quería aquella mirada que lo penetraba como el hierro que penetró la carne y partió en dos las venas. Y tampoco quería los gritos. Como un rayo, tapó el rostro con la almohada y la presionó con su peso. Iván Petronovich comenzó a gritar. Eran alaridos, aullidos y graznidos desesperados del condenado que la almohada ensordecía.

Daba brincos desesperados, inútiles sobre la cama como el pez vivo inmenso que se tira sobre lo seco. La fuerza de aquella bestia mortalmente herida era apenas incontenible por la débil humanidad de Gaetano pero comprobaba

que mientras más esfuerzos hacía por zafarse de las amarras, más brotaba la sangre que producía un inmenso charco en las sábanas.

¡Eres el diablo! —jadeaba Gaetano una y otra vez presionando con más fuerza la almohada contra el rostro oculto y sin aire—. ¡Eres el diablo! Te condeno para siempre a tus reinos malditos. Si eres humano, que Dios tenga piedad de ti. Después del sexto brinco, el último que hizo saltar la cama y casi arrastrar los cuerpos al suelo, cesaron las contorsiones y la agitación. Luego siguieron movimientos espasmódicos y bruscos pero se fueron reduciendo y sustituyendo por ronquidos pesados semejantes al estertor de los moribundos.

Cuando cesaron los ronquidos, Iván Petronovich apenas hacía ligeros movimientos de los dedos hasta que el silencio y la inmovilidad invadieron la habitación. Eran dos cuerpos inertes, uno de ellos sin vida y otro agotado, sudoroso, jadeante. Eres el diablo. Te condeno para siempre a tus infiernos... Eres el diablo. Te condeno para siempre a tus infiernos... Muere... Muere... Eres el diablo. Te condeno para siempre a tus infiernos.

Gaetano repetía casi sin aliento, nerviosamente, sin cesar, casi como un murmullo incoherente, la oración liberadora de su propia e incontrolable ansiedad. Buscaba para su interior la justificación de su acto. Eres el diablo. Te condeno para siempre a tus infiernos... Eres el diablo. Te condeno para siempre a tus infiernos... Muere... Muere... Eres el diablo. Te condeno para siempre a tus infiernos.

Gaetano estaba agotado y petrificado sobre el cadáver al igual que parecían estar las llamas de las velas. Esperó una infinidad para recobrar el aliento, hasta que a la carroña humana abatida, la que hizo neciamente la tarea del demonio, no le quedara ni el resoplo del abismo ni de las tinieblas. Sólo así empezó a aflojar la presión sobre la almohada.

Pero un sentimiento envolvente, inmenso, trepidante, incontrolable, lo invadió. El valor fue sustituido por el temor alienante. ¿Qué sucedería si aún estaba vivo? ¿Qué podía hacer, qué debía hacer? La duda lo asaltó y le congeló las uniones y la respiración. La rigidez era la de él, no la del cadáver. La duda y el temor eran ahora los victimarios, los sacrificadores implacables.

¿Y si en verdad era el diablo? Al levantar la almohada la lengua aborrecible saldría despedida de la boca del endemoniado Iván Petronovich como una serpiente de tres, cinco, diez cabezas escupiendo cada una pus y fuego por sus colmillos. La lengua sería una hidra de mil pólipos que lo tomaría por el cuello, lo llevaría a la boca de donde salió, lo tragaría masticándolo con indescriptibles sufrimientos y finalmente lo arrastraría aún vivo a sus entrañas, a sus regencias, a los reinos de la oscuridad, el rechinar de los dientes y el carcajeo espantoso de Satanás.

Temblaba descontroladamente como el tuberculoso en sus últimos momentos. De repente, le llegó el frío de los que padecían enfermedades consuntivas que le helaba el alma. Pero no era frío lo que sentía sino el temor de las consecuencias. Había tenido la audacia pero ahora temblaba sin control ante los resultados. La duda y el temor se habían apoderado totalmente de él. Los dedos ya no los tenía firmes como cuando tomó el hierro entre sus manos. Ahora se agitaban al igual que sus manos, al igual que sus codos, sus rodillas y todo su cuerpo.

Buscó el control sobre sí pero ya era muy tarde. Desfallecía. La mirada se le nublaba. La boca la tenía dolorosamente seca y la lengua inmensamente grande. No podía tragar y casi no podía respirar. Se estaba ahogando él mismo y no lo podía evitar. Hizo un último esfuerzo para recuperar el control

pero ni los brazos ni las piernas le respondían. Su rostro cayó sobre el de Iván Petronovich. Tan sólo los separaban la almohada.

Estaba cerca, demasiado cerca como para no sentir la abultada nariz y la cercanía de la boca por donde saldrían las víboras que lo arrastrarían al reino de las tinieblas. Ese solo pensamiento, como un acto de defensa propia, le hizo levantar su mano temblorosa para llevársela a su rostro y taparse los ojos, la nariz, la boca pero en la penumbra y en la confusión tocó el rostro del cadáver. Ese solo contacto le envió fuerzas de cargas eléctricas inesperadas.

Sintió un asco tan profundo al tocar el rostro diabólico como el temor que antes lo dominaba. Era un asco más fuerte que estar encerrado en una oscura y hedionda alcantarilla entre repugnantes sabandijas. Instintivamente se separó de un salto y se puso de pie al lado de la cama mientras se limpiaba descontroladamente las manos sobre su traje y sobre su humanidad. Las limpiaba de la sensación despreciable que acababa de sufrir. Al mismo tiempo sentía que lo invadían ejércitos de cucarachas, alacranes y arañas.

Comenzó a actuar como un desaforado sin control de sus actos y de sí mismo. Le parecía que las sabandijas le penetraban los ojos, los oídos, la boca. Escupía y se daba golpes en la cara y en el cuerpo para matarlas y espantarlas. Todo era una interminable confusión que le hizo perder el sentido de la realidad. Los movimientos violentos no le permitían ver la verdad tangible. La almohada sobre el rostro de Iván Petronovich había caído al piso y de su boca abierta no salió ninguna culebra que lo aprisionaría, ni animales rastreros ni roedores, ni ninguna otra señal de vida.

Gaetano fue recobrando el control de su cuerpo y de su mente. Cuando finalmente se atrevió a acercarse a Iván Petronovich ya no tenía dudas. Los ojos brotados e inmóviles miraban al infinito, habían perdido su agresividad, su sorpresa, su odio, su brillo. Por la boca abierta que mostraba dientes de

oro, desesperada por aire, tampoco salía el áspid que lo atraparía y trituraría y las venas ya no botaban su sangre putrefacta.

Iván Petronovich estaba muerto, muy muerto, y el diablo que habitaba en él ya no estaba, iba de regreso a su reino de la eterna oscuridad. En ese momento reconoció también que había perdido mucho tiempo, que debía actuar con rapidez. Le desató ambas manos y los pies. Limpió con cuidado lo que tenía que limpiar, devolvió las cosas a su lugar y colocó finalmente el mango de la azuela en la mano derecha para dar la apariencia de un suicidio.

Después revisó los bolsillos. En la cartera encontró algo más de dos mil doscientos rublos, un capital que jamás pensó pudiera tocar y que nunca lograría con su trabajo en todos sus años de vida, ganando sólo once rublos al mes. Los guardó rápidamente en sus propios bolsillos y continuó su búsqueda. Encontró también el reloj de oro que colocó debajo del colchón de paja de los taberneros. El reloj allí escondido tendría algún sentido para alguien con inclinaciones de pesquisar.

Estaba a punto de salir pero quiso tener la última imagen del triunfo sobre el mal. Los ojos brotados de Iván Petronovich y su rostro con el color de la ceniza de los fuegos eternos le decía que su trabajo había concluido. Sintió una rara sensación de alivio. Había hecho justicia para la raza humana pero en ese momento, inevitablemente, le vinieron a la memoria las razones absurdas por las cuales estaba allí.

Catorce años antes, en la noche siguiente al 28 de mayo de 1933, después de culminar doce años de exigentes estudios en el conservatorio de música que dirigía el insigne profesor y maestro Giovanni Smilo en Florencia, y cuando aún llevaba en el rostro plácido las sonrisas de las celebraciones y felicitaciones, Gaetano fue emboscado en presencia de sus hijos de meses y de brazos y de Carla, su mujer, apenas adolescente, a la salida de Siena,

mientras conducía el viejo Peugeot de la familia, regalo de segunda generación de sus padres.

Iba alegre camino al sur, a su pueblo, Montalcino, donde lo esperaban más celebraciones y su nuevo hogar en la vía Salustio, regalo también de la familia, que traspasaban de generación a generación. Salvo por los gritos estériles de Carla y el llanto impotente de sus hijos gemelos Gaetano y Giovanni, el que llevaba el nombre del abuelo, famoso ebanista de su pueblo, fue una acción sin espavimientos ni ruidos. Los esclavistas modernos eran mucho más refinados, eficientes y profesionales que los esclavistas buscadores de negros en África de siglos atrás.

Esta vez estaban a la cacería de mano de obra europea para el cultivo de los campos en Ucrania y en Georgia, por la desesperante necesidad rusa de trabajadores capacitados para el campo. Gaetano, como tantos otros, fue inmisericordemente arrebatado y secuestrado con la complicidad de mercenarios y extremistas rusos e italianos, y condenado a un país comunista en una época en que recién se había publicado la encíclica del papa Pío XI, *Divinis Redemptoris*, en oposición al comunismo ateo.

Fue una operación maestra que de un tajo separó a Gaetano de su mujer, sus hijos y de su Buonforte, el violín con el cual el día anterior ejecutó con maestría única en el conservatorio, el concierto en Re Mayor de Johannes Brahms y luego sonatas de Tomaso Albinoni, el excelso músico veneciano del siglo XVII. Después de tres días y tres noches de encierro, frío, hambre y sed, al igual que cientos de campesinos italianos, Gaetano remató en un vagón de carga en los terminales ferroviarios de Moscú, donde se le dijo la cruda realidad y se le despertaba a una cruel pesadilla.

Desde ese momento dejaban de ser italianos y se les destinaba al trabajo de campo. Se les advirtió que Italia no era ni siquiera un pasado permitido ni un recuerdo tolerable. Rusia requería con urgencia reconstruir su agricultura diezmada al hueso por la torpeza de sus dirigentes que provocó la sangrienta rebelión de los *kulaks* y los campesinos. Las políticas estalinianas de socialización forzada contenidas en el primer plan quinquenal de 1929 y la purga bolchevique de los años 36 y 37 había dejado el campo sin arados, sin semovientes y sin gente.

Los campesinos y los *kulaks* morían como moscas, por cientos de miles, en las cárceles y en los campos de trabajos forzados de Siberia. —No intentes escapar —le conminó Mariuska Shelest, la asistente al programa de asentamientos campesinos en las estribaciones occidentales y meridionales de los montes Cáucagos en Georgia, donde finalmente fue enviado Gaetano.

En la noche del rapto se le confundió con un campesino, nunca como un músico pero para sus captores, esa diferencia no tenía importancia. La noche y la región hacía campesinos a todos. Cualquiera que se encontrara en las apartadas carreteras de Toscana era un campesino conocedor del cultivo de la vid y ducho en el oficio de hacer vino. Los ideólogos del plan pensaban que en ninguna otra parte, ni siquiera en la misma Francia, se conseguirían mejor que en esa región italiana.

—Aguarda, aguarda, de lo contrario terminarás sin esperanzas en Siberia. Colabora por tu bien. Aún falta mucho —le repetía sin cesar Mariuska en un rústico francés que a duras penas entendía Gaetano. Lo compadecía porque también ella, a pesar de ser rusa, fue obligada a ir al sur cuando ofrecía mucho al ballet en Leningrado, su única pasión.

—Todo llega a tiempo al que sabe aguardar —le insistía la mujer.

Pero para Gaetano aquellos consuelos eran simples palabras. Lloraba la falta de Carla, de sus hijos, de su tierra, de su libertad, de su música. Odiaba a Rusia, a Georgia, y todo lo que oliera a Rusia y a Georgia. Odiaba los interminables caminos enlodados, las interminables distancias, la interminable soledad, las interminables esperas, los interminables aplacamientos de Mariuska. Difícilmente podía haber más hiel en su alma devota.

Es mejor morir. *Chi di libertà é privo, ha in odio d'esser vivo*, quien no tiene libertad aborrece estar vivo —repetía en su melancolía y rencor el artista convertido en improvisado labrador de viñas. Calla que te podrán oír. Acepta que hay cosas que no tienen remedio. Sólo si aceptas se te hará más llevadero aquello que no tiene enmienda.

¡Nunca! —protestó Gaetano—. Mis huesos no serán enterrados en esta miserable tierra. Calla —le advertía de nuevo la mujer—. Te buscas lo peor. Investigo que te quedas en Georgia y que se te asigne al cultivo de uvas o flores en una *koljos*, en una finca colectiva. Recapacita. Nunca soportarías la siega de trigo en Transcaucasia o la recolección de remolacha o algodón en Azerbaiyán o Armenia. Si no te doblegas, de allí a Siberia es un solo paso.

Pero ni siquiera el sol ardiente de Georgia ni sus hermosas frutas o flores ni el comunismo de la época de Stalin caracterizado por el dominio del terror, doblegarían su ánimo. Sus delicados dedos fueron consagrados al violín y no a las labores del campo. Debes ser realista —insistía la mujer, que instintivamente reconocía el peligro de abandonarse a una excesiva aflicción—

En el sur se maltratarán tus manos pero en el norte el frío te las arrebatará. Además, aquí tienes a los cingaros capturados en Miskolo y te ganas favores porque ejecutas exquisitamente la música rusa. Agradece porque al menos

tienes acceso a tu arte y te han dotado de un violín, pero te excedes en tus rebeldías.

Eran palabras que Gaetano despreciaba hasta que una noche fue llevado a trompicones desde su barraca a un tren de carga que en dos días estaría atravesando con sus vagones descubiertos cargados de condenados humanos, como tantos miles de las purgas estalinistas, las heladas estepas siberianas. La paciencia de los comisarios había llegado a su fin.

No querían más conflictos en una región convertida por sus propias etnias en un hervidero de tensiones y recelos entre los georgianos, los adzharianos predominantemente musulmanes y los osetas que reclamaban su independencia. Era una región en la que los georgianos aspiraban, además, a imponer su propio idioma sobre el ruso.

La ley revolucionaria lo protege. Es mi marido —argumentó Mariuska con vehemencia como una última defensa al jefe policial momentos antes de partir el convoy. ¿Tienes pruebas? Muchas pero sólo el reconocimiento médico del embarazo aceptaréis. Imposible. Ya no hay tiempo —le contestó el funcionario. ¿Te levantas por encima de la Ley?

Y esa sola amenaza sirvió para liberar a Gaetano pero bajo condición de no reincidir. Ni el mismo Beria sería su tabla de salvación la segunda vez. Aún así, se vigilaría el nacimiento, la prueba definitiva del matrimonio. Desde ese momento se le suprimió a Gaetano el *spravka*, el salvoconducto que le permitía moverse con libertad dentro de la región. Sólo estaba autorizado para el trayecto entre la *koljos* y su residencia, nada más.

Ahora tendréis que hacerme madre —le advirtió Mariuska esa noche. Esa advertencia de la mujer de grandes ojos verdes y de veinticuatro años, de la misma edad que él, y las misteriosas desapariciones de sus camaradas de desgracia, le hicieron entender a Gaetano que, en efecto, en la muerte no

había esperanzas, que las miserias extremas, al igual que las más grandes dichas, dejan ciegos a los hombres.

Nueve meses después nacía Yianni, el tiempo requerido para levantar la suspensión de los comisarios y entregarle a Gaetano el salvoconducto con su nueva nacionalidad y el nombre ruso: *Mikhail Naslishvili*. Ese nombre era el triste obsequio que por mandato legal le daba el hijo nacido en suelo soviético al padre nacido en tierras extrañas.

Era la mezcla de la dulce felicidad por el nacimiento y aguda amargura por el nuevo despojo a la fuerza de lo poco que le quedaba de Italia. Así se concentraba uno de los principios comunistas más puros. Las fronteras no existían para las clases trabajadoras. El proletariado del mundo era uno sólo, sin confines ni barreras ni distinciones. Mariuska veía complacida al hermoso niño de pelo negro y grandes ojos negros que en nada se parecía a los de la raza caucásica, la tierra donde había nacido. De ella sólo tenía el color blanco, blanquísimo de la piel.

Marido mío —pensaba para sus adentros—. Siempre he entendido tus penas. Las he sentido como mías cuando he escuchado tu llanto por las noches. Cómo quisiera decirte que ahora tendrás que aceptar lo inaceptable y olvidar lo inolvidable. Has renacido en Rusia en el mismo tiempo que necesitó éste tu hijo para ver la luz. Ya eres parte de la tierra que odias y eres parte de mí, como yo siempre lo fui de ti, desde el mismo momento que te vi por primera vez.

Yianni convirtió a Gaetano en ruso por ley de la revolución, derecho que anclaba su corazón a un suelo ajeno. Su alma sangraba con la odiada esclavitud que le imponía el comunismo de Stalin. Su hijo, por las ironías del destino, reforzaba esa esclavitud. Al hacerlo soviético y darle un nombre soviético, le devolvía vida porque lo protegía pero también le daba muerte.

Rastreaba la razón de los cambios en su vida forjados con tanta inhumanidad. Tan sólo tenía como respuesta lo que creía era el trazado de un dios maligno, el dios de una sociedad colectiva en la que los individuos eran ordenados y sometidos como parte del todo. Era el odiado colectivo social que determinaba todas las manifestaciones de la vida del hombre hasta lograr la fase final de la sociedad sin clases, cuando el hombre individual sería absorbido íntegramente en el colectivo.

Se atormentaba porque no encontraba el camino para combatir a ese dios de las tinieblas. Todo resultaba en mensajes confusos, incoherentes. ¿Cómo se entendía el permanente torbellino en que vivía y la confusión mental que le creaba aquel sistema que se le obligaba a aceptar y a entender? Era la más pura pantomima de un gobierno que se decía ejercido por la multitud.

Para Gaetano, el comunismo era el antípoda del espíritu de libertad de los tiempos modernos germinado en su propia Toscana, era la negación del significado del maravilloso Renacimiento. Trataba por horas, como un confuso panteísta, de encontrar en cualquier lugar, hasta en la mirada inocente de Yianni, su tercer hijo pero el primer hijo soviético, la quietud, la resignación, la respuesta y el desmentido a la crueldad y a la barbarie en los vuelcos de su vida.

El comunismo —le decía calladamente a su hijo— quiere crear un nuevo orden pero es mentira querido mío. No hay cambios sin fe, sin esperanzas, sin amor, sin libertad. En contestación a sus cavilaciones, sólo encontraba la risa candorosa, la misma de sus verdaderos e inolvidables primogénitos que crecían en Toscana. Pero después le pareció hallar en los hechos que

condujeron al nacimiento de Yianni y no en su tierna mirada, la ansiada respuesta.

Si él le dio la vida al hijo ruso, el hijo también se la dio a él en el mismo acto al hacerlo ciudadano soviético con derechos. Al darle vida le daba esperanzas y con la esperanza venía la libertad. Más que una unión con su hijo, su nacimiento significaba una copulación que encerraba la indefectible singularidad de dos seres atados para siempre por la vida misma. ¿No estaba acaso allí el significado de su nacimiento? Yianni, un hijo ruso, no era una estaca invisible que lo sujetaba a un suelo desconocido sino, por el contrario, la clave de la respuesta a la libertad que se haría más clara con cada nuevo hijo ruso.

Mariuska miraba complacida. Con la callada rendición de su marido a Yianni creía observar signos de grandes progresos. Entendía que el amor a su nueva tierra finalmente llegaba y Yianni, nacido de sus mismas entrañas, fue portador. El premio a su paciencia pagaba. La invitación de Gaetano a los cuatro meses del alumbramiento de Yianni se lo confirmó.

Busquémosle compañero —dijo Gaetano una noche en la penumbra de la habitación. Y esa noche, a la luz de un pequeño cirio, se entregó Mariuska con tanto amor como aquella vez cuando ella lo invitó. Se sintió fecundada allí mismo en su cuerpo y en su espíritu, y rebosaba de felicidad.

Y nació una hija que en nada se parecía a Yianni. Tenía el pelo claro y los ojos verdes de su madre, pero el color mediterráneo de la piel de su padre. Yianni nació robusto, con algo más de cuatro kilos de peso y un color rosado vibrante. Mariuska, por el contrario, apenas superó los tres kilos, la palidez no le abandonaba las mejillas pero en lugar de ser apacible y amodorrada como su hermano, era dinámica y rara vez dormía. Llevará tu mismo nombre —le decía amoroso Gaetano a Mariuska.

No. Innovemos. Pongámosle a la niña un nombre de tu pueblo. Gaetano la tomó de la mano. De nuevo le cedía el privilegio. Había creado Yianni, la versión de Giovanni al ruso según entendía. Tu nombre es hermoso, es el María de mi pueblo. No era el nombre lo que preocupaba a la madre.

Escondía otra angustia. ¿Qué será de ellos? —preguntó. Serán destacados.

Mariuska quería depositar esas palabras y esas promesas en la custodia de un Ser superior que la revolución le advertía que no existía porque el Dios de los cristianos, el Dios de Gaetano, no pasaba de ser más que una fábula, un dios mitológico, un narcótico más del pueblo porque impedía al hombre comprender su verdadera situación terrenal consolándolo con la esperanza aparente de un más allá.

¿Cómo lo lograremos? —volvió a preguntar la angustiada madre. Los educaremos. Es la única garantía. Ninguna otra. Los educaremos en lo que tú y yo sabemos bien: la música y el baile. Serán virtuosos y reconocidos. Serán respetados y admirados. Y la promesa y el empeño se cumplió. A los cuatro años de edad, Yianni hablaba un lenguaje avanzado de la música que su padre le enseñaba durante largas horas después del regreso de las duras labores del campo.

A los seis fue su primera distinción al designársele para la agrupación musical superior de la escuela. Dos años más tarde se presentó por primera vez en público como integrante de la orquesta regional en el anfiteatro de la

koljos. En esa primera presentación pública se hizo acompañar, mientras ejecutaba las composiciones alegres del repertorio de Tchaikovsky, por el baile de una niña precoz que asombraba con la gracia de una aventajada

aprendiz a pesar de su corta edad. Mariuska, la hija, también rendía tributo a las enseñanzas y al empeño de su madre.

Pero pronto surgieron las limitaciones. Yianni a los diez años había asimilado todo lo que en música podía ofrecer la comarca y Mariuska necesitaba espacio, coreografía, escenario, mundo, para su ballet, para desarrollar todo el exquisito arte que apenas asomaba.

—Tendréis que ir a Tiflis, la capital —urgían a los padres. ¿De qué manera? —se preguntaban—. No se nos responden las peticiones. No conocían a nadie, no conocían a los *nachalnik*, a los jefes. Además, no tenían el pasaporte para apartarse de su tierra y rogar por su caso en la capital, ni contaban con permisos de residencia en otro lugar, ni tenían medios para sufragar los gastos.

Y entonces alguien les habló de un mecenas, les habló de Iván Petronovich, el secretario del partido de toda la región. Les dijeron que era un protector de las artes, que era el único camino, el camino seguro para el futuro de sus hijos. Les hablaron de todo lo bueno pero también les advirtieron. No les escondieron los rumores, el secreto a voces, el precio que era necesario pagar. Y también les dijeron cómo se llegaba a él a través de Dimitry Vyascheslav, el tabernero de Yaroshneva.

—¿Estás decidido? —fue la última pregunta de Mariuska, como un destello de debilidad maternal, cuando Gaetano accedió al contacto con Vyascheslav. Había sido una determinación combatida que le arrebató vida en las noches insomnes por casi dos años desde que conoció la posibilidad a través de Dimitry Vyascheslav y el Secretario General.

Fueron noches vividas junto a Mariuska que también buscaba evitar el peligro que significaba el camino a Tiflis. Pero Yianni crecía y estaba próximo a los catorce años de edad. Si no contaba con privilegios especiales, sería

arrebatado para servicios militares o rurales al igual que Gaetano fue arrebatado de Toscana y el virtuosismo de Yianni se perdería para siempre.

Gaetano no contestó. No tenía respuesta sino emprender el largo y amargo peregrinaje a Yaroshneva, la aldea donde se encontraría con el tabernero. Dimitry Vyascheslav rió groseramente con la propuesta de Gaetano. Sólo cuando contuvo el descontrol pudo hablar. Queréis que os ayude con Iván Petronovich. Pedís de inmediato para una familia no uno sino dos privilegios. ¿Sabíais que hay familias esperando años sin ni siquiera rogar un privilegio sino consideraciones menudas? Pero vos queréis dos privilegios y los queréis de inmediato.

¡Por las sombras de mi abuelo que no os conformáis con poco! —y de nuevo rió a mandíbula batiente. Gaetano esperó pacientemente hasta que cesara el ofensivo ataque de risa de Dimitry Vyascheslav. No muy lejos estará vuestro reconocimiento —dijo con la cabeza gacha. Esta vez el tabernero no reía ni ocultaba la molestia por la osadía.

Ningún aldeano en su sano juicio tendría vuestro atrevimiento. No sabéis a qué os exponéis. Además, ¿qué recibo a cambio del favor que me pedís? ¿Creéis de verdad que con los honores se come y se paga la lumbre? Y si caigo en desgracia por ayudar, ¿cómo me compensaréis?

No tengo nada que ofreceros —replicó Gaetano—, pero si estuviera en vuestro lugar, aceptaría el ruego que se me hace. Nuestros hijos, los míos y los vuestros, son el futuro y gloria de la patria. Lo dice el himno de nuestra misma juventud que debéis honrar a diario.

Dimitry Vyascheslav cayó en nuevas carcajadas. Sois estúpido o ingenuo. Ni en uno ni en otro tengo interés. No soy nada de lo que me endosáis —dijo Gaetano—. Reclamo lo que ofrece la madre tierra y, como bien sabéis, ni vos

ni yo nos podemos negar. Os puedo asegurar que conozco la severidad de las sanciones.

¡Fanfarronadas! ¡Nada más que fanfarronadas! Si conocéis vuestros derechos, ¿entonces por qué no gestionáis directamente vuestra petición? La respuesta de Dimitry Vyascheslav la decía como un reto, de frente, muy cerca del rostro de Gaetano. —Seguiré vuestro consejo —dijo Gaetano sin levantar la mirada—. Si he venido a vos es sólo porque me dicen que está en vuestra capacidad desenmarañar los caminos y porque alguna vez encontraréis beneficio como protector de las artes.

Dimitry Vyascheslav rompió de nuevo en un carcajeo profano al arte que Gaetano representaba. Pero luego, sorprendentemente, dejó súbitamente de reír. En la hombría serena de Gaetano que tenía delante, el tabernero aceptó que no estaba frente a un labriego cualquiera. La revolución tenía sorpresas. Los que se encontraban en las posiciones más altas caían con la fuerza de un huracán en un abrir y cerrar de ojos. Después eran sustituidos por desconocidos que ascendían con rapidez meteórica.

¿Podría ser ése por caso el del campesino erudito que apenas se atrevía a levantar la mirada? Luego recapacitó. ¿Por qué temerle? La realidad le decía otra cosa. Hablaba con un simple labriego, ilustrado quizás, pero no había nacido en Rusia. Ningún *nachalnik*, ningún jefe había nacido fuera de las repúblicas. ¿Por qué tendría que ser ahora diferente?

La duda le hizo cavilar. Se encontraba en una posición incómoda que le era desconocida. No estaba acostumbrado a posiciones intermedias. Se sabía defender sólo en las posiciones extremas. Sabía qué hacer y qué decir cuando le tocaba ser muy humilde o muy arrogante, según el papel que debía jugar pero posiciones ambiguas lo desconcertaban. Tenía que pensar. Espera —dijo. ¿Cuánto? —inquirió ingenuamente Gaetano.

Dimitry Vyascheslav aún no sabía qué responder. No lo sé. ¿Por qué me presionáis? Debo regresar cuanto antes —advirtió Gaetano. No os tengo respuesta ni os podré tener respuesta pronto —contestó malhumorado el tabernero. He logrado que el *nachalñik* de nuestra *koljos* me autorizara a venir por el día —le previno Gaetano—. No sé si podré regresar para vuestra respuesta. Tendré que dar explicaciones.

Dimitry Vyascheslav calló. Nuevamente le invadió el temor y la encrucijada superaba sus fuerzas. Llamaré a mi mujer. Gaetano creyó que la presencia de Natalya Ivanova, la esposa del tabernero de Yaroshneva, sería una ansiada ayuda para aliviar la misión que lo llevaba en su peregrinaje pero pronto encontró que no existían en aquel ser desarreglado y tosco la docilidad ni los sentimientos maternos.

—Todo tiene precio —le dijo Natalya Ivanova mirando a Gaetano de frente—. Os aseguro *tovarish*, camarada, que ni yo misma sé cuál es el que tendréis que pagar ante vuestros requerimientos. Podéis contar que tamaña osadía no la intentaría ni siquiera para mis propios hijos. No pido para mí ni para mis hijos ni para los vuestros. Pido para los hijos de la patria.

—Vuestras palabrerías no las entiendo. Sólo entiendo lo que me da de comer y calor en el invierno. El comentario áspero de la mujer puso a Gaetano a la defensiva. Invocó con sinceridad el espíritu patriótico y hasta el maternal pero ambos fracasaron. No tenía nada más que ofrecer. La pureza y el candor de sus hijos como precio nunca sería discutido. El solo pensamiento le paralizaba la glotis.

—Mis pequeños Yianni y Mariuska son prodigios. El querido secretario Iván Petronovich es un amante de las artes. ¿No es por caso suficiente tributo y

reconocimiento para él que por su intermedio se descubran artistas incomparables a tan corta edad?

La invocación de Gaetano quedó suspendida en el ambiente. Era evidente que no había hablado el hombre sino el padre protector y sabio. Los taberneros de Yaroshneva mucho se rieron en el pasado de esos sentimientos pero la mujer había aprendido a obtener provecho de las decisiones emotivas.

—¡Tenéis razón! —contestó decididamente Natalya Ivanova para sorpresa de Dimitry Vyascheslav y de Gaetano. A su manera, sabía que si el labriego decía verdad, si en efecto sus hijos eran prodigios, entonces Iván Petronovich pagaría cualquier precio que elevara su imagen, el único interés que lo motivaba. ¿Qué mejor regalo al Estado y a su propia figura que el descubrimiento en un lugar remoto de campesinos virtuosos?—. Me habéis abierto los ojos.

Estamos obligados con la madre patria y estamos obligados a procuraros lo que pedís. Confío en vuestra palabra —concluyó la mujer. El rostro de Gaetano brilló como si estuviese en presencia de Florencia y de su amada Toscana. No os entiendo. ¿Me ayudaréis? —preguntó con un tono de voz que luego tuvo necesidad de aclarar en su misma garganta. Dadlo por seguro —respondió con una amplia sonrisa que también mostraba dientes desarreglados y de espacios vacíos en la dentadura.

Pero antes me hablábais de vuestra recompensa ¿Qué os ha hecho cambiar de parecer? —preguntó Gaetano. Ya os lo he dicho. Me habéis abierto los ojos. Nuestra obligación está con la madre patria, con sus hijos y con su futuro. Tan sólo me ha bastado vuestra palabra. No os quede duda alguna —contestó Gaetano con la voz clara repleta de agradecimiento y de alegría—. Estos comentarios de la gaceta os lo confirmarán.

Gaetano extrajo de un gastado portafolio, con sus dedos temblorosos, programas y recortes de la gaceta local. Os repito —insistió la mujer—. Vuestra palabra basta —y rehusó tomar los papeles. De todas formas ni ella ni su marido sabían leer.

Nada queremos para nosotros pero comprenderéis, no sabremos responder por nuestro Iván Petronovich. La petición que hacéis es atrevida y encierra muchos riesgos. Si el querido Secretario escucha a mi pequeño se extasiará y si observa a mi pequeña Mariuska ejecutar sus bailes, igualmente se extasiará. Entonces comprobaréis que no hablo sino verdad y que no tropezaréis con riesgos.

Natalya Ivanova sonrió.

—Traedme a vuestros prodigios. Prepararemos una fiesta de vendimia. Será en el tercer domingo de septiembre, cuando hayan cesado las lluvias. Ese día violaremos el primer tonel y tomaremos en esta misma taberna la primera gota de vino producido en la región. El querido Secretario General vendrá, os aseguro que estará presente. Entonces oiré tocar a vuestro hijo y apreciará el baile de vuestra hija. ¿Se logrará en ese momento el sublime encanto que tanto pregonáis?

De ser así, entonces alcanzaréis vuestras peticiones. Tan sólo debéis hacer como yo os diga. ¿Me entendéis, me entendéis bien? Ahora Gaetano salía de sus recuerdos. Despertaba a la realidad. Acababa de asesinar a un hombre a sangre fría, con premeditación, lo que en sus sueños más fantasiosos jamás se hubiese permitido. Lo tenía allí mismo, de frente, convertido en un cadáver grotesco. Estaba confundido. Todo lo había pensado hasta el momento del golpe fatal pero ¿qué venía luego?

El desconcierto no le permitía razonar. ¿Qué debía hacer, a quién debía avisar? ¿Qué sería de sus hijos, de su mujer? Permanecía inmóvil. Una

corriente helada, imaginaria, le entumecía las uniones, los músculos y el entendimiento.

Pero inesperadamente reaccionó al llamado de un temor lejano. Le decía que no podía permanecer más tiempo allí, que debía huir rápidamente, que era muy peligroso. Entonces se dirigió a la puerta para buscar a los hijos y desaparecer en la noche pero el mismo temor le advirtió. Sí, debía huir pero tenía que ser tan sigilosamente como entró y, además, tenía que ser cuidadoso, muy cuidadoso. No podía dejar nada que lo delatara.

En ese momento decidió regresar a la habitación. Ya la corriente helada imaginaria había desaparecido. Las uniones, los músculos y el entendimiento no estaban entumecidos. Revisó con agilidad felina la habitación y recogió lo que debía recoger. Nada de lo que quedaba atrás lo traicionaría. Se tendría que leer muy bien la mirada angustiada y vidriosa de Iván Petronovich para conocer el enigma de esa horrible noche.

Luego, con la prudencia que se le reclamaba, salió de la habitación, cerró con cuidado la puerta y bajó en silencio las escaleras. El tabernero y su mujer dormían tan profundamente como minutos antes. Nada los despertaba, ni siquiera las ratas que se desplazaban libremente por aquella cueva de despreciables, tanto como lo eran los roedores. Sólo la sorpresa que pronto encontrarían los sacaría de su mundo de perdición.

—Partamos, ¡rápido! —les dijo a sus hijos cuando llegó a la despensa—. No dejéis nada.

—¿Qué ha sucedido padre? —preguntó intrigado Yianni. El rostro de Gaetano no era el de siempre. Había surgido un misterio que su hijo ansiaba conocer.

—Nada, nada —respondió nervioso—. Shhh. Callaos. Debemos salir con el mayor silencio. Ni los gansos ni los perros deben sentir vuestra salida.

—Papá —dijo Mariuska—. Tengo frío y sueño. Me quiero quedar.

Debéis hacer un sacrificio mayor, un gran sacrificio. Yo os ayudaré. Mira lo que te he traído —y le dio el hermoso melocotón que minutos antes tanto había iluminado el rostro de la niña.

(continúa) Comentarios y solicitud del resto del libro gratis

Capítulo 2: Tiflis y Moscú

La semana que siguió al concurso fue tan intensa como la semana que precedió a la final, y la primera llamada el día lunes, al día siguiente de la cena de gala en el Salón Krupskaia, presagiaba por lo temprano, a las seis cincuenta y cinco minutos, dificultades. A esa hora tocaba suavemente a la puerta del departamento de los Naslishvili el vigilante del piso para avisarles que tenían llamada en el teléfono frente a los ascensores, el único disponible para servir a las habitaciones.

—Sí, por supuesto. Entiendo —contestó somnoliento Gaetano a la bocina del aparato. Hablaba con un funcionario de la Komitet Gosudarstvennoi Bezopasnosti, la KGB, la policía de seguridad, que reclamaba prioridad para definir cualquier programa y los conminaba para una reunión urgente a las ocho.

La segunda llamada que le anunció el vigilante apenas transcurridos quince minutos de la primera fue el Kommunistichesky Soyuz Molodiosh, la Komsomol, la juventud comunista que reivindicaba de Yianni, en adelante, un trazado de actividades conforme con los programas diseñados para la juventud soviética. Yianni pasaba a la categoría de estandarte y paradigma de

la adolescencia soviética lo que significaba como contrapartida al honor recibido, esquemas muy rígidos de disciplina y teoría partidista.

Estáis citado para las cero ocho —concluyó la voz por el teléfono. ¿Las ocho? —preguntó confundido Gaetano—. Imposible. Ya se tiene cita a esa hora. ¡Ignórela! —fue la orden categórica. La tercera llamada, cuando Gaetano apenas salía de sus reflexiones, le confirmó que estaba en lo cierto. Quienes habían elaborado los planes para los vencedores del concurso no habían entrado en contacto entre sí y ello podía originar un peligro grave.

Su hijo se encontraba en el medio y en la mira de fuerzas poderosas que se lo disputaban. Y fue en la confusión creada a raíz de la llamada de la Secretaría de Cultura, la tercera de esa hora, donde por primera vez en toda la gira se entabló una abierta diferencia de criterios entre padre e hijo. Gaetano no tenía dudas de que la cita con la policía secreta debía atenderse con toda prioridad. Al fin de cuentas, era ese organismo, el vigilante de la seguridad del Estado, el que tendría la última palabra, aun para algunas directrices que salían del Kremlin mismo.

Pero Yianni, ante la obligación de escoger, veía su responsabilidad y lealtad con la Komsomol. Era allí, con los Vasilys y Ninas de Moscú, donde el mal era menor, con quien en verdad se encontraba identificado. Además, no tenía razones para cuestionar los principios que pregonaba la juventud comunista ni el respeto a su jerarquía política.

Tenía también a su favor dos criterios que eran difíciles de rebatir.

Por una parte, las diferencias que pudieran crearse entre él y la KGB o con la Secretaría de Cultura o cualquier otro organismo sería resuelta por la Komsomol, un asunto en el cual no deseaba verse envuelto en ningún sentido. Sin embargo, lo contrario no sería cierto. Ni la KGB ni nadie saldría en su apoyo para el caso de un conflicto con la Komsomol.

Lo abandonarían a su suerte y ello bien podía significarle, al menos en su etapa de adolescente, un marginamiento feroz que terminaría en una especie de decapitación profesional y social. Por otro lado, odiaba dar la cara a jerarcas del partido, a burócratas obtusos y a beodos oficiales. Desde Iván Petronovich hasta el mismo Stalin, todo lo que destilara poder político en mano de los mayores le era profundamente irritante.

Gaetano entendió la inutilidad de la discusión y entonces la sensatez regresó a dirigir los pensamientos. Le venía a la mente la fábula de las aves mansas, las palomas que decidieron intervenir como mediadores en la guerra que mantenían en los cielos las aves de rapiña. Consiguieron la paz entre las aves de garra pero luego las guerreras se preguntaron: ¿Cómo saciaremos nuestras energías? Y desde ese entonces se volcaron contra las aves mansas.

—No podemos desconocer una realidad. No nos toca a nosotros dirimir las discusiones entre los poderosos pues de lo contrario seremos el blanco de sus disgustos. Nuestra única alternativa es tomar partido con quien en verdad os ha favorecido. Estáis aquí por la iniciativa de la Secretaría de Cultura y el concurso todo obedece a su programación y sus objetivos. No tenemos quejas sino motivos de mucho agradecimiento y parabienes. Es a la Secretaría de Cultura a quien debéis vuestra primera lealtad.

Y esa tercera llamada y ese razonamiento fue el árbitro que zanjó la discusión y los resultados demostraron que fue una decisión acertada. La Secretaría de Cultura tenía respuestas a muchas preguntas que luego entendieron que ningún otro organismo estaría en capacidad de ofrecer como era lo relativo al regreso a Tiflis y el posterior traslado definitivo a Moscú.

Fue también la misma Secretaría de Cultura y Propaganda la que se enfrentó a la KGB y a la Komsomol. Los triunfadores del concurso estaban destinados a

un programa intensivo de propaganda tanto en las repúblicas como en el exterior y esa programación no podía admitir interferencias.

Cierto, se seguirían las directrices de seguridad que la KGB trazaría y Yianni se presentaría como la nueva imagen de la juventud soviética según los postulados de la Komsomol pero la única coordinadora sería la Secretaría de Cultura. Al final, después de arduas discusiones ese día lunes, la posición de la Secretaría de Cultura fue aceptada.

—Se os avecina un programa intenso —les advertía el funcionario de enlace en la Secretaría—. Mucho os falta por conocer de las estructuras oficiales y de los programas pero aceptamos que sólo podrá ser una vez que vos rehagáis vuestra vida en Moscú, lo que debe adelantarse sin dilación.

—Sin duda —contestaron al unísono los Naslishvili.

Pero antes de pensar en regresar a Tiflis, Yianni debía pasar por extenuantes ejercicios de adoctrinamiento que consumían todas sus fuerzas. La KGB era inmisericorde al reclamarle pruebas imposibles de lealtad a la madre patria. Por su parte, la Komsomol iniciaba la transformación para que llenara los perfiles del arquetipo de la juventud comunista diseñado según los modelos más severos. La Secretaría de Cultura reivindicaba también sus derechos. Le imponía las normas para representar en el exterior la nueva imagen de la refrescada sociedad soviética.

De otro lado, la presión para su regreso a Tiflis por las autoridades comunistas georgianas, los que reclamaban la paternidad artística y la autoría del descubrimiento de Yianni, era muy intensa. Se impacientaban con el retraso. Además, con la incertidumbre se desordenaban las fiestas, se entibiaban los homenajes de bienvenida y se corría el riesgo de que perdieran lucidez los riosos discursos de los congresistas del partido, los

reconocidos aprovechadores de oficio, los que vieron frustrada su demagogia en la despedida por la impetuosidad de los pilotos y de su odiada máquina.

—Debéis insistir hasta con el propio camarada Stalin si es necesario para que se os fije una fecha que debe ser muy próxima —le reclamaban ásperamente por el teléfono del piso las autoridades georgianas. Eran llamadas exasperadas que se repetían sin cesar y que llegaban casi siempre al filo de las dos de la madrugada, la hora en que mejor podían establecerse las comunicaciones.

Pero el regreso a Tiflis era algo que los funcionarios de Moscú no querían oír. Lo prioritario eran los programas de adoctrinamiento ya iniciados y no se podían suspender, ni siquiera para la búsqueda de la nueva vivienda en Moscú. Os aconsejo que hagáis vos mismo las gestiones ante el camarada Stalin. Muy poco nos está permitido hacer de nuestro lado —confesó Gaetano.

Y fue esa gestión directa desde Georgia, porque provenía de la cuna de Stalin, la que originó una respuesta de la Secretaría de Cultura. Dos días después recibieron confirmación de que su regreso estaba programado en un plazo perentorio, no más de tres días, apenas se lograra del Ministerio del Aire el transporte aéreo prometido, el mismo Kolinsky que los llevó a la capital.

El anuncio del regreso angustió a Gaetano. Estaba muy próximo y sería en una aeronave que le atemorizaba. Se afligía por no tener noticias de Catalina a pesar de haber hecho todo cuanto discretamente podía para encontrarla y la experiencia a las puertas del Bolshoi fue una triste demostración. Faltando dos días, se trasladó temprano en la mañana al teatro donde Catalina hacía una presentación a jóvenes vocalistas.

—*¡Nelzya!* No se permite. Estrictamente para señoras —le dijo el tosco portero de la puerta cuando Gaetano se identificó y quiso entrar.

—¿Podría al menos conocer la hora de terminación de la presentación?
—preguntó Gaetano.

En años de servicio el portero había aprendido que en esa posición la rudeza era un buen aliado para mantener alejados a desconocidos, a visitantes indeseados y en especial, para evitar responder preguntas.

—¿Por qué? —le preguntó de frente.

Gaetano sintió la aguda molestia. Un burdo portero se atrevía a cuestionar sus razones y él había dado pie para la pregunta.

—Somos compañeros de viaje y ahora regreso.

—No es asunto mío —le dijo de espaldas el cancerbero para dar por terminado el diálogo. Gaetano no tendría acceso al teatro esa mañana y no sabría por su boca cuándo terminarían las sesiones de las mujeres—. No es asunto mío —repitió mientras le cerraba la puerta en sus propias narices.

El portazo lo sintió Gaetano en el espinazo. Era un inesperado sacudón que le increpó en su cara que había actuado como un necio, como un mameluco, un hombre ignorante y zote, indigno de la grandeza que días antes había demostrado como solista en ese mismo teatro. La rudeza del portero lo hizo sentir como un vulgar pretendiente de esquina, como un desbocado enamorado de vodevil y no como el rey que fue del escenario que aquel hombre guardaba celosamente.

La ira y la vergüenza impulsaron desmesuradamente la sangre a su rostro pero entendió que no había sido la aspereza del hombre burdo el culpable sino él mismo. Todo era debido al descontrol que le causaban, la proximidad de la partida y la ausencia de Catalina. A la vez, se tranquilizaba en la búsqueda de su propia justificación. ¿No era lo que debía hacer un hombre en su lugar?

De regreso al hotel quiso inquirir por noticias de Catalina. ¿Habría por caso llamado y dejado algún mensaje? pero pasó de largo frente a la recepción. Sabía que como respuesta obtendría sólo preguntas. ¿De quién las esperaba? ¿Por qué? No tendría contestación y con ello crecerían los nubarrones del desconcierto.

Se sentía asfixiado y el mismo ambiente del hotel, con los lujos proletarios más extravagantes, se hacía progresivamente sofocante. Sólo podía escapar de sí mismo y de la obsesión de Catalina, de la creciente tensión, de las interminables charlas de adoctrinamiento, de la hermosura del renacer en la primavera moscovita que sentía le irritaba porque la perdía, vaciando sus energías en los pasajes más exigentes de las composiciones de Nicolo Paganini.

Sólo encontraría nuevamente la paz en Moscú liberando sin descanso sus nervios en las extenuantes y exigentes técnicas que requerían las composiciones del maestro genovés y hasta en las *Variaciones Paganini* de Johannes Brahms o en los *divertimenti* y *saltarelli* parecidos a las tarantelas de modernos compositores italianos.

Su refugio sería otra vez una especie de pequeña habitación abierta con vista al este muy cerca de la cúpula en la alta torre del campanario de Iván el Grande en los mismísimos terrenos del Kremlin, en cuyo salón principal se celebraron las eliminatorias de instrumentos. La acogedora recámara despejada que se decía una vez había sido deliciosamente decorada por manos italianas con los más hermosos estucos de colores y finas maderas, se le había facilitado para los ensayos desde su llegada a Moscú.

El esfuerzo de superar decenas de gradas que permitían el ascenso a la estancia tenía como recompensa la más hermosa de las vistas de la ciudad, la tranquilidad más absoluta y el galardón único que le brindaba aquella

elevación física unida a la elevación espiritual que le proporcionaba su propio arte y el de los compositores clásicos y modernos que lo acompañaban.

Y hasta allí, hasta aquellas alturas y aquel refugio, en aquel día de desesperación, también llegó Catalina. En el campanario, en lo más alto, lo encontraréis —le aseguró Yianni cuando ese mismo día se encontró con Catalina a las puertas del Bolshoi, justo frente al portero insensible que impidió la anhelada reunión.

El espíritu intranquilo de Catalina también ansiaba la elevación que sólo él podía obsequiarle, la que trascendía la simple sensación de los sentidos. Ambicionaba con el consuelo de su presencia terminar con la distancia y con el desfallecimiento que día a día y noche a noche la consumían. Pero la noticia del campanario la llenó de la inesperada angustia. ¿Por qué se iba tan alto? Le pareció que encerraba un simbolismo, quizás nefasto, y esa corazonada la impulsó a ir más rápido a su encuentro.

Las gradas eran muchas y empinadas pero no sentía la resistencia de lo difícilmente conquistable. Cerca del final, cuando aún faltaba un trecho por superar, cuando la respiración se cortaba más por la visión que esperaba que por el cansancio, comenzó a oír los compases y la armonía de una música hechicera que la aliviaba porque la levitaba.

Tenuemente, en el eco y en la soledad de la torre, comenzó a percibir el deleite de las notas producidas por el violín de Gaetano. Era la música cristalina, perfecta, armoniosa que la acobijaba. La sentía como un trino, como un canto de mares y cielos, como un espíritu de luz que aquel camino ascendente de gradas producía con su eco y su celestial resonancia.

Comenzó también a vivir otros sentimientos. No estaba sola. Le parecía que los genios de los tiempos la acompañaban. Puccini, Bizet, Debussy, Ravel, Donizetti, Leoncavallo, Strauss, Mozart, Beethoven, estaban allí, junto a ella, escoltándola, invitándola, animándola a seguir en aquel camino hechizado desde cuyo cenit brotaba, como una fuente encantada, el más envolvente y primoroso de los recitales. Sentía que podía extender la mano y casi tocarlos. Se estremecía ante lo que no parecía imaginario sino realidad.

No había, no podía haber el simbolismo nefasto que la atemorizó pocos minutos antes. El ascenso era ahora dulce. Quiso acercarse poco a poco a la ansiada revelación que presentía la invitaba al gozo y al éxtasis de lo que debía ser la elevación a lo sobrenatural, lo que tanto negaban las enseñanzas materialistas de su sociedad. La presentía más real con cada escalón que pisaba, con cada paso hacia arriba.

Finalmente llegó al descanso del piso de la recámara abierta. Allí estaba la fuente de aquel embeleso y de aquel embrujo que la mantenía suspendida como lo estuvo en la noche de Kiev. Allí estaba Gaetano, de espaldas a ella, de frente a la ventana y al inmenso paisaje de Moscú que se percibía desde la gran altura. Estaba entregado con un frenesí y un vigor únicos a los esfuerzos que le reclamaba Paganini desde sus reinos de las partituras.

Sigilosamente entró y se sentó sin que la oyera ni la viera, en un rústico banco de madera muy cerca de él. Se mantuvo en silencio. No quería interrumpir aquella fuente bendita de encantos musicales. No quería quebrar su arrobamiento anunciándole su presencia. Allí también sentía el calor de Gaetano, el genio que hizo llamar desde sus altares a los otros genios que la habían acompañado en su rendido ascenso y la habían colmado en su más

tierna angustia. Era un éxtasis que crecía con cada nota pero era también un reposo. Cerró los ojos y descubrió que podía ver.

Allí estaba el escape final. Volaba como las notas, volaba por los aires y por el tiempo y se encontró de nuevo el canto de Violetta en *La Traviata*. Allí mismo, en su imaginación, veía representada, con una visión tan clara como las cristalinas fuentes del deshielo, el episodio de cien años atrás. Catalina se deleitaba reviviendo *La Traviata*, a Violetta y a Alfredo, una faceta de la ópera, ante la sociedad parisina o de Busseto de mediados del siglo XIX.

Pero esa misma reminiscencia le trajo sorpresivamente una imagen terrible, una brusca aparición que la hizo temblar de pavor. Era Georgio Germont, el padre de Alfredo, el que condenó a Violetta porque sus amores con su hijo chocaban con lo aceptado por la sociedad de la época. Georgio Germont estaba allí, con ella, espantando a los genios de los tiempos que la acompañaron en su ascenso. Germont era también la sociedad soviética de mediados del siglo XX, la que imponía herméticos convencionalismos e hipocresía igual a los que reinaban a mediados del siglo XIX.

Ellos eran los Alfredos y Violettas del siglo XX pero Catalina entendió claramente cuáles serían las consecuencias. Entendió todo el simbolismo. Sería ciertamente nefasto. Ni su vida ni la de Violetta, ni amores como los de Tristán e Isolda de la ópera de Wagner, entraban en el dogmatismo ni en el parénquima político, el tejido ideológico que envolvía el mundo en el que vivía y que debía soportar.

Lo que Catalina vivía con Gaetano era una exacta reproducción con cien años de diferencia. Ambos casos, el de ellos y el de Alfredo y Violetta, eran amores imposibles pero en uno se retaba a las costumbres de la sociedad y en el otro a los principios políticos. Sus amores provocarían, como lo hicieron en el

pasado, las más despiadadas represalias políticas contra ella, contra Gaetano, contra Yianni y hasta contra la Amarilis que Catalina desconocía.

Su sociedad política reclamaría a ambos la entrega a lo estipulado. Lo colectivo estaba por encima de cualquier otro interés, aun por encima de sus sentimientos más queridos. De lo contrario ella sería la cortesana de los tiempos actuales, *la demi-mondaine* de Verdi o Dumas rechazada por la sociedad, una chusquisa, una mujer de vida alegre y Gaetano sería el Alfredo de la sociedad frívola y opulenta de aquel París alegre de mediados de 1800 que se atrevió a retar todos los convencionalismos cuando aceptó a Violetta como su compañera sin ocultarla al mundo. Sería para ellos un rechazo tan virulento como lo fue a la obra de Dumas y de Verdi. Y así como Violetta fue la *traviata*, la extraviada social en su época, también lo sería Catalina un siglo después. Sería la *traviata* política ante los ojos de la Rusia en los años cincuenta del siglo XX y nunca sería aceptada ni perdonada, y todos sufrirían.

Entendió la realidad en toda su crudeza. No había diferencias entre su sociedad y la sociedad de Violetta y Alfredo. Sus amores serían llamados ilícitos, contrarios a las costumbres, perjudiciales al Estado, a los convencionalismos, a pesar de que respondían a la verdad de ellos y no a las respuestas autómatas que imponían los dogmas políticos.

Cerró los ojos. Sentía que su mundo se le hacía pedazos y entonces quiso protestar. Pero ¿dónde?, ¿cómo? Esa protesta sólo podía darse en sus mismos sueños. ¿Podría acaso rehacer su vida, nacer de nuevo? Buscaba un asidero. Con sus ojos aún cerrados y envuelta en la nube musical que Gaetano generosamente le ofrecía sin él saber, revivió en su mente arias y diálogos en *La Traviata*, diálogos que eran para ella, para él. Era la reencarnación que cantaba calladamente, para sus adentros.

Violetta

Dite davvero? Alfredo ¿Lo dice en serio?

Io non v'inganno Violetta No la engaño

Da molto è que ¿Has estado enamorado
mi amate? de mí hace tiempo?

Alfredo

Ah, sè; da un anno Sí, por un año

Un di, felice, eterea Un día pasaste a mi lado

Mi balenasta innante Feliz y liviana como el aire

E da quel dè tremante Y desde entonces

Vissi d'igno amor. Sin saberlo te amé.

Di quell'amor ch'è Con ese amor que es palpito. el mismo hálito.

Dell'universo intero Del universo mismo

Misterioso Misterioso y noble

Croce e delizia al cor. Dolor y éxtasis al corazón.

Violetta

Ah, se ciò è ver, Ah, si esto es verdad, fuggitemi. entonces, déjame.

Sola amistade io Te ofrezco sólo amistad: v'offro:

Amar non so, No puedo amar, nè spffro. ni puedo aceptar.

Un cosi eroico amore Un amor tan heroico de tu parte lo sono franca, Soy franca, sencilla; ingenua;

Altra cercar dovete Debes encontrar otra Non arduo troverete No será entonces Dimenticarmi allor. Difícil para ti olvidarme.

Sí, Catalina revivía. Allí, transportada en sus sueños convertidos en pesadilla, en silencio, atribulada y pesarosa, a las espaldas de Gaetano, casi oculta, revivía a Violetta y a Alfredo que le advertían en sus hermosísimos diálogos musicales. La alertaban, la cuidaban, le decían que debía vivir en su realidad y aceptar las lecciones.

Por su amor a Gaetano debía aceptar el mismo final de la ópera que tanto había cantado. Ésa era la lección, la única que podía haber. Así como en el drama murió Violetta, así tendría que morir ella desapareciendo para siempre de la vida de Gaetano. No había otra salida.

Allí estaba la explicación a su angustia. Ése era el significado de la presencia de Gaetano en lo alto del campanario. Ése era el significado del simbolismo. El camino empinado de la torre la llevó a una cumbre que la acercó más que nada al astro pero era, al final, inalcanzable, como todos los astros. Ya no había mas embrujo. Allí terminaba la cuesta.

Sintió temor. Temía que la descubriría con el más pequeño descuido. Intentó ponerse de pie pero no tenía fuerzas. ¿Cómo abandonar a su sol que lo tenía tan sólo a dos pasos de distancia, con tan sólo extender sus brazos, con caer rendida a sus pies? De nuevo intentó escapar a sus sueños porque odiaba aquella cruel realidad. No quería el final de la ópera sino las arias del primer acto.

Ah, forse é lui y Sempre libera degg'io, la primera por el sentimiento que la invadía y la segunda por lo brillante y excitante que era para ella la cercanía del hombre amado.

¿Dónde estaban los genios de los tiempos para ayudarla? No quería el canto de la tristeza, del dolor de la separación. Se le ocultaban porque también ellos reconocían que no había salida. Con tan sólo mirar la primavera moscovita se encontraban con Giorgio Germont, la censura y la inhumanidad que discordaban por doquier, hasta en el aire, el sol y la belleza de su país.

Las consecuencias eran irremediables, el castigo implacable. No había piedad, ni siquiera en la soledad. Era necesario asimilar, aceptar las lecciones. Cantó nuevamente en silencio. Esta vez era la despedida, el *Amami, Alfredo*. La partida sería igual que en la ópera, sin que el amado lo supiera.

Di Lagrime sveva d'uopo *Necesito llorar*

—*or son tranquilla*— —*ahora me siento mejor*—

Lo vedi? Ti sorrído *Mira: te sonrío*

Saró lá tra quel fior *Siempre estaré aquí, cerca*

presso a te sempre *de ti, entre las flores*

Amami, Alfredo,

Ámame, Alfredo, tanto

quanto

como

io t'amo. Addio.

yo. Adiós.

Miró su bolso con los ojos inundados en lágrimas. Halló en su interior el pañuelo de hilo blanco y perfumado. Tomó un lápiz y escribió sobre él: *Amami, Alfredo, quanto io t'amo. Addio*, y lo dejó dentro del estuche del instrumento sobre el banco de madera y luego salió con el mismo sigilo que como entró. No la había oído, no la había sentido. La obra de Paganini lo había embelasadado, como él a ella. Los convencionalismos políticos triunfaban. Catalina desaparecía de la vida de su amado, de su astro. No había otra salida. Le tocaba admirarlo calladamente y para siempre, como el heliotropo persigue y admira en silencio al inalcanzable astro rey.

Con aquella decisión encontró las fuerzas que no tenía. Se puso lentamente de pie y se encaminó hacia las escaleras. Luego, al salir de la recámara, le pareció que cerraba una puerta inexistente con la misma dulzura que como la abrió cuando llegó pero había una diferencia. Antes podía ver a través de las ventanillas la hermosura de la primavera moscovita. Podía ver la brillantez de su cielo y oler el aroma de sus rosales. Ahora no. Todo estaba borroso y mustio. Las lágrimas no le permitían ver dónde pisaba y la mano en su boca le quitaba la respiración.

Comenzó a descender las empinadas gradas. Con cada paso se alejaba la música cristalina, perfecta, armoniosa que también la acompañó en su ascenso pero ahora había un coro que lloraba con ella. Miraba hacia arriba, hacia abajo, hacia los costados. Con ella también estaban los genios de los tiempos. Bizet, Debussy, Ravel, Tchaikovsky. Todos la consolaban en su pena. Sentía que de nuevo podía extender la mano, tocarlos y llorar en sus hombros, entre sus mágicas manos.

De nuevo se estremecía ante lo que no sentía como imaginación sino como realidad. *Amami, Alfredo, quanto io t'amo* fue lo último que dijo cuando salió al patio de la planta baja y miró hacia arriba, cuando ya no oía la música, cuando ya al embeleso lo marchitaba la realidad y sus mejillas no dejaban de recibir sus lágrimas.

La llegada a Tiflis estaba prevista para la una de la tarde en aquel día de un cielo primoroso en que el infinito, desde el aire, se confundía con un horizonte trazado con una mágica perfección. Y fue lo cristalino del día lo que precisamente estimuló la decisión de no aterrizar directamente sino sobrevolar la ciudad una o dos veces para advertir a la población que habían cumplido, que el triunfador pronto estaría entre ellos, que la espera llegaba a su fin.

Desde el mismo aire se podía notar el entusiasmo con las inmensas banderolas y adornos por la vía donde pasaría la caravana de vehículos desde el aeropuerto a la ciudad. Desde allí se comprobaba la masiva concurrencia. El pueblo, desbordado, recibía a su héroe, al vencedor de Rusia, Ucrania y las demás repúblicas poderosas. El orgullo ya no tenía más cabida en las henchidas humanidades de los habitantes.

La pequeña república daba la pauta en lo político con el camarada Stalin a la cabeza de la gran Unión y Yianni en lo artístico. Georgia no sólo era historia. Era también vigencia, actualidad y la población lo celebraba. Los bailes de los días anteriores hasta altas horas de la noche en las *prospiekt*, paseos y parques, prometían más alegría en los días por venir.

La misma alegría llevaba a la inconsciencia.

Después del aterrizaje la multitud desbocada quiso abalanzarse sobre la máquina, aún con sus motores encendidos. Era la locura colectiva indiferente

al peligro y por eso fue necesario mantener el avión en la cabecera de la pista hasta la llegada de la fuerza pública.

Los pilotos, el mayor y el cadete, no salían de su asombro. Intercambiaban miradas para asegurarse de que vivían aquella inesperada realidad. Una experiencia más que sumarían a las muchas que ya tenían en la conducción de aeronaves y pasajeros. Exigían repetidas veces por la radio a las autoridades del aeropuerto seguridades para la nave y para los fanáticos descontrolados pero su verdadera preocupación era otra. Buscaban absoluta libertad para huir del martirio de los discursistas de oficio al lado de la aeronave, los que pululaban como moscas en las celebraciones y en los eventos, los que suplían la profundidad con longitud y cansancio.

Gaetano miraba toda aquella manifestación con un profundo dejo de tristeza ante la ironía de las vueltas del destino. En Moscú había visto con desánimo, dolor y rencor cómo habían colocado en los diarios y en primera plana, la fotografías de Yianni, y hasta la de él mismo, al lado de Stalin, el hombre que ideó y estimuló la mantenida infelicidad que lo llevó incluso al asesinato.

Ahora, en Georgia, era recibido como parte de la heroicidad, en contraste con el despojo humano que apareció diecisiete años antes en los patios ferroviarios después que fue inmisericordemente secuestrado de su adorada Toscana. ¿Quién como él podría recordar el maltrato, el desprecio, el hambre, el frío, las noches de insomnio y miseria de aquellos días y de tantos años que siguieron?

—Debéis recordar —dijo a Yianni como una explosión inesperada de angustia mientras el avión se desplazaba lentamente por la pista—, que gran cosa es, ciertamente, ocupar un lugar en el espíritu del pueblo pero debéis cuidaros de las malas compañías que son capaces de asquear la delicadeza de cualquier hombre bien nacido.

Eran palabras de advertencia incontenibles en momentos en que la agitación en tierra, la conmoción que tantos rumbos podía modificar, la sentía como una bofetada del azar y de un hado maligno y por eso decidió que no bajaría de la aeronave sino cuando la multitud se mantuviese a raya, cuando no se volcara sobre el aparato.

Pero se equivocó. A pesar del improvisado *cordón sanitaire* de la policía para asegurar la distancia e imponer la cordura colectiva, cuando la nave se detuvo y apagó los motores, todo se convirtió en una incontenible confusión que lo obligó a descender. En medio del barullo y desconcierto, apenas pudo ver a distancia a sus dos Mariuskas y luego fue separado bruscamente de Yianni, terminando empujado sobre un vehículo sin techo que formaba parte de la caravana.

Desde su improvisada tribuna, Gaetano comprobó la misma visión que tuvo en el aire. Tiflis estaba volcada en el aeropuerto y sobre las vías de acceso adornadas con banderas, letreros de bienvenidas y, de nuevo, como un chocante contraste, inmensas fotografías de Stalin y Yianni, una al lado de la otra.

En el vehículo lo acompañaban desconocidos identificados por una mantenida sonrisa y palmadas en la espalda que aumentaban su irritación. Quería estar con su familia pero en el caos y en el trastorno reinantes, no era posible localizarla. ¿Dónde estaban en aquella baraúnda? Súbitamente, en uno de los momentos en que los papelillos, las serpentinas de colores y los permanentes saludos oscurecían el sol, sintió la sacudida, el abrazo y el beso que tanto conocía. Era su Mariuska, su

bambola que había logrado traspasar las barreras de la euforia para montarse con él en el mismo vehículo.

—¡Hija! ¡Hija! —Mariuska logró transformar la irritación en olvido.

La fuerza del ansiado abrazo lo dejaba sin aire en un espacio en que cada movimiento lo hacía tropezar con los codos, pies, brazos o caderas de quienes lo acompañaban.

—¡Me siento tan feliz al verte papá! —decía Mariuska llenándolo de besos—. Sois hermoso. Os aseguro que más que mi hermano.

Los discursos fueron ciertamente ripiosos. Pasaban por originales sólo porque disimulaban muy bien las imitaciones de peroratas ya gastadas. Invocaban, al igual que predicadores oportunistas, el mérito de los métodos, disciplinas y sacrificios que los oradores nunca habían seguido ni estaban dispuestos a seguir. De esa manera insinuaban a los pasivos y cansados oyentes lo importantes que se creían para la sociedad. Luego siguieron las condecoraciones, los besos, los abrazos y las promesas inconsistentes.

Todo era una comedia que poco a poco llevaba a Yianni al camino de la confusión. Gaetano fue el gran olvidado en todo aquel convite. Ciertamente, se le había colocado en la tarima principal frente a la Municipalidad, junto a su mujer y a su hija, pero estaba en la tercera fila, justo al lado del coro y casi en un extremo pero no era algo que resentía. Se le daba más bien la oportunidad de analizar con una discreta cercanía pero con una discreta lejanía todo lo que acontecía a su alrededor.

En tan sólo cuatro semanas la ciudad le parecía cambiada, sorprendentemente detenida en el tiempo y las alocuciones vacías se lo confirmaban. Encontraba que Tiflis no era una ciudad sino una aldea y él la había aceptado. A su regreso de Moscú se le hacía difícil entender cómo en Tiflis podían cultivarse sueños, mucho menos realizarlos salvo que se moldearan las circunstancias como él lo hizo.

Mientras continuaba el concurso de cansonas oratorias, pensaba con horror cómo habría sido el resultado de su vida en Georgia de haber permanecido

cultivando la vid o las flores. Habría sido más bien el cultivo del tedio, la desesperación y el servilismo que el partido imponía. Sintió escalofríos y luego alivio por su propia liberación. Pensó luego en el cuadro de desesperación de millones de campesinos oprimidos y despojados de toda raíz y de todo futuro.

Y esos pensamientos lo llevaron a fijar su vista en Yianni, sentado en el sitial de honor, al lado del alcalde y de las autoridades municipales, los jefes políticos de la región y la pavoneada Chitzieska Khortakov, la *madame* vestida como una *grand dame*, una gran dama, en un *grand jour*, en un gran día.

Pensó de nuevo en el futuro de Yianni, en sus propias raíces y en Dante Alighieri, su coterráneo. La gloria humana, recordaba del gran poeta italiano, no era más que un hálito de viento, que unas veces sopla de aquí y otras de allá, y cambia la reputación cuando cambia la dirección. Yianni tendría que ser muy cuidadoso y él seguiría vigilando para que no hiciera un cambio de curso indeseado.

Luego fijó la atención en Mariuska, su mujer, la que Catalina comparó a Amarilis.

También la percepción era ahora diferente. La amaba, sin duda que la amaba, pero Kiev y Moscú dejaban en ella y en él sus huellas, un rastro que más que un signo era una cicatriz. La seguía admitiendo como el apoyo que era pero había algo de inestable cuando la enfocaba como centro, una extraña sensación que lo confundía y de nuevo sintió escalofríos. Allí, a su lado, veía que el manto pequeño de Tiflis la había absorbido.

Seguía siendo hermosa, con una piel tersa y con una figura envidiable por sus mantenidos ejercicios de ballet pero cierto halo de misterio había desaparecido y, por el contrario, descubría la falta de una necesaria universalidad.

Pero una chispa extraña lo sobrecogió. El brillo y la alegría en los ojos de su esposa encerraban un mensaje diferente al que estaba asimilando con sus observaciones. Los ojos de su mujer se comportaban como un espejo que lo reflejaban. Le decían que inadvertidamente estaba haciendo lo impropio, que estaba juzgándola, que incurría en un desliz, en un atrevimiento infeliz.

Le decían además que todo seguía igual y que era él quien había cambiado. La ciudad no estaba increíblemente detenida en el tiempo ni tampoco estaba arropada por un manto pequeño. La centella en los ojos de su esposa le decían que estaba en un grave y peligroso error y que estaba obligado a rectificar.

Sintió el peso de su propio yerro. Reconoció, como una expiación de su culpa, que Mariuska no se había casado con el mejor de los hombres pero, sin embargo, había hecho milagros con el hombre con quien se casó. Si momentos antes él se había sorprendido fue porque había caído en el imperdonable descuido de acusar a Tiflis de conformista, de horizontes bajos y de pocas perspectivas pero ahora entendía por el mensaje contenido en los brillantes ojos de su mujer el verdadero error. Era él quien perdía la perspectiva por completo.

Pero el sol abrasador, la interminable ceremonia y los coros de la milicia se confabulaban en su contra para hacerle aflorar los pensamientos que lo habían perseguido el día anterior y durante el viaje de regreso, motivados por el mensaje del pañuelo escrito por Catalina. Se le agolpaban uno tras otro y ninguno era capaz de confirmarle un rumbo que presentía debía de ser el mismo de cuatro semanas antes cuando Tiflis era para él la gran ciudad y la esposa el centro definitivo de su vida.

Pero Tiflis sí había cambiado durante esas cuatro semanas. Zviad Jazbulatov, el nuevo Secretario General del partido que pasó a comandar la plaza fuerte

dejada vacante por la inesperada muerte de Iván Petronovich, hizo sentir su autoridad. Empezó por la más elemental: el regreso al más absoluto respeto a la dogmática bolchevique y la depuración de las prácticas corruptas en la administración.

Su primera acción fue contra cualquier reminiscencia de las abominables prácticas capitalistas, en especial la usura y la codicia por el acaparamiento de riquezas. Su blanco inaugural fueron las perreras y quienes las habían permitido a cambio de los dineros y favores recibidos de los perreros y los apostadores.

El otro cambio significativo en la ciudad era el mantenido estado de euforia por el nuevo concurso musical estimulado por el triunfo de Yianni.

—¿Otro concurso? —preguntaron al unísono Yianni y su padre ya entrada la noche, cuando los Naslishvili pudieron concurrir a la tranquilidad del hogar.

—¿Es qué no sabéis? —preguntó Mariuska, la esposa, aún con el brillo del día en sus ojos—. El Secretario General ha estado muy oficioso promoviendo un concurso musical internacional en nuestra propia capital, aquí, en Tiflis, aprovechando el triunfo y renombre de nuestro Yianni.

—¿No te entusiasma padre? —interrumpió la hija con la ilusión también reflejada en el rostro—. Lo tendremos aquí mismo, en Tiflis. ¿Sabes lo que significa? Se rumora que estáis nombrado en el Comité. ¡Qué alegría!

Gaetano no reaccionaba, no salía de su asombro. ¡Era una locura! ¿Sabían acaso lo que significaba organizar un concurso de música? Sintió el deseo vehemente de protestar, de reclamar en viva voz que ansiaba la paz del eremítico, que deseaba la soledad del cenobita, del anacoreta, del penitente. Otro concurso lo haría desvariar, decir despropósitos, revivir recuerdos.

Además, ¿cómo se podía responder a las exigencias impuestas por Moscú antes de la partida que reclamaban el regreso de Yianni apenas terminados los homenajes y los conciertos en Tiflis? Pero ni la idea ni la promoción de Zviad Jazbulatov fue considerada una insanidad. Se cumplía con todos los criterios de la lógica al invitar a concursar en la Unión a jóvenes virtuosos extranjeros ante la imposibilidad de una programación para visitas inmediatas al exterior de los ganadores del concurso de mayo en Moscú. Esa programación requería meses de preparación y ya estaba muy avanzado el verano, la mejor oportunidad que se tenía para mostrar con verdadero sentido y efecto a los virtuosos soviéticos en el exterior. La idea del concurso en Georgia, a pesar de la proximidad de la fecha, fue aceptada por el Ministerio de Cultura pero había diferencias profundas con la propuesta.

Se invitaría para un concurso en julio, en la época de asueto escolar, pero sería a Moscú, no a Tiflis ni a ninguna otra capital. Tampoco debía llamarse el concurso Iván Petronovich en respeto y veneración al héroe del pueblo vilmente asesinado y quien fue el descubridor de Yianni, sino Juventud de Naciones en homenaje a la juventud del mundo. Y el momento era ciertamente ideal. Aún no habrían comenzado los festivales de verano de Europa, los teatros de Moscú terminaban sus presentaciones y se tenía fresca la organización y la experiencia del concurso recién finalizado.

Había además una ventaja adicional.

Los embajadores que habían actuado como jurado certificarían la altísima calidad del concurso. Con ello se lograrían participantes de igual calidad de sus respectivos países y servirían a su vez como instrumento para agilizar las invitaciones.

La idea de Zviad Jazbulatov no podía ser más oportuna. El último detalle que faltaba era decidir si sería sobre las tres disciplinas concursadas en Moscú

pero justamente ese día, el día en que llegó Gaetano a Tiflis, se decidió hacerlo sólo sobre instrumentos y con un reducido número de naciones porque más que un concurso, era una forma de adquirir nuevas experiencias. Se invitarían a naciones europeas de la órbita soviética y, más allá de esas fronteras, sólo a Italia y a Francia. Con esas limitaciones se adquiriría el conocimiento necesario para futuras competencias en años por venir dentro de marcos más ambiciosos.

Al día siguiente Yianni y Gaetano fueron oficialmente notificados de la decisión del nuevo concurso y con ello se derrumbaban todos los planes de descanso que Chitzieska Khortakov les había programado en la antigua *dacha*. Se cambiaba también toda la programación de las presentaciones de Yianni en el teatro principal de Tiflis y se les creaban a las dos Mariuskas graves conflictos. Para Mariuska madre significaba dismantelar casi sin aviso su casa en Tiflis, despedirse de todas sus amistades y trasladarse a Moscú. Para Mariuska hija significaba resolver el destino de la fortuna que le legó Dimitry, el nieto del yerbatero.

Fue la persecución contra los perreros iniciada por Zviad Jazbulatov pocos días después del viaje de Gaetano a Moscú la que obligó a Dimitry a huir. Una tarde, cuando iba camino a la perrera con su jaula de ratas, fue advertido en un cruce por la madre de una de las adolescentes que fingían de anfitrionas en las perreras.

—Clausuraron la de Nicolás y os tienden una trampa —le dijo la mujer sin más explicaciones.

Dimitry entendió de inmediato la seriedad de la amenaza. Para la ley penal revolucionaria, la mayoría de edad llegaba súbitamente, de pronto, todo según la gravedad del delito contra el Estado. Fomentar el capitalismo y sus prácticas perversas y corruptas tenía muy altas consecuencias. Significaba la

más grave de las penas sin consideración a la edad, además de la confiscación de los bienes.

La escueta y oscura advertencia de la mujer le hizo entender que no había tiempo que perder. Se dirigió a la casa, tomó una apreciable cantidad de rublos y dólares norteamericanos escondidos entre fondos falsos de porrones de yerbas de su abuelo y emprendió su escape pero antes se despidió de Mariuska.

—No tengo tiempo para hablar. Estoy cuestionado y me buscan. Estaré bien, os aseguro. Quiero que os quedéis con la ofrenda de la promesa. La valija está escondida debajo de la roca plana al lado de la única encina en la cumbre de la colina frente al campanario de San Marcos, en la vía de la lechería. Encontraréis mucho más de cuanto os ofrecí. Todo es vuestro, sin condición. Podéis hacer con ella lo que queráis pero reservad seis mil rublos para pagar los estudios de aviación de mi hermano. Él os dará detalles. Reservad también seis mil para el abuelo. Os aconsejo que esperéis una semana y luego cambiad el escondite. No es bueno que os vean en las cercanías donde alguien alguna vez me vio.

—¿Pero será posible que me sorprendáis de esta manera sin ofrecerme ninguna tranquilidad? —le reclamó sorprendida Mariuska.

—Nada, nada —contestó nervioso Dimitry—. Debéis aceptar cuanto os digo. Ya sabréis de mí pero no podéis decir que os he hablado de estas cosas. Manejad con discreción la fortuna que os dejo. Os aseguro que es mucha. Algunas piezas son conocidas y quizás os comprometan. Ahora os digo adiós. Ya oiréis de mí y no olvidéis que he jurado ser vuestro para toda la vida así como aspiraba a vuestro juramento. Siempre os he amado. Adiós.

—No, no. Espera —le reclamó impacientemente Mariuska.

—No es posible. No hay tiempo. Recordadme siempre.

—¡Esperad por caridad! ¡Esperad! También os deseo ofrendar —le reclamó de nuevo Mariuska cuando ya Dimitry se alejaba, cuando comenzaba su marcha acelerada y nerviosa, ese reclamo hizo que Dimitry se detuviera brevemente.

—Buba. También yo os he querido amar. Os aseguro que habéis estado presente en mis sueños pero ahora me despojáis de toda ilusión. Si os marcháis, nunca sabré si pudisteis ser dueño de mi corazón. Llevad como recuerdo mi reclamo pero os daré lo que nunca a nadie he dado con la entereza de mi voluntad —y con ello se acercó a Dimitry, tomó suavemente el rostro entre sus manos, cerró sus ojos, le besó tiernamente en la boca y luego lo abrazó—. Buba, mi Buba, también yo os he querido amar, os lo aseguro. ¿Ahora, qué podré soñar?

—¡No es vuestra! —le dijo secamente Gaetano a la hija.

¿Pero qué se debía hacer? Era una pregunta cuya respuesta no venía con facilidad. Regresar la fortuna a los familiares de Dimitry, al hermano y al abuelo, era aportar pruebas en contra de la misma familia. De igual forma si se entregaba al Estado. En cualquier caso todos corrían el riesgo de hacerse cómplices, lo más desastroso que podía acontecer a la reputación de los Naslishvili.

Gaetano pensó de nuevo en Dante Alighieri. La gloria humana no era más que un hálito de viento, que unas veces sopla de aquí y otras de allá y cambia la reputación cuando cambia la dirección. ¡Cuánta verdad! Allí quedaba demostrado, con lo más inesperado y fortuito.

La única salida de menor riesgo era hacer igual que como se hizo cuando se abandonó Yaroshneva, cuando se dejaron escondidos en la estación de tren los rublos quitados a Iván Petronivich. La fortuna de Dimitry tendría que dejarse escondida en Tiflis. Las circunstancias se repetían cínicamente como

si fuera una especie de rezo augural pero ese pensamiento estremeció a Gaetano. ¿Por qué se repetía? ¿Qué significado encerraba?

Entendió la mudanza a Moscú y la riqueza para esconder como un signo presagioso, una señal premonitoria que le advertía. La fortuna, diosa omnipotente, era la dispensadora de bienes y males, de placeres y penas, de riquezas y de pobreza. De allí que los antiguos griegos la representaron sobre una rueda o una bola que giraba velozmente, y otras veces provista de alas. Gaetano pensaba que ya habían sido favorecidos. Esta vez, estaba seguro de que no lo serían.

—Yo me ocuparé —dijo Gaetano. De esa manera, sólo él sabría el secreto del escondite, sólo él sería el culpable frente a las autoridades. Se acordó tan sólo de reservar los rublos para Aleksandr y para el abuelo, guardarlos dentro de un sobre y entregarlos como si se desconociera su contenido.

La valija contenía ciertamente mucho más de lo que una vez le mostró Dimitry a Mariuska debajo de la escalera y a la luz de una tímida bujía. Entre el tesoro dejado, estaban aún las pequeñas y delicadas piezas de mesa de oro macizo. Son obras maestras de Benvenuto Cellini —le aseguró Dimitry a Mariuska en la noche de las promesas—. Pertenecieron al zar. Son únicas y muy pero muy valiosas.

Había además, papel moneda ruso, británico y norteamericano, certificados escritos en idioma extranjero bordeados en filigranas parecidos a los billetes. También joyas y dientes de oro y plata, y piedras preciosas sueltas.

—¡Increíble! —se decían todos a la vez ante aquel tesoro que encerraba tantos sueños, tantos martirios, tantos vicios y tantos alivios para tanta gente pero al final, ninguno vio las obras de Cellini. Mariuska por primera vez desafiaba lo que sabía serían los dictados de su padre. Escondió las valiosas piezas de oro para llevarlas siempre con ella. Su significado no estaba en el

valor por el oro. Dimitry le había dicho que eran únicas, como también lo era él, como eran los sentimientos de oro que por ella sentía.

Y al día siguiente, muy temprano en la mañana, Mariuska hizo entrega al abuelo y a Aleksandr del sobre con el dinero. Es para vosotros. Me lo dejó como encargo. El contenido los dejó casi sin respiración.

—¡Dimitry! —dijo el abuelo llamando al aire a su nieto—. Aún en tu desdichada ausencia nos haces sentir el gozo de tu presencia. Y tú, hija mía —le dijo a Mariuska—, sois tan noble como vuestros padres. Estáis cargada de virtudes y de pudicia. Nunca debéis cambiar.

Aleksandr se trasladó al aeropuerto, también muy temprano al día siguiente. Sabía que veníais —le dijo el cadete. Los pilotos estaban descansados y listos para despegar. Con la entrega del saldo de cuatrocientos rublos acordados como entrada, Aleksandr podía hacer el viaje e ingresar en la academia del aire.

La diferencia para llegar a seis mil se pagaría en los otros términos también acordados. Vamos, no hay tiempo que perder —dijo el mayor con su permanente seriedad.

—¿Irnos? —preguntó asombrado Aleksandr.

—Naturalmente —contestó el piloto—. Llevamos dos días aquí. No hemos venido a quedarnos y ya vuestro retraso nos pone en apuros.

—Pero —protestó el joven—. ¡Aún no me he despedido del abuelo!

—Los pilotos no se despiden. Siempre regresan. Es lo primero que debéis aprender si os interesa la vida del aire.

—¡No he recogido mis cosas. Nada he dejado en orden! —insistía como una tesis que le permitiera la ansiada despedida del yerbatero y de Mariuska. No se imaginaba abandonar Tiflis de esa manera. Debía despedirse del abuelo, de Mariuska, recoger sus pertenencias.

Debéis ser agradecido pues ya os esperamos suficiente. En su lugar, nos reclamamos más tiempo. Debéis entender. Os ruego. ¡No puedo! —porfiaba el aspirante al aire con la sorpresa y la confusión reflejadas en su rostro—. ¡Debo despedirme del abuelo!

Entonces, tú escoges. O tu abuelo o tu carrera —dijo de nuevo el mayor. Su paciencia se había agotado. Aleksandr no esperaba la encrucijada. Partir en la forma como le reclamaba el piloto era abandonar al abuelo cuyo mundo ya se había fragmentado con la inesperada huida de Dimitry. Había aceptado que él también se alejara pero sabía que era una cuestión temporal y, sobre todo, sabría de su paradero pero si se ausentaba así, bruscamente, sin ninguna despedida, el dolor que le causaría lo llevaría inevitablemente a la muerte.

Significaba también que abandonaba a Mariuska, que la colocaba en segundo lugar en sus preferencias. ¡No llevo pertenencias ni frazada para el frío ni alimentos para el viaje! —argumentó con vehemencia Aleksandr como otra defensa. La juventud corre aventuras —le advirtió el cadete. El comentario del joven piloto lo desarmaba aún más. Aleksandr aspiraba a su solidaridad. Tan sólo os ruego unos minutos nada más.

Os he dicho: escoge entre la vida del aire o vuestro abuelo —replicó con decisión el mayor—. No tenemos más tiempo. No, ésa no era la escogencia, pensó Aleksandr. No se trataba de la vida del aire o el abuelo. La vida como piloto estaba decidida. La elección estaba hecha. Si perdía esa única oportunidad ya no tendría otra.

Sus sueños de ser piloto se esfumarían como los gases hediondos que vomitarían los inmensos motores del avión. Lo único que se pedía era el tiempo para recoger las cosas pero, más que nada, despedirse. ¿Cómo vivir consigo mismo sin ese último abrazo al abuelo? ¿Cómo soportar la ausencia sin haber volcado sobre Mariuska los sentimientos que le ahogaban?

Entonces pensó en Dimitry. ¿Qué hubiese hecho en su caso? Negociar, sí, Dimitry negociaría. Allí estaba la respuesta.

—Os propongo un trato.

La propuesta sorprendió al mayor.

—¿Trato? No hay trato posible, no hay tiempo para tratos.

—Tan sólo ponedme atención —dijo Aleksandr con la desesperación de quien está a punto de oír una condena que lo envía al patíbulo—. Dadme el tiempo para llegar, acomodar lo indispensable y hacer mi brevísima despedida. Si excedo de ese tiempo os podréis quedar con todo el dinero que os he dado más mil rublos que llevo conmigo. No estaréis obligado a devolver nada y podréis partir.

Era una propuesta apetecible. Aquella jugosísima ganancia por unos minutos bien valía la pena considerarla. Aun así, el mayor se resistía. ¡Os he dicho que no hay trato posible! Era el momento para una nueva intervención del cadete, socio también en la componenda. Su misma juventud le decía que, a diferencia del mayor, tenía mucho más tiempo por delante en su vida y que podía disponer de algunos minutos y, con toda seguridad, de esos rublos. Era un reto, un juego que gustoso aceptaba. Poco tenía que perder mientras que mucho podría ganar.

—¿Cuánto tiempo necesitáis?

—Dos horas.

—¿Dos horas? ¡Imposible! —exclamó malhumorado el mayor pero su agrio sentimiento no lo dirigía sólo al aspirante sino también a su compañero, el cadete, que daba signos de aceptar el juego propuesto. Una hora nada más —aceptó el cadete. Aleksandr recordaba de nuevo a Dimitry.

—Lo primero que debéis lograr es evitar la negativa. Cuando alguien os dice que no, podréis estar seguro de que no habrá fuerza en la tierra que lo haga cambiar pero si por caso no podéis lograr que acepte, la duda de vuestro contrincante o, mejor, un término medio de negociación será vuestro mejor aliado. De allí en adelante vuestra habilidad os llevará a conseguir cuanto deseáis.

Os ruego —imploró Aleksandr aceptando la vía que le abría el cadete—. Llegar a casa bien puede tardar casi tres cuarto de hora. No tendré nunca el tiempo. Tampoco nosotros —interrumpió el joven piloto para evitar la negativa del mayor que sabía estaba por explotar—. Os concedemos noventa minutos y ya está empezando a correr el primero.

Antes de que el mayor pudiera desahogar su airada protesta por la decisión del cadete, Aleksandr depositó los mil rublos en la mano del joven piloto y corría velozmente hacia su casa. Salvaría toda la distancia por sus propios medios cortando por atajos que lo llevarían a cruzar caminos y tierras prohibidas pero sólo así podría cumplir con los noventa minutos.

Después de treinta y cinco minutos subía sudoroso y sin aliento, a pasos agigantados, las gradas de la entrada llamando al abuelo y a Mariuska. El clamor y el gemido de la despedida retumbaba en los rincones y en los corazones.

Todos se agolparon a la puerta mientras Aleksandr recogía las pertenencias acomodadas apresuradamente en un bolso de tela. El abuelo se había

asegurado personalmente de haber incluido la frazada y tónicos a base de yerbas, flores de olmo y frutos de arándano silvestre.

—Os quitarán además el hambre, el frío y retendrán la orina por mucho tiempo. Ya lo comprobaréis —dijo recordando la anécdota de Yianni cuando relató el episodio con el guardia en el aeropuerto militar de Kiev.

—Abuelo, me debéis disculpar —contestó jadeante—. Se me ha puesto en una situación difícil. Dispongo de muy poco tiempo para estar de regreso. Menos de una hora. Con la tensión del momento, el abuelo se comportó igual que Mariuska, la madre, cuando la despedida de Gaetano para Moscú. La emergencia lo contagiaba a incitar al nieto para que partiera de inmediato.

Las palabras sobran —le aseguraba el abuelo—. Apuraos, apuraos. Aún disponéis de tiempo —le confortó Gaetano. Contaban con el viejo Volga y chofer a la puerta, un lujo que los embajadores del país y los galardonados con la envidiada y casi inalcanzable medalla del Pueblo Heroico, como lo era Yianni, tenían por derecho propio a su disposición—. Usaréis el vehículo.

El ofrecimiento le daba al menos cinco minutos para hablar en privado con el abuelo, para tomarlo de la mano, para abrazarlo y besarlo, para despedirse de Mariuska la madre y la hija, y de Yianni. Gaetano lo abrazó como al hijo que también veía en él. Triunfaréis. Sé que triunfaréis. No debéis preocuparos. Velaremos por vuestro abuelo. Nada le faltará.

En ese momento le entregó, de la fortuna de Dimitry, quinientos rublos más. No os debéis dar por aludido. También los dejó vuestro hermano. Ya en las puertas del vehículo fue la última despedida al abuelo. El alma del viejo lloraba desconsoladamente y los ojos con los capilares brotados de sangre y profundamente rojos, con escasas lágrimas, lo traicionaban y se confundían con las lágrimas del mismo Aleksandr y con las de las dos Mariuskas.

Te acompañaré —dijo con dificultad Mariuska, la hija. El gorjeo ya le había quebrado el habla. En la comodidad del vehículo podía llevar el bolso de las pertenencias. En ese momento entendió la gravedad del riesgo asumido con los pilotos. ¿Cómo podía haber cargado aquel peso en su carrera de regreso? Sin duda, el vehículo había sido una bendición pero la buena suerte era para los osados al igual que lo era él, una lección enseñada hacía siglos por sus antepasados mongoles. Además, sin el vehículo tendría que haber dejado atrás los alimentos que le preparó Mariuska la madre. Le dio torta de patata dulce, pan negro, costillas de cordero ahumadas y una botella de dos litros de vino rojo.

Llevaba también entre sus manos las de Mariuska, las que por primera vez se aventuró a aprisionar por largo rato y Mariuska aceptaba complacida. El calor y la humedad que le transmitían la emocionaban de una manera inexplicable, al igual que cuando él una vez le transmitió su sudor en el día de campo. —Veo que habéis sido eficiente —le dijo el mayor con su marcada ironía. Aún faltaban siete minutos para completar los noventa—, y veo también que traéis to-

Tiflis, la capital

das vuestras pertenencias —dijo luego mientras veía a Mariuska de soslayo. —También viajaría si quisiera —lo interrumpió Mariuska molesta con la indiscreción—, pero me llevará en sus pensamientos y sentirá así mi presencia permanente a su lado. Algo difícil de entender para quienes el aire ha hecho también la mente hueca.

No eran momentos de controversia, pensó el cadete. Podían partir y estaba a gusto. Aleksandr le resultaba agradable y, además, había pagado el dinero. —¡A la nave! —dijo tomando los bolsos de tela de Aleksandr. Mientras se hacían los rituales del arranque y calentamiento de los motores, Aleksandr y

Mariuska se despedían. Era un desprendimiento silente en medio de la barahúnda del primer motor en marcha, en medio del ruido y de gases.

—¡Ea! que os quedáis —advirtió el cadete pero Mariuska ya había aprendido la lección. Había tiempo hasta que se pusiera en marcha el segundo motor, el del centro. —Shurenka —dijo Mariuska utilizando el apodo—. Ni el ruido de doscientas máquinas podrán ahogar mi voz ni la distancia que ellas establezcan podrá alejaros de mí. Dejaría todo por estar con vos —y luego lo abrazó fuertemente. Era más que besarlo, mucho más que todas las palabras juntas. Con ese abrazo soñaba estar dentro de él y él dentro de ella, como tanto lo había ansiado después de la cabalgada conjunta. ¡Ea! —gritó de nuevo el cadete cuando el motor del centro empezaba a dar los primeros signos de vida—. Os advierto. Cerraré la compuerta. Era una amenaza verdadera que los enamorados entendieron.

—¡Shurenka, Shurenka! —dijo Mariuska cuando Aleksandr subía y desaparecía en la aeronave y después explotó en un llanto incontinido. Estaba inmóvil. Ni el ruido espantoso de los tres motores ni los gases calientes la hacían mover. Estaba petrificada en el lugar, con la cabeza gacha, con las manos recogidas al frente, apretándolas fuertemente. Tenía el rostro inundado por las lágrimas que no cesaban de correr.

El movimiento inicial de la aeronave arrojaba una corriente de aire imposible de soportar pero Mariuska aún no se movía. En su lugar era el pelo el que batallaba por liberarse y también su vestido que a veces se le subía muy alto hasta la pantorrilla y a los muslos. Dejaba a la vista unas piernas únicas, contorneadas por la magia del ballet y la mezcla de razas. El ventarrón hacía que el vestido holgado se ciñera más a su cuerpo. Allí se perfilaba una figura perfecta y le decía al mundo lo que claramente se podía ver, Mariuska ya no era una niña, era una mujer.

El avión llegó al final de la pista. De nuevo los pilotos hicieron las pruebas para el despegue, acelerando y desacelerando los motores. Cada intensidad del ruido distante eran un llamado incesante para que Mariuska levantara la mirada, para que los viera por última vez, para que los despidiera con sus hermosos ojos verdes pero Mariuska aún no salía de su trance, aún permanecía como una penitente con sus ojos cerrados y su cabeza inclinada.

Pero el ruido final del despegue la hizo reaccionar. Allí estaba la verdadera realidad de la despedida.

Aleksandr ya no estaría en la misma tierra que ella pisaba sino en el aire que ella no alcanzaba. Sólo los unían los pensamientos inquebrantables por el aire o la distancia y un amor que descubría, que sabía se incrementaría a medida que el alejamiento fuese mayor.

Esa realidad la hizo reaccionar. Había estado muy enamorada de Aleksandr. Ahora su respiración se cortaba y su espíritu se regocijaba. Miró hacia la nave que despegaba pero ya no estaba triste porque no era Aleksandr quien partía. Era el Gengis Kan de los tiempos modernos quien partía a la conquista, el héroe que sabía regresaría para llevarla a reinar sobre sus victorias.

—Shurenka, Shurenka —dijo nuevamente levantando y agitando suavemente la mano. Las lágrimas habían desaparecido y en su lugar estaba la sonrisa melancólica y el brillo en sus ojos eran centellas, igual a las de su madre cuando recibió a su padre dos días antes.

Tres días después de la partida de Aleksandr llegaron casi simultáneamente al inmueble cuya parte superior ocupaba Piotr Katushev, el yerbatero, y la parte inferior los Naslishvili, dos noticias que conmovieron a ambas familias y a toda la ciudad. Una fue un rumor que luego se confirmó. El murmullo le decía al abuelo que el avión donde viajaba su nieto a Moscú estaba desaparecido y

el otro era un telegrama donde se instruía a los Naslishvili a estar de regreso en Moscú en un plazo impostergable de siete días.

El rumor sobre la aeronave no confirmaba accidente sino su desaparición y ése era un término que la sabiduría popular interpretaba muy bien. No se descartaba el accidente pero tampoco se descartaba la huida hacia Turquía, Grecia u Occidente, la ansiada meta.

Pero la huida era severamente castigada. Hasta la mención misma acarrearía sanciones. Huir, decían los activistas comunistas, era destruir la patria y por eso se castigaba con la más severa represión, con el juicio sumario que siempre terminaba en la muerte en el sitio mismo.

—Se dispara y luego se pregunta —era la voz.

Además, con la huida se deshonraba a la familia. Huir significaba exponerla a todas las infamias, a todos los desprecios y a las más severas limitaciones y privaciones. Si no se tenía amor a la patria, tampoco se tenía a la familia y si no se respetaba a una tampoco se podía respetar a la otra. Aún sin la certeza sobre el destino del avión, se presentían las consecuencias sobre el anciano yerbatero.

Katushev sería despojado de sus derechos ciudadanos, de su vivienda, de su carta de racionamiento, de su pasaporte, de los ingresos que le proporcionaba su investigación y los beneficios como jubilado y veterano de guerra. Sería lanzado a la calle para vivir de la caridad pública sin que pudiera reclamar nunca un techo como propio. Pero no eran consecuencias que lo intranquilizaban. Deseaba saber si, en efecto, había ocurrido el accidente. Sólo le importaba la vida de su nieto. Lo demás era intrascendente.

La presencia de un vehículo oficial con tres hombres severamente austeros en sus expresiones y en su mirar le brindaron dentro del terror de su apariencia la alegría de la respuesta ansiada. Aleksandr no había muerto.

Eran las mismas conclusiones de los funcionarios que lo cuestionaron hasta muy entrada la noche. Ya los oficiales sabían que el avión había llegado a Ankara, Turquía, y que los pilotos habían solicitado asilo pero Aleksandr no. Al parecer, era el único accidente dentro del accidente mayor que se temía. Fue parte de un plan que Aleksandr desconocía y que no quiso aceptar. Al abuelo se le aliviaban por los momentos los rigores de la presunta culpa del nieto.

La tribulación que entristecía a Katushev, el yerbatero, y que tanto preocupaba a los Naslishvili no dejaban al margen los problemas por la apresurada partida a Moscú. Todo era de nuevo un mar de confusiones. ¿Si no tenían el avión, cómo se marcharían? ¿Quién quedaría atrás? Había además los compromisos que exigían los medios culturales y políticos de la ciudad. Chitzieska Khortakov, la encargada de la programación, no cesaba de vociferar su enojo.

Pero el enfado estaba dirigido a sus coterráneos. Había advertido que las buenas ideas irremediablemente se las apropiaba por alguien superior. Cuando no era el comité local del partido comunista era el Comité Central y cuando no era la capital de la república georgiana entonces era la capital de la Unión.

Todos sabían esa verdad pero, aun así, el nuevo Secretario General insistió, como una prueba más de su inmadurez política, en hacer el planteamiento del nuevo concurso que les quitaba tan de repente a Yianni. También los despojaba de Mariuska quien pronto alcanzaría un tecnicismo que la ubicaría entre las mejores y en cualquier escenario. El trabajo de años se entregaba mansamente a Moscú.

Había un motivo más para su queja. No sólo se iba el arte que ella tanto impulsaba, que tanto amaba y que en cierta forma consideraba una hechura

propia, se iba también su mismo corazón. Los Naslishvili se convirtieron en su familia, su única familia. La función política que le habían encomendado poco a poco tomó otro camino hasta que creó un vínculo muy allegado, casi consanguíneo.

Y toda esa molestia la condujo a adoptar una decisión que mucho acariciaba pero que necesitaba el impulso final que por fin llegaba debido a la torpeza del nuevo Secretario General.

En los depósitos del teatro tenían muchas obras artísticas que ella, como la curadora designada por la ciudad, guardaba celosamente. Entre esas joyas había viejos instrumentos musicales recibidos de Moscú y otras ciudades durante la amenaza de la ocupación alemana. Uno en especial llamó su atención. Lo encontró entre las colecciones de estatuas y cerámicas adquiridas en Venecia en la época de los zares por Nicolaj Jusupov, diplomático y famoso coleccionista que compró y trasladó a Rusia muchas obras del abate Farsetti que mantenía en el palacio sobre el Canal Grande.

Se trataba de un instrumento que la hizo palidecer. Escondido entre dos estatuas de Antonio Canova, esculturas que fueron consideradas en la Rusia de Alejandro I embajadoras italianas del nuevo concepto de lo bello que el escultor llegó a representar en la historia del arte, estaba la incomparable joya. Era otro antiguo embajador artístico italiano, esta vez de Cremona, tan hermoso y tan delicado como las obras de Canova, Bernini, Maderno y Melchiorre Caffa que tenía a su alrededor y que servían de protectores.

Era un violín arrinconado, uno que resplandecía entre todo aquel tesoro, uno cuyo sello único pudo identificar por la forma, por la precisión en las proporciones y curvaturas de la caja, por el barniz característico, por la selección de las maderas y el grosor exacto, por el ansiado *I.H.S* y hasta por el mismo estuche que lo resguardaba como la más delicada de las prendas de la

época. Se trataba de un Guarnerius, un auténtico Giuseppe Guarneri, un genuino «Giuseppe del Gesù».

Y desde que lo descubrió comenzaron sus angustias y sus sueños. ¿Quién sería digno de posar sus manos sobre él? ¿Cómo sonaría en esa fuente divina el concierto para violín y orquesta de su amado Tchaikovsky?, el concierto que en ese instrumento imaginaba como el deleite más estático y contemplativo que le podía reservar la vida antes de su muerte.

Pero siempre tuvo que callar. No podía descubrirlo, no podía consentir que un zafio llegado a bien por gracia del partido ofendiera con sus manos la historia, el arte, a los Guarneri, aquella joya única. No, no podía correr el riesgo de darlo a conocer porque sabía que se lo arrebatarían y con ello ocurriría la violación más despreciable del genio artesanal y la muerte inevitable de su ansiado anhelo. A su avanzada edad, se hizo cómplice del instrumento. Ambos prefirieron esperar en silencio el día del mesías musical, el liberador que llegaría y los llevaría con las mágicas notas de la música de otros genios a lo inextinguible y sempiterno.

Cuando conoció a los Naslishvili y oyó a Yianni por primera vez, cuando tocó en la prueba para admitirlo en el conservatorio, sintió el temblor del mensaje del destino. El mesías había llegado. El Guarnerius sólo debía estar en sus angelicales manos y sería de él de quien oiría las mágicas notas que la embelesarían hasta los límites de lo eterno y de lo omniscio.

Y fue por ello que decidió confiárselo a Yianni, como un depositario de por vida, con la condición de tocar en él y para ella, aunque fuese una sola vez, a las orillas del río, en la soledad y a la sombra de las piceas, los pasajes más hermosos del concierto de Tchaikovsky y de no decir nunca que se trataba de un Guarnerius, al menos no mientras ella viviera. Se lo confiaría emocionada como la mensajera de Paganini que creía ser.

Gaetano no salía de su fascinación. El estupor lo llevaba a la incredulidad y al éxtasis. Sentía que estaba dilatado en una atmósfera en la que los siglos y los anhelos confluían. Acontecía lo que no le estaba permitido imaginar. Se realizaba un milagro, ni siquiera el sueño inalcanzable de todo violinista, producido por las circunstancias menos esperadas. La tierra que había sido su carcelera le permitía posar sus manos en aquella venerable alhaja pero no conforme con ese goce, aún le daba más. Podía concurrir a voluntad al banquete interminable que de ella emanaba porque la podría tener siempre entre sus manos.

—*Madame* —dijo Gaetano con todo respeto cuando logró reponerse y con su mirada fija en el instrumento entre sus manos—. Se nos enseña que Dios no existe, que los ángeles tampoco, que los milagros son inventos de los popes. Dios existe porque hoy se realiza un milagro y vos sois el ángel que lo anuncia. Y su amor y caridad no tienen límites. Premia al más indigno por algún designio que nunca podré descifrar. Beso sus manos señora por esta generosidad y porque es mensajera de esta gracia única. Seré siempre vuestro eterno agradecido.

Yianni no sabía cómo responder. A pesar de su corta edad, entendía también el significado ancestral del instrumento que se convertía en el altar supremo al cual sólo debían y podían tener acceso los músicos más excelsos. Entendía las razones de la confianza pero el violín no era propiedad de la *madame*, era propiedad del pueblo. Otros también tenían derecho. Al pueblo no se le podía privar de sus tesoros.

La *madame* incurría en una gravísima falta. Mientras Aleksandr demostraba por sobre todas las pruebas la lealtad a la madre patria, a su vigencia, a sus metas y objetivos, Chitzieska Khortakov, a pesar de sus nobles motivos, la traicionaba al igual que los pilotos. El violín pertenecía al pueblo y a él tenía

que ir. No podía haber discusión en esa verdad. ¿Cómo podía pedirle que se hiciese cómplice de aquella malhadada aventura?

Aleksandr era el ejemplo vivo de lo que él consideraba era el amor y la entrega por la patria y a su pueblo. Su amigo, su gran y admirado amigo, daba desde lejos una lección que en mucho excedía a la del instrumento que se le ponía en sus manos. Aleksandr representaba la fe, la esperanza en lo que creía, el Estado del proletariado, lo que tanto se le había enseñado y por lo cual se debía dar la vida, no una sino mil veces, si fuera necesario. Aleksandr, por sus virtudes y convicciones, no había caído en el juego ni en la tentación de los traidores, el mayor y el cadete, con quienes equivocadamente llegó a tener afinidad. El deseo de Aleksandr de regresar era un homenaje y una honra a la juventud soviética de la que él era parte.

Pero su padre había aceptado con un sentimiento que lo sorprendió porque claramente superaba lo sensorial. No había en esa aceptación sentido de lo material ni de la posesión. Había sido una auténtica y rara veneración hacia lo que era capaz el ingenio y el arte humanos, cualidades que a diario remachaban las enseñanzas. Había un conflicto y no podía decidir cuál de las verdades en esa incongruencia, la suya, la de su padre o la de la *madame*, debía prevalecer. Sintió la necesidad de aislarse, de estar solo, de meditar.

—No me siento bien —dijo Yianni.

Y tanto el padre como la *madame* entendieron la inesperada retirada de Yianni como una descomposición pasajera. Se debía estar preparado para una emoción tan fuerte y Yianni aún era muy joven para hacer frente a esas emociones.

Luego, después que se alejó la *madame*, cuando Yianni explicó a su padre las razones de su conflicto interno, Gaetano llamó a Mariuska, la madre, y entre los dos le pidieron que contuviera sus dudas, que hiciera la generosidad

solicitada por Chitzieska Khortakov en atención a sus años y a su buena intención y que después del nuevo concurso, en Moscú, retomaran el tema para que actuara según su conciencia.

Gaetano salió compungido de la sesión con Yianni. Era puro en su arte, en su juventud, en sus creencias socialistas pero aún no comprendía la fragilidad. Entendió entonces que llegaba el momento en que le tocaría ser el primero en hacer las advertencias y hasta las grietas iniciales en sus convicciones políticas para que fuese el mismo Yianni y nadie más quien terminara de reafirmar o romper los moldes, cualesquiera que fuesen, si así lo deseaba. Había llegado el momento en que le diría toda la verdad que una vez pensó encontrar viendo sus ojos en la distante Yaroshneva.

Tendría que decirle su pensamiento. Tendría que decirle por qué estaba en Rusia y tendría que decirle por qué con su nacimiento se había reforzado la esclavitud. Tendría que decirle por qué llegaba la hora de reclamar la libertad y la vida.

Le explicaría que no deseaba seguir rastreando la razón de los cambios en su vida forjados con tanta inhumanidad ni deseaba tener como respuesta lo que creía era el trazado de un dios maligno, el dios de la sociedad colectiva en la que los individuos eran ordenados y sometidos como parte del todo.

Su verdad tendría que conocerla directamente Yianni. Ya no sería con fábulas ni con menciones discretas de su Toscana. Gaetano no quería que el colectivo social, que tanto daño le había causado, se interpusiera más. Estaba cansado de combatir al dios de las tinieblas, a Stalin y a Iván Petronovich que aún permanecía vivo en su conciencia. No quería más confusión ni incoherencias ni el permanente torbellino en que vivía y el desconcierto que creaba aquel sistema que se le obligaba a aceptar y a entender.

Yianni tendría que conocer el mensaje y él se lo diría. Luego, porque había libertad, Yianni decidiría si reafirmaba sus creencias políticas que con tanta fuerza le había inculcado el Estado comunista.

Gaetano no tuvo necesidad de producir los mensajes ni las respuestas. Éstas se fueron dando cinco semanas después, cuando Yianni se encontraba de nuevo en Moscú con su madre y su hermana en el departamento que su sobrevenida estatura social demandaba, y el primero que comenzó a suministrar respuestas fue su admirado Aleksandr. Fue en Moscú donde comenzaron a abrirse para él los enigmas a pesar de que Gaetano estaba ausente en Tiflis, entregando a Chitiezka Khortakov, cuya vida se acercaba mansamente al abuelo yerbatero, los secretos, las recomendaciones y las discreciones del capital escondido en la estación de tren de Yaroshneva, y dejaba también en sus manos los arreglos finales de la mudanza.

Aleksandr había regresado del centro de refugiados de las Naciones Unidas en Ginebra donde fue llevado desde Ankara. Allí manifestó abierta y libremente su voluntad de regresar a Rusia. En Moscú, en su breve paso hacia la Academia del Aire en Leningrado, le habló extensamente a Yianni de un tema prohibido, de un tema que la KGB impuso como condición callar para siempre si no quería pasar a ser enemigo de la nueva sociedad. Aleksandr habló con Yianni de las razones de los pilotos, de la búsqueda de la libertad, del mundo de las oportunidades.

Eran cuestiones que Yianni apenas podía comprender. En el Estado comunista no había diferencias, no había odios de clases y las oportunidades estaban abiertas para los que se esforzaban y se sacrificaban por el colectivo. ¿Acaso no era él un ejemplo? Había llegado a las altas posiciones porque había estudiado denodadamente. Ese esfuerzo era reconocido sin condición y por eso se daban todas las oportunidades. Iván Petronovich era la mejor de las

pruebas. Todo lo entregó, hasta su vida misma, por brindar las oportunidades que le llevaron a Tiflis y luego a Moscú.

Pero empezó a tener dudas con las narraciones de Aleksandr. Tenía un pensamiento completamente contrario adquirido con la relampagueante visita a Europa occidental. ¿Por qué esa diferencia con tan pocos años entre ellos y con tan pocos días en el país extraño? No tenía una respuesta y mucho menos cuando le hablaba entusiasmado de lo que vio en Ginebra, Viena y otros lugares de Europa a pesar de los destrozos y las heridas de la guerra.

—¡Es sorprendente! —le decía Aleksandr—. Todo está por edificarse o reconstruirse pero no hay nada que impida hacer lo que quieres. No existen tarjetas de racionamiento, puedes viajar libremente, puedes vivir y trabajar donde quieras. Es otro mundo Yianni. ¡Tienes que verlo para comprobarlo!

—¿Entonces por qué regresaste? —preguntó molesto el joven músico—. Si tanto te agradó te has debido quedar.

—Aún no soy de ese mundo.

—¡Eres un hipócrita! —le recriminó—. Vienes por lo que recibirás. Nada más.

—¿Qué tiene de malo? —contestó Aleksandr. Certo, había regresado porque en ningún otro lugar podía concurrir a la Academia del Aire para hacerse piloto de aviación pero también porque temía por las consecuencias al abuelo. Además, estaba Mariuska.

—Lo importante —concluyó—, no es lo que me dan o me piden allá o aquí. Lo importante fue la libertad de mi escogencia. Yo elegí por mi libre voluntad, por las razones que fuesen. Nadie me lo impuso ni nadie me lo impidió.

—Igual quiere decir —continuó Yianni—, que si luego te conviene huir a Occidente harías como los pilotos.

—Sí, mil veces sí —contestó enfático—. No tengo recelos en reconocerlo pero de nuevo volvemos a lo mismo. ¿Por qué se me ha de prohibir buscar una mejor vida en otro lugar? ¿Por qué no debo expresar públicamente lo que sólo me atrevo a expresar privadamente a ti porque sé que no me traicionarás?

Las respuestas a esas preguntas se quedaron flotando en la mente de Yianni. Existía un mundo que él desconocía y que no era ciertamente el mundo que la Komsomol le hacía repetir a diario, y el contacto que mantuvo con los dos jóvenes italianos que competirían con él en el concurso lo confirmaba.

Los italianos, uno violinista como él y el otro chelista, escasamente un año mayor, tenían una actitud diferente ante la vida determinada por un raro sentido de apertura que Yianni desconocía. La forma de hablar, de expresar, de opinar, se encuadraba dentro de un molde que le era totalmente irreconocible. Sin quererlo comenzó a envidiar la actitud libre y desembarazada con la que circulaban en el Bolshoi protestando sin reserva por las limitaciones que les imponían, algo que él nunca se atrevía a hacer. Reían a carcajadas cuando se dirigían a casi todos los mayores con el nombre genérico de *nelzya*, no se permite, porque sabían que con ello los desconcertaban. Sabían que cualquier cosa que dijeran o pidieran les iba a ser contestada con esa imposición.

—¡*Nelzya, nelzya!*, ¡no se permite, no se permite! —protestaban y entonces reían.

Se asombraba también de cómo rompían rápidamente la distancia reverencial con los mayores. En poco tiempo hicieron amistad con muchos de los músicos de la orquesta pero lo más sorprendente era la forma en la que habían establecido una envidiable comunicación con el director titular a quien se le consideraba un venerable maestro, el del permanente mal humor

en los ensayos, al que sólo se le podía dirigir la palabra bajo su propia iniciativa, si él lo permitía previamente.

También le encantaba cómo mantenían trato con los padres italianos. En un momento discutían acaloradamente y en el otro reían de la forma más deshinibida. A Yianni mismo lo hacían parte de aquel mundo extraño por el cálido cariño que sin reserva le manifestaban. —*Sei bellissimo caro mio*, eres bello querido mío —le decía la madre de los hermanos gemelos italianos cuando le acariciaba el rostro a Yianni—. *Sei proprio be-*

llo, eres realmente bello. *Tu sembri italiano*, pareces italiano. *¿Lo sai?*, ¿lo sabes?

Y Mariuska, la hija, encontraba también el encanto del contacto con los jóvenes italianos. A pesar de las barreras del idioma se entendía con las risas y con los gestos. Y fue ese contacto una razón más para no aceptar la apasionada propuesta de matrimonio de Aleksandr a pesar de que el amor y el deseo la consumían.

Los italianos la hicieron reconocer lo que su madre le advertía insistentemente. Había un mundo que estaba muy distante al mundo de Tiflis, Moscú, Leningrado y de las frías barracas militares. Debía esperar. Casarse con Aleksandr en ese momento significaba renunciar a la promesa de ese mundo que se le prometía como parte del cuerpo joven más selecto y aventajado de

ballerinas del Bolshoi.

Yianni ansiaba conversar sobre aquellas cosas que descubría con los italianos pero, salvo su madre o su padre que aún no regresaba, no tenía con quien. Se le sometía a un régimen de adoctrinamiento severo para reafirmarle ideas contrarias a las que marcó Aleksandr. La reafirmación diaria e incondicional a la madre patria, al partido y la entrega absoluta a una visión cerrada de la

dogmática comunista más obstinada era la única respuesta que existía para los teóricos del partido, pero él no era un teórico del partido.

Eran charlas que lo agotaban, que le restaban tiempo de preparación para las nuevas competencias y que le sembraban dudas cada vez más profundas. Las inacabables e insulsas peroratas de la Komsomol demostraban inseguridad y cometían el error de querer hacer política con el arte atándolo con mordazas a los esquemas rígidos del partido.

—¿Por qué te vistes tan raro? ¿Tu hermana alguna vez ha estado con la moda, ha usado pantalones, ha hecho el amor? —le preguntaban a menudo los jóvenes competidores italianos—. ¿Por qué no podemos reunirnos contigo durante el día? ¿Adónde vas a divertirte los viernes y los sábados por la noche?

—No sé qué contestar —se quejaba Yianni ante su madre—. Les he dado las respuestas que me enseña la Komsomol pero se ríen, me preguntan si estoy bien de la cabeza.

—Hijo, encontrarás muchas situaciones como éstas. Sólo puedes hacer y decir lo que te enseñan. Además, son preguntas vacías. ¿No te das cuenta? No importa que se ríen. Son ellos los cabeza hueca.

—No madre, para mí no lo son —insistía Yianni—. Algo no funciona bien pero no sé qué puede ser. Comenzaban finalmente a soplar en él vientos de cambio.

Y esas dudas lo llevaban a evitar a los italianos y a la madre italiana cariñosa que hacía esfuerzos por encontrarlo y acariciar su pelo.

Una tarde, cuando el sol de verano estaba aún alto a pesar de ser las veinte horas, se acercó Yianni a Mariuska, la hermana, y la invitó a caminar.

—¿Me vas a confesar por fin lo que me desvelo por saber? —le preguntó pícaramente la hermana.

—¿A qué te refieres?

—No lo puedes ocultar mi dulce violinista —insistió Mariuska remedando a la *madame*—. ¡Estáis enamorado y me lo contaréis todo! ¿No es cierto?

—¡Qué cosas dices! Además, si lo estuviera jamás te lo confesaría. Mucho me cuesta hacer amistad con tus amigas del ballet para que vociferes mis amores e inhibas mis emociones. Quiero tomar aire y hablar de otras cosas.

Y por la caminería que bordeaba el río Yianni buscaba entrar en el tema político con todo el recato posible para no comprometerla.

—Quizás seas tú la que debes hablar de amoríos —dijo para iniciar el diálogo en alguna parte—. No te es fácil ocultar tu entusiasmo por el italiano.

—Soy y seré fiel a Aleksandr.

—¿Entonces por qué hablan tanto? Nunca te veo con los polacos, los húngaros o los búlgaros.

—¿Hablar? —le interrumpió la hermana—. Te olvidas de que hablamos idiomas diferentes. Él me enseña italiano y yo el ruso. Es todo.

—¿Y para esas enseñanzas debéis sonreír tanto?

—preguntó Yianni.

—A falta de palabras, buenas son sonrisas.

Mariuska, en efecto, se sentía a gusto con los italianos, sobre todo con el chelista, al que ella apodó Liano por la confusión que hubo en la presentación. Ella le preguntó en ruso su nombre y el entendió que se refería a su origen.

—*Sonno italiano* —le contestó el joven pero ella sólo captó las últimas dos sílabas.

—¿En verdad deseas hablarme sobre Liano? —le preguntó interesada Mariuska.

—No. Quería simplemente hablar. Quería salir de la casa y hablar de Moscú, el verano, el Bolshoi, Aleksandr. Cualquier cosa.

Pero Yianni pronto entendió que con Mariuska no había en ese momento oportunidad de tratar temas que la apartaran del mundo de ilusiones y de realidades que vivía. El Bolshoi, el gran teatro, ocupaba todo el mundo de su hermana.

Aquella inmensidad la llenaba totalmente. No había cabida para otro pensamiento ni peroratas como las de adoctrinamiento a las que estaban obligadas a asistir todas las del cuerpo de baile, especialmente las muy jóvenes durante dos horas todas las mañanas.

Si Liano tenía cabida en ella era porque aportaba ideas nuevas, refrescantes y porque también formaba parte del Bolshoi al participar en el concurso y no por ninguna otra razón. Lo conoció en el teatro, lo veía en el teatro y, en cierta forma, era un producto de la novedad del teatro, pero nada más. La rusa, como la llamaba Liano, era para él muy diferente. El sentimiento que comenzaba a sentir por Mariuska escapaba de los simples escauceos amorosos que mucho había tenido en su tierra.

—*Senza pari, máma, senza pari*, sin par, mamá, sin par —le decía Liano a la madre con el rostro iluminado. Claramente tenía un talento muy especial que la destacaba y la hacía increíblemente graciosa y hábil para el baile. Era, además, muy bella. Pero era también diferente porque Mariuska mostraba hacia él una indiferencia sentimental a la cual no estaba acostumbrado. Ciertamente, Liano era bien parecido, muy desenvuelto y lo adornaba un aire de

renovación que hacía suspirar a muchas de las bailarinas pero Mariuska sentía más el peso del teatro que cualquiera de esos atractivos de juventud y no tenía reservas en reconocerlo.

Además, como músico, Liano era aventajado pero ya se reconocía que ni él ni los representantes de los otros países europeos que competirían estaban a la altura de Yianni y la razón se entendía. Aun cuando eran jóvenes de edades semejantes, Yianni tuvo el beneficio de no haber sentido casi los efectos de la guerra mientras que los demás sí. Durante el conflicto, muchos de los competidores escasamente pudieron practicar o adelantar en las clases por largas temporadas.

Los italianos hablan mucho de vos. Te admiran. Dicen que eres un genio —dijo Mariuska mientras caminaban a paso lento. Yianni sonreía. Le agradaba el paseo y la conversación con la hermana. Le agradaba estar sin presiones para gozar de su compañía, de la brisa fresca que les llegaba del río y les atemperaba el calor del día. Respiró hondo. Nunca se había detenido a pensar en la tranquilidad de las aguas y en la libertad de su curso. La tranquilidad del movimiento la unió también a la libertad de ese curso.

Igual sintió con la brisa. Era libre y había un encanto especial en esa libertad. Sentía un despertar al inhalar el vaho del río y al caminar por los paseos de las orillas. Pensó por primera vez en las riberas del Sena, del Támesis y del Tíber. Pensó en París, Londres y Roma. ¿Cómo sería caminar por sus parques y calles? Se preguntó si soplaría también en verano la brisa fresca del lago Lemán sobre Ginebra. Por primera vez pensó en Ginebra. ¿Sería alcanzable algún día?

El mismo día que Gaetano regresó a Moscú se recibió una curiosa noticia. Se cambiaban los términos del concurso por una razón que las delegaciones

extranjeras decían era evidente. Yianni estaba muy por encima de los concursantes y no tenían ninguna reserva en reconocerlo. Se alegraban de que Yianni hubiera podido estar alejado de las amarguras de la guerra pero esa fortuna creaba una desigualdad que a nadie favorecía, ni siquiera al mismo Yianni.

Se pensó entonces en cambiar para aprovechar la presencia de los visitantes a fin de hacer un festival que no sólo sirviera para echar las bases de futuros festivales sino para estimular el vivo intercambio de la música autóctona de cada país. Con ese canje se integraría también el plantel de las noveles bailarinas del Bolshoi para desarrollar coreografías con las danzas típicas.

La aceptación fue general. Había un beneficio colectivo indudable y ese aspecto no era cuestionado pero Yianni levantó objeciones inesperadas.

Su queja residía en el simple hecho de que ansiaba competir y lograr los contendientes adecuados era responsabilidad de los organizadores. Se me enseñó a competir. Se me enseñó a ser el primero, a poner el nombre de la madre tierra en alto. Quiero competir. Debéis buscar la manera.

Era un argumento irrefutable pero los organizadores lo veían de otra manera. El segundo concurso de Moscú estuvo bien intencionado. Se trataba de aprovechar las circunstancias del momento y las experiencias obtenidas en el concurso de mayo. Si resultaba un fracaso no sería por otra razón que por lo apresurado. Con un poco más de tiempo quizás se hubiesen logrado mejores competidores pero, aun así, los concursantes estaban respaldados por muy altas calificaciones. El problema no estaba en ellos, el problema era Yianni que simplemente era muy superior.

Pero los organizadores entendieron también que Yianni levantaba la bandera del error, el pecado que no perdonaba la planificación central. Se quiso aprovechar la organización del concurso de mayo y eso estuvo bien pero

ignoró que las heridas frescas de la guerra aún no cicatrizaban. Europa pensaba en su reconstrucción, no en concursos musicales, una preocupación evidente que sin embargo no fue capaz de ser advertida por la cerrada visión de esos organizadores.

La intención de Yianni no era acusar ni avergonzar. Lo motivaban nuevos laureles pero también los quería para su país que aún lo llamaba con una fuerza irresistible. Compartía sin reserva la tesis central de la Komsomol. Representaba una imagen de la nueva sociedad rusa, el triunfo de la mística y del trabajo, y sentía que era una obligación divulgar esa imagen. Sin embargo, entraban en él dos elementos muy subjetivos que definían claramente el cambio que lo transformaban en lo artístico y en lo ideológico.

No sentía atracción por compartir escenarios con músicos de menores calificaciones que las suyas. Había logrado una estatura que lo ubicaba en un lugar diferente y distante donde sólo debían concurrir los que eran también muy destacados. Luego, en lo más profundo de su ser, él mismo quería palpar las diferencias que Aleksandr, los italianos y sus propias observaciones le hacían notar. Quería saber si pecaba contra sus creencias políticas cuando buscaba la tentación que Aleksandr significaba.

No quería el fantasma de la herejía al sistema pero tampoco tener miedo de un enfrentamiento a otras verdades. Quería la comprobación y quería perder el miedo. Quería viajar, quería conocer, quería saciar la curiosidad que en él se despertaba. ¿Cómo eran en verdad otros países, cómo eran sus niveles artísticos, cuáles eran las nuevas tendencias, cómo se divertían sus adolescentes? ¿Hacían por caso tan prontamente el amor?

Con esas respuestas ansiaba descubrir si las promesas de un mañana mejor del socialismo, sin naciones ni clases, estaban bien enrumadas para lograr el paraíso terrenal prometido o, si por el contrario, había deformaciones en las

políticas que traicionaban el ideal socialista, el nuevo sistema de vida donde prevalecía la justicia social en un régimen de libertades.

Comenzaba a anhelar vivamente la contemporaneidad con otros lugares, las reflexiones y los descubrimientos que inquietaban a las nuevas generaciones en Europa. Las palabras de Aleksandr le venían una y otra vez a la mente.

—¡Es sorprendente! Todo está por edificarse o reconstruirse pero no hay nada que impida hacer lo que quieres. No existen tarjetas de racionamiento, puedes viajar libremente, puedes vivir y trabajar donde quieras. Es otro mundo Yianni. ¡Tienes que verlo para comprobarlo!

Y allí, de nuevo, se avivaba su curiosidad. ¿Qué se edificaba? ¿Cómo era un mundo sin tarjetas de racionamiento donde se podía viajar libremente y vivir y trabajar donde se quisiera? Sentía que algo andaba mal en su país. Parecía existir un decadente idealismo de sociedad igualitaria pero que, sin embargo, algunos tenían como mesiánico. Las dudas resultaban cada vez mayores.

Por eso, cuando se recibió a través de la Secretaría de Cultura la invitación para concurrir a la representación diplomática italiana para asistir el sábado por la tarde a un té en la dacha de Uspenskoye, Yianni presintió que allí se iniciaba el camino para conocer ese mundo que la Komsomol le ocultaba. Le sorprendió sin embargo la negativa de su padre de asistir. Le resultaba totalmente incomprensible.

—La invitación no es para mí, es para vos. Sois el único elegido.

—Padre —le replicaba Yianni—, la invitación es para todos, para la familia. Nos quieren conocer como familia.

—No, no, no —insistió Gaetano sin ocultar su molestia. La idea del contacto con algo que pudiera ser tan italiano le horrorizaba. Había dejado de ser italiano muchos años atrás. Ahora era ruso y solamente ruso. No estaba para

sufrir de nuevo el dolor de las viejas y sangrantes heridas—. Es una simple cortesía. La invitación es sólo para vos. ¿Qué interés pueden tener en mí?

Pero la invitación era ciertamente para todos. La representación diplomática estaba bien informada del talento artístico de toda la familia, no sólo del de Yianni. El jefe de la misión estuvo presente en el momento del delirio cuando Gaetano se presentó como solista el día de la premiación durante el concurso de mayo.

Tenía además conocimiento por los jóvenes concursantes italianos de las facultades únicas de la hermana como baletista y se le había informado que su madre era también una destacada bailarina concentrada en dar clases a las nuevas generaciones. Mientras Rusia también guerreaba y vencía a los alemanes, la preocupación artística, cuando y donde se podía, no fue abandonada. Resultaba un caso único que bien valdría la pena hacer conocer en Italia y en el resto de Europa. El funcionario de la Secretaría de Cultura adoptó una posición decidida y hostil frente a Gaetano cuando conoció su decisión de no asistir.

Tiflis, la capital

—Camarada Naslishvili —le dijo el funcionario en el hogar de Gaetano después de oír sus argumentos—. Usted con su actitud cuestiona los fines del Estado y además lo avergüenza rechazando la invitación diplomática.

Gaetano sabía muy bien el significado de ese lenguaje. Era el lenguaje de la imposición pero más lo era del terror y sus consecuencias. Estaba muy claro. Los padres respondían por los hijos y los hijos por los padres. Su negativa a asistir sería cobrada con creces. Yianni había llegado a una estatura que lo hacía intocable pero ése no era el caso de la hija. Logró vencer mucha oposición para llegar a una condición de primacía y preeminencia que la colocaba a sólo un pequeño peldaño de la solista de su edad.

Cualquier paso mal dado por él o por la hija dentro o fuera del gracioso escenario del Bolshoi la sacaría de esa posición y así como fue de meteórico su ascenso, así sería de estrepitosa su caída. Me sentía muy indispuerto camarada. Le ruego me disculpe. Ya estoy bien. Asistiré —fueron las palabras de aceptación de Gaetano

Capítulo 3: Kiev

Gaetano había guardado silencio durante toda la reunión. En ese momento, las palabras no eran mejores que su mudez pero la virtud del silencio no estaba realmente en no hablar, sino en saber callar a su tiempo. Sin embargo, el temor que poco a poco se apoderaba de él le decía que el tiempo de hablar se aproximaba.

La dirigencia del partido le comunicaba oficialmente que se había resuelto enviar a Moscú a sus dos hijos, Yianni y Mariuska, para optar a la honrosa representación cultural de la Unión Soviética en el extranjero según los nuevos trazados políticos. Se trataba de competir con muchos otros aspirantes de las otras repúblicas soviéticas para escoger a la reducida pero muy selecta representación cultural. De triunfar, no sólo sería la genuina representación ante el mundo de la nueva sociedad comunista sino que se aseguraba el ingreso en una clase única dentro de la jerarquía social soviética, con todas las ilimitadas prebendas.

—¿Desea aportar algún comentario camarada

Naslishvili? —le preguntó el Secretario Seccional de Cultura.

—Es una decisión acertada. Mi hijo es capaz de vencer en todas las pruebas. Despertará sentimientos de admiración para nuestra madre patria en las más exigentes esferas —contestó Gaetano sin vacilación, consciente de que la

decisión del partido no le pedía ni autorización ni opinión como padre que era sino como miembro del equipo docente de Yianni.

—Pero no piensa igual de su hija. —No camarada.

Las razones de Gaetano, las que hizo saber decididamente, eran bien conocidas. Mariuska había alcanzado adelantos significativos pero competiría en un mundo de una altísima calidad donde encontraría contendores de mayor edad y de una escuela con la que no estaba familiarizada.

Pero los del partido no pensaban igual.

—Está muy bien capacitada. Esa misma capacitación y su corta edad las vemos como motivo de mucho peso que más bien aconseja su participación en lugar de convertirse en una causa de objeción —le decía el mismo Secretario de Cultura. Sin duda —interrumpía Gaetano— pero no puedo olvidarme de que carga con la grave responsabilidad de hacer el mejor de los papeles en representación de nuestra amada república.

No tengo aprensión en señalar que su talento desbordará y levantará los más encendidos elogios pero esas virtudes solas no son suficientes. Buscamos lo superior. Habrá otras representantes que le llevarán años de vida y de experiencia en un estilo que no es el suyo. No competirá en igualdad de condiciones.

Eran razones muy válidas. No se podía olvidar, en efecto, que se buscaba lo óptimo, lo mejor de lo mejor. Aun así, los miembros del partido confiaban en que en ella se resumían todos los atributos para triunfar. —¿No piensa Ud. igual Chitzieska Khortakov?

La *madame* pasaba a ser el árbitro final pero ella misma encontraba serias dificultades para su veredicto. La tierna edad de Mariuska era ciertamente una grave limitación porque aún no le permitía la expresión necesaria para

una competencia tan exigente. Tendría que rivalizar con una renombrada calidad en un ambiente, el del Teatro Bolshoi que, por tradición, reunía a lo más selecto, lo más moderno de la coreografía y con demandas técnicas que definían una estatura en extremo elevada.

En contraste, pensaba que seguramente no se encontrarían con jóvenes de corta edad tan talentosas como la pequeña Mariuska. Los sorprendentes logros claramente compensarían cualquier deficiencia de experiencia por falta de edad que, por lo demás, ni era mucha ni tan evidente. Estaba segura de que encantaría por su gracia, su técnica y su vocación que acrecentaban sus escasos años pero tenía una gravísima duda.

La misma limitación de la edad se convertía ciertamente en una extraordinaria ventaja pero sólo si se suavizaba el rigor técnico y artístico en beneficio de la imagen política internacional que se buscaba, pero no creía que ese sería el criterio de los jueces. Debemos decidir —la presionaba el Secretario de Cultura. ¿Cómo razonar y sentir al mismo tiempo? se preguntaba la *madame* pensando en su afecto innato por Mariuska. En ese caso, eran el sentimiento y el pensamiento en conflicto, un ciego queriendo guiar a un vidente.

—¡Mi padre no me hace justicia! —había protestado ante ella Mariuska—. ¡Cómo me alegra que seáis vos la que al final decidiréis en mi beneficio! Triunfaré en Moscú —le aseguraba a Chitzieska Khortakov con los ojos llenos de un brillo muy diferente que le daban los sueños de los escenarios grandiosos de las principales capitales europeas.

No se trataba de un sueño. Era una posibilidad real y, sin embargo, la *madame* tenía dudas. Pesaba mucho su temor por la falta de experiencia y la necesidad de algunos años más de estudio. Ese sentimiento profundamente

afectivo la inclinaba a aceptar pero su pensamiento, su razón, la hacían detenerse. Estaba obligada a pensar con la razón, no con el corazón. Se le causaría un perjuicio muy grave a Mariuska si al final resultaban otras las triunfadoras.

—Camarada, debemos decidir —la presionaba de nuevo el Secretario de Cultura ante el prolongado silencio de la *madame*. Estaba en un callejón sin salida. La decisión era una sola.

—Me inclino por la posición del camarada

Naslishvili —dijo resignada, con la mirada en el piso.

La decisión de la *madame* había aliviado en cierta forma a Gaetano pero la rebeldía de la adolescente como reacción por esa negativa sólo pasó en ese momento por la mente de Gaetano, al igual que sólo pasó por su mente el problema real que suponía el voto favorable para Yianni. En el hijo había sin duda más aplomo y se sentiría menos afectado por los triunfos y las candilejas pero, paradójicamente, esa misma sobriedad de juicio le haría razonar a tono y en sintonía con el sistema que los oprimía a pesar del empeño disimulado de Gaetano para neutralizar el adoctrinamiento comunista que en el hijo echaba raíces.

Yianni respondía mansamente a las enseñanzas de Vasily que a diario recibía y Gaetano muy poco podía hacer para evitarlo. Insistía en las citas de Florencia, Siena, Pisa, Viareggio, Livorno, Leonardo da Vinci, Galileo, Giotto, Dante, Petrarca y Miguel Ángel porque allí, veladamente, estaban las ideas de libertad que como padre se sentía obligado a transmitir pero tenía que ser muy cuidadoso. La oposición abierta a Vasily significaría arrebatarlo de su hogar, negarle al refugio que le brindaba, el hilo flaco y frágil del que pendía su contacto con el hijo y el sueño con un mundo de libertades. Significaba también quitarle la protección contra un ambiente donde abundaba gente

que parecía estar en la búsqueda eterna de dueños, como lo estaban los perros.

Y Yianni no podía tener dueño. Se pertenecía a sí mismo, a la música sublime y al mundo que lo acogería como una estrella única, la estrella que ya comenzaba a brillar con luz propia y poderosa. Por eso Gaetano había encaminado todos sus actos para convertirse en un permanente compañero hasta que Yianni pudiera reconocer, en un ambiente de plena libertad, su propia realidad.

Padre e hijo efectuaban juntos los ejercicios y los estudios y con ello Gaetano lograba aislarlo de la influencia de Vasily. Mientras más tiempo pasaban juntos menos tiempo estaba el hijo al lado de Vasily. Además, musicalmente habían estructurado un equipo que ya era reconocido por su habilidad de adaptar muchos trabajos para la sola ejecución de violín y viola. Los logros espectaculares de Yianni hicieron converger instintivamente sobre el padre una silente pero sentida aprobación a su labor y al equipo que formaba con su hijo.

—Encontraré en Moscú profesores que me suplantarán. No se notará diferencia —advirtió Gaetano ante los elogios y la inminencia de la separación.

—Sin duda —acotó Chitzieska Khortakov— pero si se ha de tomar vuestro trabajo como parte de la prueba en Moscú deberá entonces promediar un buen tiempo de preparación con los otros profesores. Es imperativo por tanto que el niño viaje cuanto antes.

Y ese comentario sirvió para que se perfilara una idea mejor, la misma que Gaetano dejó flotando en el ambiente. Sabía que se trataba de una remota, casi impensable oportunidad pero la vida le había enseñado a atreverse a emprender cualquier hazaña y a terminarla. Tan sólo le bastaba poner todo

su entusiasmo porque lo respaldaba él, un hombre fuerte y decidido, que vivía como si nunca hubiese de morir.

—¿Por qué correr el riesgo de relacionarse con profesores sustitutos? —se preguntaban los jefes del partido presentes en la reunión— ¿Acaso no puede ser el mismo camarada Naslishvili el agente de apoyo en Moscú? ¿Quién mejor que él que ha logrado con su hijo la armoniosa complementación que funciona como un delicado mecanismo minúsculo de reloj?

Era una conclusión que resolvía un grave problema. La ocasión para el concurso se acercaba aceleradamente y en no más de cuatro semanas debían adecuar sus actividades, viajar y aclimatarse al nuevo ambiente. La mejor y la más conveniente de las soluciones era, sin duda, que el dúo no se desintegrara, que el equipo permaneciese firme. Sería absurdo perder la experiencia que se había logrado entre el padre y el hijo, una ventaja que reforzaría inmensamente las posibilidades de triunfo.

Además, había en todo ello una hermosa paradoja que los jefes del partido fueron prestos en señalar. El camarada Naslishvili no había nacido en Rusia pero la revolución lo había hecho ruso, de cuerpo y de corazón, un logro que se debía resaltar también como un producto de la nueva sociedad soviética. Era un hombre llegado de tierras lejanas que se había integrado sin condición, dejando como herencia a dos ciudadanos que serían ejemplos en el mundo. Era un motivo adicional para alardear ante las naciones de lo que era capaz el sistema y de sus buenos resultados.

El partido se alegraba con aquellas apreciaciones y Gaetano también, pero por razones diferentes. Gaetano se regocijaba con el triunfo de su estrategia. Viajaría a Moscú con su hijo, lo ayudaría, lo apoyaría, lo haría triunfar y,

mientras tanto, Toscana y la libertad nunca dejarían de estar sigilosamente presentes.

La reacción de Mariuska, la hija, ante la decisión de no concursar en Moscú fue como la esperaba Gaetano aun cuando no tan vehemente. Por primera vez brotaron lágrimas pero no eran de sentimientos dulces sino de ira. Chitzieska Khortakov, al igual que Nina o Vasily, se encontraban impotentes para controlar los arranques, tan inesperados como virulentos.

Gaetano, por el contrario, no hacía esfuerzos mayores para calmarla. Cierto que lo acusaba como el motor principal de la decisión pero lo tranquilizaba saber que también culpaba a los del partido. Con ello, a pesar de la aguda recriminación que debía soportar el padre, se reforzaba el camino de independencia que él le había trazado.

—No bailaré más, nunca más —decía la hija al término de sus acusaciones y se largaba a la calle y al parque donde podía estar a solas y ausente de su odiado hogar.

—Permitamos que se desahogue —advirtió Gaetano a su mujer.

Pero la madre se intranquilizaba. Sabía que la cólera, especialmente en una mujer, adolescente por lo demás, nunca prometía buen fin a sus ímpetus.

—Sólo debemos permanecer muy alertas. No hay que olvidar nunca lo que dice una persona airada —le rebatió el marido—. La ira es una locura de corta duración y su remedio es la dilación. Permitidle el desahogo. De esta forma no habrá ira represada que engendre odio —porfiaba el padre.

Pero la madre insistía en su desacuerdo.

—No está bien que se muestre airado quien pocas fuerzas tiene. La ira nubla la mente.

Y Dimitry, el nieto del yerbatero, entendía claramente la perturbación de la madre pero de una manera diferente. Ya sus experiencias mundanas obtenidas en las perreras le decían que en Mariuska no había ira sino flaqueza, la que se podía fácilmente quebrar o plegar. La madre estaría por quebrar esa flaqueza para retomarla pero él la aprovecharía para plegarla.

—No es correcto que te dejes privar de lo tuyo —le dijo en el parque. Recordaba casi a la letra las mismas palabras que ella le pronunció cuando se dejó arrebatarse el cachorro.

Eran esos los dardos que hacían las veces del peor de los agujones en Mariuska y su expresión casi infantil no la ocultaba. La decisión la obligaba a permanecer en un mundo que ahora la sofocaba. A su corta edad, le parecía que ya nada tenía salida, ni sentido ni propósito. El mundo se le había convertido de repente en una poquedad y en una nebulosa que no señalaban ningún camino y que levantaban pesadas dudas a las que no podía responder. ¿De qué valió todo el esfuerzo y las horas interminables entregadas a los ejercicios y al baile?

Pero aun en la cargante oscuridad en que se creía encontrar, vio en Dimitry alguna respuesta y claridad. ¿Qué hacía que el rostro de un amigo fuese tan iluminado?

—No lo entenderías —le contestó Dimitry para tentar su vanidad.

Sí, por supuesto que sí lo entendería, le aseguró con la misma vehemencia como había demostrado días atrás su ira.

Y entonces Dimitry le explicó pero el final lo reservaba para crearle intranquilidad.

—Son dos mundos diferentes. No debes insistir. Tú misma me lo dijisteis y tenías razón. Yo no pude entender ni los clásicos ni sus enseñanzas, ni la

búsqueda de la perfección del movimiento humano. Donde yo voy esas cosas no tienen valor.

—Estuve equivocada —le contestó Mariuska con la mirada hacia el suelo y con la esperanza de la solución que encerraba Dimitry.

—Te precipitas. ¿Acaso podrás aceptar un mundo que tiene por sustento las ratas? —le preguntó sin rodeos y con una buena dosis de sarcasmo.

Hombres o ratas. En el mundo de Dimitry, ¿dónde estaba la diferencia? A Mariuska, en ese momento, no le importaba.

—Sí, lo acepto y lo aceptaré —dijo con una convicción que ya no reflejaba las huellas de la ira sino el cambio que se le prometía.

—Debes abandonar lo que haces —le dijo Dimitry con un marcado énfasis en el tono de voz. Hablaba como el que despreciaba la integridad, como un mundano que veía trapacerías en las cualidades de superior calidad.

—Sí, lo haré, lo haré. Estoy decidida —le reafirmó Mariuska con la fuerza de quien se siente desesperada. Su candor ya no tenía miedo de acción alguna, de miradas o de habladurías.

Dimitry sonrió. Recordaba su juramento la noche en que recibió la carta de Mariuska. Se despejaba rápidamente el camino donde él sería el príncipe y ella la infanta, el camino en que derrotaría al conservatorio.

—Necesito una prueba de tu decisión —previno el adolescente convertido en negociante de sentimientos y oportunidades.

La demanda sorprendió a Mariuska. ¿Qué tipo de demostración se le pedía? ¿Acaso no reflejaba su voz las aflicciones cristalinas que llevaba por dentro?

—No es suficiente —sentenció Dimitry.

Para el joven, el propósito se debía sellar de otra manera porque si no se ataba estrechamente en esos momentos de debilidad se corría el riesgo de que se quebrara.

—Buba, ¿por qué me examinas? ¿Qué tipo de confirmación te puedo ofrecer? —le pedía desesperada Mariuska en su inocencia e incertidumbre. Su palabra siempre había sido el sello de su acción. ¿Por qué no tenía valor para él?

—Porque he hecho un juramento —le confesó Dimitry reflejando sentimientos apegados al oro que ya acumulaba.

—Háblame del juramento —le pidió Mariuska—.

¿Soy parte de él?

Era el momento de la revelación.

—He jurado entregar mi vida a ti.

—¿Para siempre? —preguntó Mariuska con un renovado destello infantil en los ojos.

—Sí, para siempre —confirmó Dimitry.

Ya la ira y el desconcierto que tanto se habían adueñado del rostro de Mariuska estaban por completo desaparecidos. En su lugar, estaba la incandescencia con la cual Dimitry había iluminado su oscuridad.

—Me pides una prueba. Es justo entonces que también yo lo haga. ¿Cómo sé que te entregarás para siempre?

Dimitry fue sorprendido. Momentos antes llevaba la iniciativa, ahora lo acorralaban pero aceptó el reto.

—Te la daré pero debe ser de noche, sin más testigos que las estrellas.

Mariuska sintió la misma sensación de cosquilleo por la piel que sintió cuando Aleksandr la conminó a escoger la cabalgura.

—¿Por qué de noche?

—¿Te atemoriza? —era Dimitry quien tomaba la iniciativa.

Un miedo vigilante y previsor es madre de la seguridad, le había dicho muchas veces su padre pero también le había enseñado que siempre se ha de conservar el temor, mas nunca debía mostrarse.

—No me refrena el miedo —contestó Mariuska.

—¿Entonces por qué dudas? —reclamó Dimitry. Sabía por instinto que de la duda a la negación había apenas un paso.

Mariuska sintió de nuevo el cosquilleo en la piel. La idea del encuentro nocturno, a solas, la atraía, la impulsaba. ¿Qué prueba recibiría a la luz de las estrellas? ¿Qué tendría ella que dar a cambio? La tentación a lo desconocido, que también resultaba bálsamo para sus angustias, la incitaba. El encuentro se convino para las once de la noche al pie de las escaleras que descansaban en el jardín, al lado del herbario.

A la hora acordada, Dimitry descendió las escaleras y, debajo de ellas, en la penumbra, ya se encontraba Mariuska. Vestía pantalones holgados, un abrigo largo que la resguardaba de la frescura penetrante de la noche y un gorro de lana que le recubría gran parte de la cabellera amarilla. Una tímida luz de una bombilla eléctrica del herbario apenas iluminaba su rostro yerto por el frío y oscurecía casi a negro el vivo color verde de sus ojos.

La poca luz también escondía su semblante que se debatía entre la razón y el ímpetu, entre sus pensamientos y la sospecha de lo desconocido, entre la rebeldía y la conversación que minutos antes había sostenido con sus padres. A pesar de la indocilidad que la impulsaba le comunicó abiertamente a sus

progenitores su conversación con Dimitry esa tarde y la cita de la noche. Fue una comunicación natural, despejada, tan espontánea como siempre la había mantenido.

Estaba educada para no guardar secretos, para no actuar solapadamente y la experiencia le había demostrado que ese y ningún otro era el mejor camino. Mi querida *bambola* —le había dicho su padre después de escuchar con atención el relato de su hija—. Sé muy bien la decepción que te causó mi negativa de apoyar tu participación en el concurso de Moscú pero nuevamente pido tu confianza. Te pido que me creas. Las oportunidades no se cierran.

De haber sido así, hubiese defendido tu participación con todas las fuerzas de mi corazón pero aunque te parezca un desatino, por mi negativa tienes ahora tantas alternativas que ni tú misma sabrás cómo sortearlas. Sin embargo, esas metas se lograrán sólo si permanecemos unidos.

—Después de esta oportunidad no queda otra —le rebatió la hija.

—Tengo que reclamar tu confianza —le contestó el padre pacientemente—. Esas metas existen. Por ahora no te atrevas a soñarlas y no me preguntes cuáles son. Debes tener fe y debemos defendernos y apoyarnos. Si tú y Yianni hubiesen ido a Moscú puedes dar por bien seguro que el fin de nuestra unión hubiese llegado. Ahora no. Ahora estaré al lado de Yianni y tu madre a tu lado. Yianni triunfará pero regresará porque yo haré que regrese.

Ese regreso, querida mía, no será para llevar una vida que sé ya te aburre. Será un refuerzo único que logrará en mucho menos tiempo las metas que yo mismo no me permito despertar en tu imaginación. Esfuérzate todavía más a la espera de nuestro regreso. De allí al mundo que aspiro para ti será una distancia muy corta. Pongo todo mi empeño para hacer de mis palabras una realidad, pero debes creer en tu madre y en mí.

—Te he traído la prueba —le dijo Dimitry cuando llegó al descanso de la escalera. Dimitry llevaba una valija de cuero, cubierta de sucio. La mantenía oculta bajo tierra en algún lugar apartado.

Al llegar al lado de Mariuska la abrió. La poca luz apenas podía descubrir su contenido. Se trataba de papel moneda, gran cantidad de joyas sueltas, dientes y monturas de lentes de oro y dos figuras medianas, de mesa, también de oro macizo, que servían como salero y pimentero.

—Todo esto y más es para ti. Ésta es mi prueba. Tómala.

—Y qué pides a cambio? —preguntó Mariuska.

Dimitry no contestó de inmediato. El corazón le palpitaba en la glotis.

—Te quiero a ti.

—¿Para siempre? —preguntó la niña sin mirarlo a los ojos y casi como un susurro.

—Sí, para siempre.

Mariuska guardó silencio. Su mente era un torbellino de confusiones.

Dimitry también dudaba pero no se atrevía a preguntar. ¿Era así como reaccionaba la mujer en la primera cita de amor?

Decidió tomar la iniciativa. Se le acercó, buscó su mano y luego intentó besarla en la boca con el ímpetu de los sentidos pero con la suave torpeza del inexperto. Alcanzó a acercar sus labios a la mejilla fría de Mariuska pero aún no hubo respuesta. Mantenía su vista en el suelo.

Mariuska no sentía la presencia de un adolescente que se hacía hombre, ni tampoco sentía el cosquilleo en la piel que le producía el reto a lo desconocido. En su lugar, estaba la presencia de las palabras del padre que le

había repetido casi en la puerta, cuando se preparaba para concurrir a la cita. Permanecía inmóvil. Había algo glacial en el ambiente.

—Antes de tomar cualquier paso, el que quieras dar esta noche o cualquier otro en la vida, recuerda siempre que la libertad del esclavo se mide por el tamaño de sus cadenas.

La cita y el acercamiento de Dimitry le hicieron entender el sentido de las palabras del padre. Lo que se le ofrecía no era más que eslabones de la cadena del esclavo y las promesas de entrega no eran otra cosa que un enjambre de ataduras. Su verdadera libertad estaba en lo que bien hacía, en el baile, en los estudios, en la superación, en la unión con su familia, en la confianza en ella misma.

—Buba —dijo Mariuska con su rostro muy cerca del de Dimitry pero aún con la mirada en el piso. —¿Podrás entender que te quiero mucho? pero tienes que entender también que con los juramentos se corre muchas veces el riesgo de perder lo seguro y no se sabe si se alcanzará lo dudoso. Quiero ser parte de tu mundo pero nada debemos prometernos, y nada debemos entregar. Te libero de la promesa y te libero de la prueba que te pido. También tú debes liberarme. Algún día quizás seremos el uno para el otro pero no será por promisiones hechas a destiempo.

De regreso Mariuska encontró a su padre que la esperaba casi en el dintel de la puerta. No habían transcurrido más de diez interminables minutos, cada uno semejante a una eternidad, desde el momento en que se encontró con Dimitry. Su rostro no estaba ni yerto ni triste. Tenía la irradiación de quien se sentía liberada, de quien retomaba su camino. No fueron necesarias palabras entre padre e hija. Todo estaba claro y todo se entendía. El abrazo espontáneo lo confirmaba. La fe en el porvenir se había renovado en ambos con una recobrada intensidad.

La noticia de la inminente partida de los Naslishvili a Moscú llegó de imprevisto y con ello se echaba por tierra los preparativos para el viaje por tren. En su lugar, por instrucciones recibidas del Kremlin y porque se trataba de Georgia, la cuna de Stalin, se hacía una excepción. Entre todos, el único participante que viajaría en avión era Yianni Natslishvili. Se ofrecía un avión militar, un bombardero Kolinsky adaptado al servicio civil. Era el *troika* que daría paso al Tupolev trimotor y al Antonov.

—Una muy generosa y espléndida concesión —le advirtieron a Gaetano.

Pero si bien se le ofrecían las comodidades del viaje por avión, esas facilidades eran más teóricas que reales. La cabina del Kolinsky era incómoda, sin aclimatación y los asientos posteriores, en los que tendrían que viajar, no eran poltronas sino bancos de madera adosados al largo y angosto fuselaje. El respaldo contribuía a la incomodidad porque era la pared curveada de la cabina. Tampoco era un viaje que tomaría menos tiempo que el camino del tren. De regreso, el avión estaba programado para hacer escala en Kiev.

Se les autorizó a llevar únicamente los instrumentos musicales, los accesorios personales indispensables y limitadas raciones de alimentos para el viaje. Se obligaba un termo con bebida caliente y una gruesa frazada. A las alturas que viajarían, el frío congelaba hasta el pensamiento.

Pero si Mariuska, la madre, se afanaba en los preparativos del viaje, la preocupación de Gaetano era otra. Se acercaba el momento de hablarle sobre la existencia de los rublos de Iván Petronovich y con ello, de la verdad de todo lo acontecido en la taberna de Yaroshneva.

Cierto es que el tiempo había servido para curar las heridas pero como contrapartida, Gaetano no encontraba justificación por haber retenido durante tanto tiempo la incógnita a su mujer. La vida los había hecho uno sólo y, salvo la presencia permanente del recuerdo de Iván Petronovich, no

existía entre ambos ningún misterio ni tampoco alegría o pesar que no hubiese sido compartido.

Por eso mismo Mariuska no aceptaría el largo silencio que fue para su beneficio. Era una protección para mantenerla aislada porque al descubrir el secreto la hacía cómplice a menos que lo denunciara y en ella el secreto moriría. Se preocupaba también Gaetano por las razones que le impulsaban a descubrirlo. El viaje en avión tenía sus riesgos y en caso de un accidente aéreo, Mariuska debía disponer del capital escondido en la estación de Yaroshneva. Era el seguro de vida que el destino les había preparado.

De nuevo, fue en el medio de la noche cuando Gaetano se acercó a su mujer para abrirla el único escondrijo de su corazón que ella desconocía. Te quiero formular las preguntas que no quieres contestar —le dijo la mujer en la oscuridad cuando ya todo lo que se tenía que decir fue dicho—. ¿Por qué a estas alturas? ¿No era quizás mejor callar para siempre?

—¿Por qué me pides que declare la prudencia? Sabes que obligas a descarnar mis celos —le increpó Gaetano pensando en los riesgos del avión. Siempre has mezclado la prudencia con un grano de locura —le contestó Mariuska—. Es el perfil de toda tu vida. No te critico, sólo quiero saber los riesgos y peligros del avión.

¿Con qué objeto?, se preguntó Gaetano. Esas preocupaciones ya no tenían caso. Era necesario hacer lo que se debía hacer y en ello estaba viajar en un aparato que sobrevivió la guerra y cuyo mantenimiento se decía era mejor que el de los aviones civiles.

—De nada vale ser cauto en medio de las adversidades —fue la respuesta sencilla de Gaetano.

No era la guía que esperaba Mariuska pero sabía que su esposo expresaba la realidad. No había más alternativas. Tendría que callar pero en su silencio

sumisión le pedía a gritos que desdeñara el viaje en avión, que se mantuviera en tierra. Sabía que desde ese momento en adelante y hasta que no los viera de regreso, sus noches serían de tormento en medio de una fingida paz y de un escondido e interminable insomnio.

El avión fue peor de lo que se imaginaban. El fuselaje era más largo y más angosto y estaba pintado de un verde oliva rancio que lo hacía más oscuro por dentro. Detrás de los asientos de los pilotos tenía dos poltronas sencillas, incoloras e incómodas en todo sentido, y después seguían los bancos de madera adosados al fuselaje en los que apenas cabían tres pasajeros por lado. Eran los bancos en los que viajarían los Naslishvili. En ese viaje las poltronas estaban reservadas para los pasajeros que se habrían de recoger en Kiev.

Además, el avión era feo. Los tres inmensos motores de proa eran desproporcionados en comparación con el tamaño del avión y también eran desproporcionados los tres alerones de cola. Todo el aparato parecía el capricho de algún diseñador aeronáutico para que motores pegados a unas alas volaran. Sólo tenía a su favor dos jóvenes pilotos que impregnaban aquel amasijo de hierro y aluminio con su buen humor.

Vladimir, el de más edad, era el capitán pero se le llamaba «mayor» y al copiloto, algo más joven, se le conocía en la jerga como el «cadete». Era precisamente el cadete quien se burlaba de los que manifestaban sus temores a volar.

—Sois como los filósofos que nos dan respuestas ininteligibles a problemas insolubles —decía—. Se atormentan sin sentido. Pero esa actitud desdeñosa al miedo de volar sólo contribuyó a crear más ansiedad en Mariuska, la madre. El aparato le pareció mucho más grotesco de lo que se pudo imaginar y, además, increíblemente pesado. ¿Cómo podía volar aquel entuerto?

—Y muy alto y muy rápido señora —le contestó el sonreído cadete—. ¡Velocidad y altura mantienen la dentadura! —le aseguró queriéndole decir que la altura salvaba los altos montes en resguardo de los ocupantes y la velocidad lo mantenía en el aire evitando así impactos que podrían dislocar la dentadura y, de paso, los sesos.

Mariuska, la hija, también sintió la aprensión de la madre. La ilusión frustrada del viaje a Moscú se había acrecentado cuando supo que viajarían en avión, lo que nadie en su familia ni en sus amistades había hecho pero luego, cuando vio de cerca el aparato, el anhelo y la ambición se tornaron en desconfianza y angustias y, en cierta medida, en alivio. Tampoco se imaginaba cómo podía volar aquella máquina ni cómo podía cargar pasajeros entre los cuales estarían su padre y su hermano. Su único consuelo irreprimible era que se quedaba en tierra. La consolaba también el rostro iluminado de Aleksandr, lleno de admiración por la aeronave.

Aleksandr también quedó impactado con el avión pero de una manera totalmente diferente. Le pareció hermoso por todos los costados. Se amilanaba, sin embargo, porque nunca había estado tan cerca de una máquina voladora y porque representaba el dominio genial de la gravedad por el hombre, el dominio de la fuerza bruta, lo que tanto le atraía. Se imaginaba dominando la bestia por los cielos al igual que los halcones dominaban los aires con sus vuelos como flechas.

—Quiero volar —le dijo al cadete.

—¡Bienvenido! —fue la respuesta burlona. Era la aspiración de muchos jóvenes de su edad que reflejaban en sus ojos la misma ilusión.

—¿Qué debo hacer? —insistió Aleksandr.

—Ingresar en la Fuerza Aérea.

—¿Qué se requiere? —presionó.

—Mucho —contestó el cadete— y al final, después de haber superado abundantes pruebas, una sola es importante y a veces es mejor empezar por allí. Necesitas

blat, influencias, descomunal *blat*. Lo demás viene por añadidura.

—No la tengo —confirmó Aleksandr.

—Entonces no te molestes.

Y con ello se daba por confirmada la realidad que obligaba a la resignación. Nada era posible en las altas esferas soviéticas si se carecía de lo más elemental: de las influencias, lo que tanto persiguieron Dimitry Vyacheslav y Natalya Ivanova, los taberneros de Yaroshneva.

Pero Dimitry, el pragmático, el que había descubierto esa mañana el callado encanto de Mariuska por su hermano, un obstáculo inesperado para hacerse dueño de ella, se encontraba muy cerca.

—Podemos comprarla —aseguró al piloto. A su edad, ya era buen conocedor de las vueltas de la vida y de las soluciones.

—¿De tanto dinero disponéis? —preguntó asombrado el cadete.

—No, pero tenemos ahorros.

Los gestos risueños del piloto desaparecieron. Se entraba en asuntos serios y él podría sacar un buen beneficio.

—La entrada a la academia te costará mil quinientos rublos. Permanecer te costará seis mil. Debes además facilitarte el costo de uniformes y mantenimiento. En total, diez mil rublos.

Se trataba de una cifra inaudita. El capital de toda una generación. Era, además, un pago a una escuela del Estado, de las Fuerzas Armadas, que era gratuita.

—Podemos en total pagar seis mil. Ni un *kopec* más —confirmó Dimitry.

—Si presentas los mil quinientos de entrada, cerramos trato ahora mismo —contestó el cadete con su cara adusta.

—¿Qué garantías tendremos?

—A mi regreso tu hermano hará el viaje con nosotros y luego lo haré llegar a Leningrado. Es la única garantía. No es suficiente. Te propongo quinientos de entrada y los restantes mil cuando ingrese en la academia. Consultaré —dijo el cadete y se dirigió a hablar con el mayor.

Aleksandr había oído toda aquella negociación atónito. Su hermano pactaba por él sin haberle consultado y, además, hablaba de cifras que escapaban de todo raciocinio lógico. Seis mil rublos era una fortuna, lo mismo que podía pagar en el mercado negro por los derechos de una granja con casa y semovientes y una vida plácida y asegurada para el resto de los días.

—¿Lo deseas o no? —lo precisó en privado Dimitry mientras los pilotos conversaban.

—Sí, pero...

Dimitry no le permitió continuar con sus objeciones. ¿Estás dispuesto a partir con ellos cuando regresen? Hoy mismo si fuera necesario pero quiero pensarlo —dijo Aleksandr en su defensa. No hay tiempo para pensar. La respuesta es una, sin alternativa: sí o no —insistió Dimitry. Sabes que no tengo el dinero.

—Ése es mi problema.

—También es mío. ¿Cómo te lo devolveré?

—En dinero cuando lo produzcas, o en servicios. Yo escojo. Esa es la condición. Los detalles los podemos aclarar luego. Sólo quiero saber si aceptas ir a Leningrado. El panorama se presentaba más claro para Aleksandr.

Quizás podamos comprar *blat*, pero hay otras condiciones que cumplir. No veo que estés enfermo y tienes los grados mínimos. Aleksandr miró de reojo la aeronave, a los pilotos que parecían terminar sus consultas y luego a Mariuska, la hija. Ir a la academia de Leningrado significaba una separación de tres, quizás cuatro años. ¿Qué sucedería en ese tiempo?

El alejamiento de Mariuska lo hacía dudar pero luego comprendió que ella, más temprano que tarde, también iría a Moscú y estaría más cerca de él que si decidía permanecer en Tiflis. La decisión no podía ser sino una sola.

—¡Acepto! Haces bien —le confirmó su hermano sonreído.

Las condiciones fueron rápidamente convenidas con el cadete. Se le daría un adelanto de cien rublos ese mismo día, cuatrocientos a su regreso y mil cuando Aleksandr llegase a Leningrado e ingresase en la academia del aire. Los cuatro mil quinientos rublos restantes servirían para pagar la permanencia y las otras necesidades.

Cuando llegaron al aeropuerto Chitzieska

Khortakov, Vasily, Nina, un carro oficial con representantes del gobierno y dos colectivos con lo que parecía una comisión de reporteros y curiosos, el cadete y el mayor intercambiaron miradas. Aquello prometía ser una despedida larga, llena de discursos y lágrimas.

—¡Imposible! —se dijeron al unísono.

Se encaminaron a la torre de la base, rindieron su plan de vuelo y pidieron allí mismo autorización para despegar de inmediato.

—¡Imposible! —les dijeron en la torre. Los actos civiles se debían cumplir en su totalidad—. Aquí tenéis vuestro permiso pero debéis aguardar los actos.

—Descuida —dijo el cadete y se dirigió al avión. Se había formado al lado del aparato una improvisada tribuna donde ya habían empezado los discursos de despedida.

Desde ese momento los pilotos comenzaron con todo el profesionalismo a revisar los controles, válvulas, bombas, sistemas hidráulicos y eléctricos y los niveles de combustible y aceite.

Para el momento que terminaron otro funcionario había tomado la tribuna y hablaba apasionadamente, sonriendo a cada relámpago proveniente de las enormes cámaras fotográficas.

—Con el ruego de que se me disculpe, avisamos que debemos despejar en cinco minutos —dijo el cadete acercándose a la tribuna.

¿Cinco minutos? —se preguntaron los funcionarios. Aún faltaban muchos discursos y fotografías. ¿No podían por caso esperar al menos una hora?

—Imposible. Cinco minutos. Es una orden militar —dijo el mayor y con ello subió a la aeronave.

Pero los funcionarios insistían hasta que el piloto, al terminar el plazo concedido, puso en marcha el motor de la derecha, que se encontraba en el lado opuesto a la puerta de entrada a la cabina y a la tribuna improvisada. Al arranque del motor siguió un ruido ensordecedor y la expulsión de una enorme nube de un gas acre y blancuzco que a todos envolvió.

El cadete apuraba a subir a bordo y a separar al público de la nave antes de encender el motor central. Los Naslishvili se miraron desconcertados. El momento tan ansiosamente esperado de la separación había llegado de repente. Ni el barullo ni los gases permitían las despedidas.

Mariuska, la madre, que pensó se colgaría llorosa del cuello de su hijo como si lo llevaran a decapitar, lo impulsaba nerviosamente a subir y lo mismo hacía con Gaetano. La confusión la hacía responder impensadamente a su sentido del deber y a la costumbre de seguir órdenes más que a su instinto maternal. Ya las provisiones de comida, dos termos, uno con café y otro con sopa, y las pesadas frazadas estaban a bordo.

—Vayan con Dios —fueron sus últimas palabras. Gaetano se quedó mirándola. Por primera vez en toda su vida invocaba la protección divina.

También los otros se llenaron de confusión. Al humo y al ruido se agregaba la corriente de aire que expelía hacia atrás la propela del motor. En la anarquía del momento, las formalidades de la despedida se sustituyeron por la preocupación de no dejar volar los papeles de los discursos, sombreros y bufandas. Los apurados y simples apretones de mano sustituyeron a los rigores de los abrazos y besos oficiales. Las recomendaciones pomposas que se pensaban expresar quedaron en el olvido o volaban escritas por los aires.

Mariuska, la hija, fue la única que parecía guardar la compostura. Corrió y se abrazó por largo rato a Yianni y luego a su padre. A los dos les dijo lo mismo.

—Cuando logréis el éxito, pensad intensamente en nosotras que os queremos mucho.

Después se fue a refugiar, con los ojos cargados de lágrimas, en los brazos de su madre.

Cuando arrancó el motor central, ya no había duda. Era imposible permanecer por más tiempo cerca del aparato.

Gaetano subió casi trastabillando y luego le siguió

Yianni. Dirigió la mirada para la última despedida pero el cadete ya había subido y cerrado la puerta, que también servía de improvisada escalera. Pudo ver por la ventanilla cómo todos en tierra se alejaban rápidamente del ruido y la corriente de aire y gases que despedían los motores del avión. Al ponerse en marcha el tercer motor, el de la izquierda, no quedaba ningún visitante cerca y el avión estaba libre para moverse con seguridad.

Se podía ver que un pañuelo detrás de una de las ventanillas hacía señales de despedida. Fue en ese momento cuando la madre y esposa entendió toda la realidad. Eran su marido y el hijo los que partían. No los había besado ni abrazado, ni siquiera les había dado las últimas recomendaciones. Se quedaba sola y culpable por su torpeza. Le empezaron a brotar lágrimas, luego comenzó a hacer mohínes, siguieron gestos similares a unos pucheros y finalmente un llanto abierto y desconsolado.

—¡Hijo! ¡Hijo! —comenzó a vocear.

El avión se alejaba lentamente por los corredores auxiliares para tomar la pista principal. Ya no se podía distinguir el pañuelo detrás de la ventanilla ni los del avión podían distinguir el llanto contagioso de la madre.

El avión llegó a la cabecera de la pista. Allí permaneció mientras pasaba las pruebas de aceleración y desaceleración de cada motor. Cuando los pilotos se sintieron satisfechos, pusieron el avión a punto de despegue. Los motores tronaron. La fuerte trepidación en todo el fuselaje no dejaba lugar a dudas: la máquina rugía por libertad para levantar vuelo. El freno de pie fue liberado y el avión arrancó con un movimiento brusco. El inesperado movimiento desbalanceó en los asientos a los pasajeros de los bancos. La carrera por la

pista se hizo cada vez más veloz hasta que se sintió que alzaba vuelo. Ahora todo era más rápido. Los árboles y las edificaciones quedaban atrás con la velocidad de una fuerte ráfaga de viento. El avión estaba en el aire y camino a Kiev.

Ni Gaetano ni Yianni salían de su asombro. Era la primera vez que volaban. Veían pegados de las ventanillas el paisaje de la ciudad, del río, de las praderas y se llamaban para que el otro observara lo que descubría por su lado. Por el costado de Yianni se podía ver buena parte de la ciudad mientras que por el lado de Gaetano era el río y la *dacha* en la vuelta grande del río. Ambos sonreían como niños con un juguete y apuntaban con el dedo índice hacia afuera.

El avión ganaba altura rápidamente. Pronto empezó a adentrarse en la espesura de las nubes, y la ciudad y el río quedaban atrás. En su lugar, aparecía una intensa nubosidad que poco permitía ver el tupido paisaje boscoso que comenzaban a sobrevolar. El ruido dentro del avión disminuía a medida que se nivelaba a la altura de crucero y los oídos se acostumbraban.

—¡Bienvenidos al aire! —les dijo con su permanente sonrisa y en voz alta el cadete para ser oído—. Podéis viajar hasta Kiev en las poltronas si queréis, pero no les dijo a quien las cederían luego. *La Divina* Catalina sería una sorpresa entre tantas que vivirían a bordo del avión.

Fue una invitación que rápidamente aprovecharon los pasajeros. A pesar del poco tiempo, ya sentían la incomodidad de los bancos pero más les atraía la cercanía a los pilotos. Podrían conversar sin tener que levantar la voz. Tenían también una mejor vista de la inmensa extensión territorial que se abría ante ellos. Quizás durante las conversaciones podrían inquirir sobre el significado de los innumerables controles, esferas y relojes en la consola de mando que tanta curiosidad les despertaba.

El plan de vuelo en una línea recta de 1 350 kilómetros al noroeste, los llevaría a cruzar a 250 kilómetros por hora toda la república de Georgia desde Tiflis, para luego sobrevolar el mar Negro, el Ponto Euxino en la época de Alejandro Magno y de los romanos, luego el mar de Azov, un mar interno dentro del mismo mar Negro y, finalmente, entrarían en Ucrania para llegar a su capital, Kiev.

Gaetano asociaba la aventura del viaje a Moscú y las dificultades que sabía existirían para la conquista del codiciado gran premio con la ventura de los argonautas, los héroes mitológicos griegos que conquistaron otro gran premio, el vellocino de oro, para lo cual tuvieron que vencer lo imposible. Primero fue el horrible dragón de triple hilera de dientes y el cuerpo cubierto de escamas amarillentas y grasosas, y después, a los dos toros monstruosos que vomitaban llamaradas por sus narices y cuyos cuerpos eran impenetrables por el hierro.

Se sintió nuevamente a gusto con la historia y las leyendas de Georgia. Le apasionaba la región costera del mar Negro, la Cólquide, famosa por aquella lejana expedición mitológica. Imaginaba el plan de vuelo del avión trazado por Minerva, diosa de la sabiduría, al igual que trazó la ruta para el bajel Argos, y al cadete con Tiflis, el experto piloto de la nave legendaria. Le parecía encontrar que en el estrecho espacio interior de la ruidosa aeronave viajaba el espíritu combativo de Hércules, Cástor y Pólux pero especialmente el de Jasón, que murió errante, como también se sentía errante Gaetano en aquella tierra que no era ni nunca llegaría a ser suya.

Se comenzaron a entumecer las manos y los pies y los Naslishvili pronto entendieron lo que era el frío de las alturas y pronto valoraron también las provisiones de tierra de Mariuska, la madre, que todo lo había intuido por ese instinto maternal indescifrable. Además de obligarles a calzar medias gruesas, les deslizó en los bolsillos de cada uno un par adicional, junto con los

guantes de gamuza y piel de invierno pero no tuvo suerte con los gorros de lana.

La oposición de ambos fue manifiesta y a las alturas que volaban, lo lamentaron. Mantenían los pies protegidos por los dos pares de calcetines y la frazada, al igual que las manos, pero las orejas quedaron al descubierto. La batalla contra el frío, el aire enrarecido por la disminución del oxígeno, el ruido de los motores y la monotonía del paisaje dominado por una interminable alfombra de nubes hizo caer a Yianni en una especie de desfallecimiento, casi la antesala de un aturdimiento que dio lugar a una pesada modorra.

Gaetano, por el contrario, resistía y se adentraba en lo más profundo de su ser. Analizaba con una tediosa repetición las razones del porqué se encontraba allí pero, en ese encierro, pronto entendió que las respuestas ya dejaban de tener sentido. ¿Qué valor tenían aquellos pensamientos cuando estaba a merced del aire, de los motores, de la gravedad, de la política, de fuerzas que le eran totalmente extrañas?

Se fijó en la hora. Había transcurrido hora y media de vuelo y aún faltaban cuatro. Estaba aburrido. La fascinación del vuelo ya había pasado, así como el interés por descifrar el paisaje. Los controles del avión tampoco eran algo que justificara mantener una conversación y, además, el cadete, el único de los pilotos que se inclinaba por conversar, había caído también en la indiferencia. El mayor, con la vista fija en el horizonte, fumaba y tomaba café. Gaetano entendió que no era de los que competirían en el interés del mayor por el infinito y no hizo intento alguno por distraerlo.

Al final, el hastío lo dominó como también había dominado a Yianni y le hizo dormir. Sin darse cuenta fue cerrando los ojos hasta que se dejó caer sobre el hijo. Buscó acomodarse para no incomodarlo ni despojarlo de la protección

de la frazada. El contacto le recordó los primeros días de su nacimiento en que creía encontrar en sus ojos el futuro de su vida.

Allí no atinó ninguna respuesta pero hubo refugio en el calor de su cuerpecito al igual que lo encontraba ahora. En aquellos días de incertidumbre y hasta de sobresaltos hallaba una paz inesperada en ese calor y el cuerpo de Yianni aún guardaba el secreto de esa paz. Sentía de nuevo la dulce sensación de la compañía de su hijo. Fue ese cálido contacto y esa protección la que al final lo llevó a dormir tan profundamente como lo hacía el hijo.

El sueño se convirtió de repente en una pesadilla. Soñaba que viajaba en el mismo tren desde Yaroshneva a Tiflis pero, en lugar de rieles, sintió que el vagón se desplazaba alocadamente sobre el hielo inestable de un lago congelado. Experimentaba el frío del hielo en sus pies y golpes en su costillar cada vez que el vagón perdía la estabilidad y luego la retomaba como los juguetes llamados porfiados que a pesar de todos los golpes siempre recobraban la verticalidad. Uno de esos golpes lo sintió muy fuerte y entró en semiinconsciencia.

El dolor no era ficticio ni imaginario, era real, muy real. Entreabrió los ojos e inmediatamente notó los fuertes movimientos en el avión. Se incorporó sorprendido en el asiento. El cadete, normalmente risueño, mantenía firme la vista de águila hacia adelante pero las manos muy tensas sobre los controles, como las garras del ave que se ha hecho dueño de una presa.

Miró su reloj. Había dormido cerca de hora y media. Luego vio hacia afuera. Sólo se veían las alas y los motores del avión y, luego, una nebulosa impenetrable con la vista. Las puntas de las alas brincaban con el mismo descontrol como si el avión recorriera a toda velocidad en tierra un camino accidentado, pedregoso y hasta lleno de peñascos. Después sólo se veía el color blanco de la incógnita y de la tormenta por todos los costados. Volaban

dentro de una nube llena de agua que se les venía encima con cada vuelta de la propela pero que no podían dejar atrás. La turbulencia era la reacción de la nube tormentosa, infinita, invadida en sus extrañas, que vomitaba al invasor con espasmos continuados.

Gaetano estaba confundido. Nunca había volado y no sabía si la experiencia que vivía era una parte normal del viaje. Aun así, un miedo natural que le confirmaba la seriedad de la mirada de los pilotos lo invadió. ¿Estarían por caso cerca de una tragedia? Quiso preguntar pero con ello demostraba sospecha, la violación de una de las lecciones elementales enseñadas a sus hijos. Se ha de conservar el temor, mas nunca debía mostrarse, les había dicho hasta la saciedad.

Optó por hacer lo que debía hacer. Su compostura tendría que ser ejemplo para su hijo, para los pilotos, para sí mismo. Con cada bache invisible que el avión parecía tropezar y superar, y con cada esputo de fuerza de los motores, se reafirmaba su estoica vocación. Su preocupación la dirigió a cuidar el sueño de Yianni. Quería evitar la sensación de pánico que comenzaba a descomponerle el estómago.

También el mayor mantenía la misma quietud que él demostraba pero con la vista al frente como la de Linceo, el argonauta que podía penetrar con su mirada las murallas, descubrir los escollos escondidos y distinguir perfectamente los objetos a tres leguas de distancia. Cuando el mayor miró hacia atrás para comprobar si aún dormían los pasajeros, notó la calma en el rostro de Gaetano y ese reposo le agradó.

Era la tranquilidad del hombre maduro ante las adversidades y la confianza en el conductor. Se sintió halagado y premió el temple de Gaetano con una ligera sonrisa, la primera que Gaetano le notaba desde que le conoció en el aeropuerto. Con el gesto amable, el mayor le dijo todo. Podía estar tranquilo,

podía seguir durmiendo, su descomposición de estómago no tenía sentido. Llegarían a Kiev como lo había prometido, quizás con un ligero retraso.

Mantener sus creencias de nuevo había rendido sus frutos, pensó Gaetano.

La cercanía a Kiev fue también premiada con un cielo algo más despejado y sin alteraciones. Esa misma calma fue la que paradójicamente despertó a Yianni. Su rostro hermoso estaba lleno de tranquilidad y reposo y fue saludado por la sonrisa de Gaetano y de los pilotos.

—¿Te he dejado solo por mucho tiempo? —le preguntó al padre cuando se desperezaba.

—¡Por casi tres horas! —le contestó el cadete con el buen humor que ya se había posesionado nuevamente de él.

—Lo lamento —dijo el hijo apenado—. La suavidad del vuelo invita a dormir. ¿No te parece padre?

Yianni no entendió las risas que obtuvo como respuesta a su pregunta. No entendió que con esas risas se liberaban los nudos que apretaron por mucho tiempo los corazones de los otros compañeros de viaje.

Kiev se observaba sin duda mucho más grande que Tiflis y quizás por su tamaño se ocultaban a los viajeros del aire muchas huellas de las despiadadas destrucciones de la no muy distante ocupación nazi, y los trabajos de reconstrucción. Desde la altura se apreciaba el hermoso perfil de la ciudad donde destacaban la catedral de Santa Sofía, la iglesia de la Asunción y de San Cirilo, todas esplendorosas con su multitud de cúpulas contorneadas o doradas. Pero los asombros del vuelo no terminaban. Gaetano se sorprendía aún de que el avión, en el medio de la lluvia, volaba suavemente como lo hacía a pleno sol, al igual que cuando despegaron de Tiflis. Tenía la infantil creencia de que la lluvia apagaba los motores.

—Tengo mucho que aprender —se dijo a sí mismo. Su mundo de la música lo había abstraído de conocer cosas más terrenales como el efecto de la lluvia sobre el vuelo de los aviones.

El aterrizaje produjo en Gaetano las mismas sensaciones que el despegue pero esta vez se sumaba el sentido de grandeza de la ciudad. Le confundía sin embargo llegar a un aeropuerto militar donde se encontraban otros tipos de avión, especialmente mucho de los llamados de reacción, los que había oído volaban sin propela y hasta cuatro veces más rápido que el viejo Kolinsky.

Los aviones rápidos se encontraban estacionados en diferentes lugares y en grandes cantidades. Parecían listos para despegar y atacar, o para defender la ciudad. Se decía que la invasión que vendría no era de los descendientes de Andrés Bogolyubsky, que la pulverizó en 1169, ni de los polacos, los lituanos o los tártaros. La invasión vendría ahora de otro continente, de América ayudado por Inglaterra, Francia, Grecia y Turquía, sus satélites europeos y mesoasiáticos.

Después encontró una lógica en el aterrizaje que confirmaba una ley básica de la naturaleza: el reposo y el equilibrio de sus fuerzas. Si en el despegue se pasaba de lo estacionario al movimiento, en el aterrizaje era justamente a la inversa. Los árboles, edificios y aviones que veía pasar con rapidez al acercarse a la pista, poco a poco dejaban su carrera cuando hicieron toque de tierra.

Notó también que a diferencia del despegue, en el aterrizaje se intensificaba la conversación por radio. Los pilotos hablaban pero Gaetano no oía por el ruido de los motores y esa conversación se mantuvo activa hasta que, una vez en tierra, se acercaron a inmensos edificios de metal, sin puertas, dentro de los cuales había más aviones que fácilmente se identificaban como de reacción, aun cuando eran bastante más largos que los de pista, pero los

cubría una lona gris. Parecía que se les trataba de esconder de ojos extraños y quizás hasta de los militares mismos.

Al final de la larga fila de hangares había un edificio viejo y, al costado, un hangar pequeño del cual se había removido un avión chico para hacer lugar al Kolinsky que llegaba de Tiflis. Después de una breve espera frente al hangar, el mayor apagó el motor central y el de la izquierda, hizo un giro de noventa grados y con lentitud entró. Cuando llegó el punto de estacionamiento siguiendo las directrices de un guardia, el avión cabeceó fuertemente hacia adelante en el momento en que el piloto clavaba los frenos y apagaba el tercer y último motor. Si habían arrancado con un movimiento brusco hacia atrás, ahora el movimiento rudo era a la inversa, hacia adelante. Era, pensaba de nuevo Gaetano, la ley de la naturaleza, la compensación y el reposo.

—¡Bienvenidos a Kiev! —les dijo el mayor desde su asiento cuando ya todo estaba en calma y ya no aturdía el ruido de los motores. Con esas palabras les decía que se encontraban en tierra, en Kiev—. Pero tengo que informarles que momentáneamente deberán esperar dentro del avión mientras nosotros bajamos y hacemos ciertos trámites.

La espera, en la Rusia de 1950, era perfectamente natural, aun aquella que obligaba a permanecer incómodos.

—Quiero ir al lavabo —le dijo Yianni a su padre cuando la demora se extendía y los pilotos no regresaban.

Ni el uso de sanitarios ni la posibilidad de estirar las piernas las había considerado el mayor cuando les pidió que esperasen.

—Bajemos. Te acompaño —dijo Gaetano.

Apenas habían puesto pie en tierra llegó el guardia que había dirigido el avión al punto de estacionamiento y los conminaba a subir de vuelta.

—Necesitamos un sanitario —dijo el padre.

—No hay —dijo el soldado.

—Lo necesitamos —insistió Gaetano.

—¡No hay! —repitió ásperamente el guardia.

—Por favor, entienda. Hemos viajado por más de cinco horas. El niño y yo necesitamos el sanitario.

—¡Subid al avión! —ordenó el soldado con su hablar pesado.

El tono cortante le causó una inmediata irritación a Gaetano.

—Sólo cuando nos permitáis utilizar el sanitario.

—¡Subid si no queréis que a vos y al niño los lleve detenidos!

—Vuestras amenazas cambiarán caprichos pero no necesidades.

El guardia sintió el reto de Gaetano como una burla. Sin mediar palabra lo empujó contra el fuselaje del avión y casi lo hace caer al suelo. Tomó el fusil en sus manos con el propósito de hacer algo pero no sabía qué. —¡Deteneos! ¡Deteneos!

Era una voz femenina penetrante y potente, que a todos sorprendió. Era la voz de *la Divina Catalina*.

—Sois muy osado —le increpó la mujer a Gaetano después que un oficial que la acompañaba ordenó al guardia retirarse del lugar—. Los soldados tienen como razón la orden que reciben.

Gaetano no salía de su asombro. Todo había sucedido con gran rapidez. Primero fue el incidente con el guardia y, luego, una mujer había salido de la nada para protegerlo contra un golpe que de seguro le habría partido la

quijada o cualquier otro hueso. Se trataba de una mujer crinada que apenas iniciaba su madurez, de una cálida voz, de un frondoso pelo amarillo recogido en delicadas criznejas, con una mirada dulcemente severa, protegida con un fino abrigo de piel blanco que resaltaba las hermosas facciones de su rostro.

—¿Qué cosa tan grave habéis dicho al infeliz para que hayáis soliviantado de tal modo sus ánimos? Os habéis aventurado sin necesidad —insistía la mujer.

—Os ruego aceptéis mi agradecimiento por vuestra oportuna presencia —se excusaba Gaetano—. Nada grave hemos hecho. Pedía para mi hijo y para mí la utilización del sanitario.

La mujer rió.

—Presumo que no sois originario de nuestro país —le dijo en voz baja.

—Soy ruso —le dijo Gaetano.

La mirada de la señora claramente indicaba que dudaba de la afirmación.

—Hagamos algo por aliviar vuestros males —y se dirigió al oficial que la acompañaba.

—¿Lo cree usted posible? —concluyó.

—Naturalmente señora —contestó el oficial.

Al regreso del sanitario Gaetano encontró a la mujer en el mismo lugar. Podía apreciarla ahora de una manera diferente. Su sonrisa y la mirada eran envolventes, como recordaba habían sido las miradas de las mujeres que lo aplaudieron calladamente cuando obtuvo el primer premio en el conservatorio de Florencia. Era la llamada femenina subyugante que creía alejada de su vida para siempre después de su llegada a Rusia.

—Bien —se adelantó a decir la mujer—, me complace ver que se os ha hecho justicia. Olvidemos el incidente. Ahora quizás podría gozar de vuestra hospitalidad y la buenaventura de la invitación a subir al avión.

Si para los Naslishvili había sido incómodo conciliar sus humanidades dentro de la nave, más lo era para la señora con su pesante abrigo. Al final, se lograron los arreglos para que pudiera ocupar el asiento en el que había viajado Gaetano.

—Creo que ahora podemos hablar con tranquilidad —dijo la hermosa mujer cuando finalmente logró sentarse.

—¿Sabíais que os detendríais en Kiev para tomar otros pasajeros?

—Sí señora —dijo Gaetano sentado junto con Yianni en los bancos de madera.

—Ese otro pasajero soy yo. Debo confesar sin embargo que os llevo ventaja. Se me advirtió quiénes eran mis compañeros de viaje. Se me dijo que usted y su hijo eran prodigios, virtuosos del violín pero los hacía alejados de este mundo y sólo participantes de la vida contemplativa y hermosa que la música y la poesía pueden brindar. Sin embargo, usted me sorprendió. Usted señor, con su firme protesta, también pisa nuestro suelo.

Gaetano recordó la insolencia de su acto minutos atrás.

—No tengo palabras para expresar mi vergüenza.

—¡Nada más distante quisiera! —le interrumpió la señora con un gesto afable que rozó brevemente la mano de Gaetano.

Ese breve contacto le produjo una extraña sensación. Se la quedó mirando. Resultaba difícil precisar la edad de la mujer porque físicamente

representaba no mucho más de treinta años pero su aplomo y seguridad correspondían a una persona con el doble de edad.

—¿Tiene usted curiosidad por saber quién soy? —le preguntó finalmente la enigmática mujer.

—No me siento con libertad de preguntar —se excusó Gaetano.

—¡Vamos maestro! —dijo—. Sus derechos y los de su hijo van mucho más allá de lo que creéis. Soy Catalina Kuriltaya.

Gaetano se sintió abrumado. Era *la Divina* Catalina, de la que tanto se hablaba, de la que había oído hablar en el conservatorio de Tiflis. Era ella misma, en persona, de la que se decía era descendiente de los mismos fundadores de Kiev, de Vladimiro, o de su hijo Yaroslav o de cualesquiera de sus otros once hermanos. También se decía descendiente de los rurikoviches y de cualquier otro que hubiese posado sus pies en la sagrada tierra a principios del milenio. Con su donaire parecía representar en conjunto a la figura de Rurik *el Vikingo*, el legendario jefe escandinavo, a su hijo Igor y a su hermano Oleg, que extendieron sus conquistas hacia el sur e hicieron de Kiev el centro del reino.

Pero no era el abuelo, tan alejado de la mentalidad rusa y del sistema comunista, lo que le daba la presencia radiante y el reconocimiento de que gozaba. Su hermosura y garbo encerraban un halo misterioso y subyugante que resaltaba a la soprano más reconocida en la Unión Soviética y buena parte de Europa.

Era, en efecto, *la Divina* Catalina, la increíble, la de los cuentos de hadas de la Rusia del rudo Bulganin, el ángel que con su voz era capaz de hacer soñar como a un niño al anciano Stalin, la que había dado colorido a las pláticas exteriores impersonales y grises de Molotov y Andrei Vischinski y la que hacía suspirar con su gracia y presencia a los hombres y mujeres, fuera y dentro de

Rusia, que se agolpaban en los teatros y en las taquillas para tener acceso, para oírla cantar o al menos verla pasar.

—Señora —dijo Gaetano cuando logró reponerse de su sorpresa— nos honra usted con su presencia. Os puedo asegurar que hacer el viaje con vos será para nosotros una de las experiencias cumbres de nuestra vida.

—Agradezco vuestra galantería maestro —respondió la mujer sin perder la sonrisa— pero os repito, vuestros derechos y los de su hijo van mucho más allá de lo que creéis. Tengo el palpito de que gozaréis de un reconocimiento único, lo que me llenará de regocijo. Ahora, ya que nos conocemos, os puedo decir que viajo para lo mismo que vos pero mientras vosotros competiréis para cumplir con una formalidad, para un premio que ya se dice que es vuestro, yo seré por el contrario jurado en las competencias del teatro lírico. Confío contar con vuestra ayuda porque entiendo que no estoy bendita con la suerte de estar cerca de los jurados que tendrán el privilegio de ser lo que algunos han calificado como vuestros jueces.

El halago de Catalina hizo turbar a Gaetano y a su hijo. Ya con ello sentían recompensados los esfuerzos por ir a Moscú porque, en sí, esas cálidas palabras eran un premio invaluable. Gaetano se disponía a responder pero en ese momento se presentó a la cabina del avión el mayor y se detuvo en la puerta sin subir al aparato.

—Beso sus manos señora —le dijo el piloto a la hermosa mujer con una discreta reverencia—. Os ruego me disculpéis por la interrupción pero os traigo noticias. El anuncio de mal tiempo nos obligará a permanecer en tierra hasta que recibamos autorización de partir.

—¡Qué alivio! —exclamo la señora con sus ojos azules bien abiertos—. No soy amiga de estos aparatos y confieso mi disgusto entrañable por los

sobresaltos que nos dan los fenómenos atmosféricos. ¿No piensa igual maestro?

El calificativo de «maestro» en boca de Catalina sorprendía y agradaba a Gaetano.

—Mi única experiencia en aviones ha sido la que he vivido en este viaje señora. Sentimos algunas turbulencias pero estábamos bajo las manos expertas del mayor, un timonel que lleva cualquier nave a puerto seguro.

—¡Bravo! —exclamó de nuevo la mujer—. Desde ya presiento que mi viaje será inolvidable. ¡Excelentes pilotos y excelente compañía! ¿Qué más se puede pedir?

Pero —dijo dirigiéndose al piloto— ¿a qué debemos atenernos?

—El plan de vuelo indica la hora de partida mañana a las nueve si el tiempo lo permite.

—Eso significa que debemos regresar a casa. ¿No es cierto? —preguntó de nuevo Catalina.

—Así es señora —confirmó el piloto.

—Bien, muy bien. Usted y su pequeño hijo tendrán oportunidad de un magnífico descanso —le dijo a Gaetano—. ¿Dónde os hospedaréis?

—No lo sé señora. Esta detención no estaba prevista —dijo Gaetano.

—Entonces el mayor tendrá la respuesta.